



HARLEQUIN™

# INTENSE

SIN  
COMPROMISO

CARA LOCKWOOD



INTENSE

SIN  
COMPROMISO

CARA LOCKWOOD



## Sinopsis

Emma Allaire no tenía aventuras de una noche. Hasta que conoció al señor X, un hombre increíblemente atractivo, a través de una aplicación anónima de contactos y sus fantasías más sexys se hicieron realidad. ¿Quién era ese hombre enigmático que la esperaba en la cama de su habitación de hotel? Un amante misterioso, el hombre de sus sueños o un embustero... ¿salvaría su corazón o se lo rompería para siempre?

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2018 Cara Lockwood

© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Sin compromiso, n.º 12 - febrero 2019

Título original: No Strings

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1307-516-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

## Prólogo

*Sábado*

Estaba frente a ella. Estaba de pie, en la suite bañada por la luz de la luna de un hotel de Chicago, observando los altos edificios de cristal del centro de la ciudad. La curva de su torso desnudo era una invitación. Ella deslizó los dedos por la firme inclinación de los bien definidos músculos, sorprendida por su firmeza y su perfección. Él le bajó suavemente el tirante del sujetador, breve contacto que le encendió la piel. En lo único en lo que ella era capaz de pensar era en que ni siquiera conocía su hombre. «Voy a dejar que este hombre me haga lo que quiera y no tengo ni idea de cómo llamarle».

Una vez más, abrió la boca para preguntar, pero él le cubrió los labios con los suyos y la pregunta se desvaneció en el fuego de un deseo animal. Un gemido escapó de sus labios cuando él le abrió el broche delantero del sujetador para liberar por fin los pesados senos. Bajó la cabeza para deslizar la lengua hábilmente por un pezón haciendo que este saliera de su letargo. Entonces, cubrió el otro con una fuerte mano y lo masajéó con intención.

«Me está besando y no sé cómo se gana la vida. Ni siquiera sé si tiene un perro o, mierda, una esposa. Conocí a este hombre hace una hora. Un sencillo intercambio de mensajes de una aplicación que tengo en el teléfono. Y, ahora, estoy aquí, medio desnuda...».

—Yo... yo nunca he hecho esto antes... con un desconocido, quiero decir —murmuró ella. Él le mordisqueó el pezón. La presión de los dientes le provocó un escalofrío—. Esto es... esto es una locura... yo no suelo hacer estas cosas...

Él se irguió y la miró con unos maravillosos y desconcertantes ojos castaños. Una sonrisa se extendió por su hermoso rostro, suavizando su angulosa mandíbula.

—Incluso las chicas buenas deberían ser malas de vez en cuando.

Ella era una buena chica. Nunca hacía esas cosas. Solo había tenido sexo con dos hombres en toda su vida, y, con ambos, después de un mínimo de tres meses de citas. Sin embargo, había algo en él le hacía sentirse imprudente. Salvaje.

—No me puedo creer...

Ni siquiera estaba segura de cómo había llegado hasta allí tan rápido, de cómo había conocido a un hombre, y, menos de una hora más tarde, estaba permitiendo que él la viera desnuda. Que tocara su cuerpo con la boca y con las manos.

—Es que... es que no sé nada sobre ti.

—¿Te estás echando atrás? —le preguntó él. Aquellos ojos castaños la miraban fijamente.

—No... —respondió. No. Lo deseaba... de veras.

Él apretó su firme y musculado torso contra el de ella y bajó el rostro.

—Lo único que necesitas saber sobre mí es esto —le prometió.

Emma sintió el deseo en el centro de su feminidad. Él la deseaba tanto como ella a él. Y ella lo deseaba y mucho. Había esperado que llegara ese momento desde el instante en el que se conocieron en el bar de un hotel hacía una hora y ya estaba más que dispuesta a que hiciera lo que quisiera con ella.

—Dime lo que quieres que te haga...



Ella contuvo el aliento y las piernas le temblaron ligeramente. No tenía que ser una buena chica. Con él no. Con él, podía ser mala, muy, muy mala. Podría hacer lo que quisiera y podría dejarle a él que le hiciera lo que deseara también.

Sentía el deseo mojándole la delgada tela de encaje, la última y endeble barrera que se interponía entre ella y lo que estaba a punto de hacer. Una parte de ella ansiaba negarse, pero su cuerpo deseaba lo que estaba a punto de ocurrir, lo deseaba desesperadamente. Se había convertido sencillamente en un animal en celo, abrumada por el deseo y por un instinto sexual ancestral. Aquella noche, cedería ante sus más bajos deseos. Ya no había vuelta atrás. Iba a entregarse a un hombre al que no conocía, a un perfecto desconocido. Iba a permitirle que le hiciera cosas que ningún otro hombre le había hecho antes.

E iba a disfrutar con ello.

# Capítulo 1

*El día de antes*

Emma Allaire observó Nost, la aplicación que se acababa de descargar, y suspiró.

—¿Estás segura de que necesito hacer esto? —le preguntó a su mejor amiga, Sarah, una vez más.

Estaban sentadas en el restaurante donde solían tomar el *brunch*. El suave aire de mediados de septiembre, que aún no había dado paso al otoño, recorría la terraza mientras los viandantes iban sorteando las mesas por la concurrida acera. «Nost», abreviatura de «No Strings», «sin ataduras», era la aplicación de encuentros sexuales casuales de la que todas sus amigas estaban hablando, la manera de conocer hombres para disfrutar del sexo sin ataduras. El inquietante logotipo negro de la aplicación apareció en su teléfono. Lo tocó para abrirla.

—Pruébalo a ver qué pasa, ¿no? —le sugirió su preciosa amiga pelirroja, que tenía una bonita piel de alabastro, curvas perfectas y una larga lista de amigos músicos que entraban y salían de su vida.

—Pero esto precisamente es lo que está mal con nosotros —protestó Emma mientras le mostraba el teléfono para que su amiga viera cómo se cargaba la aplicación. La página de inicio decía «Sin ataduras. Sin nombres. Cien por cien divertido». Se subió las gafas

negras de bibliotecaria por el puente de la nariz y miró la pantalla del teléfono—. ¿Cómo va alguien a encontrar el amor verdadero así? —añadió mientras le mostraba a Sarah la fotografía de un hombre sin camisa que aparecía besando un espejo. La aplicación le rogaba «desliza a la derecha para pasarlo bien» o «no te gusta, desliza a la izquierda».

—Cielo, ya sabes que esto no tiene nada que ver con el amor verdadero. Es para follar —le dijo Sarah con ojos brillantes.

Emma soltó una risa histérica.

—¿Pero qué dices?

Sarah movió su tenedor en el aire.

—Espera un momento, tú follas, ¿verdad?

Emma sintió que se sonrojaba.

—Mmm... claro.

Sí, pero solo con dos tíos. En toda su vida. Esa era toda su experiencia, pero Sarah no necesitaba saberlo precisamente en aquel momento.

Sarah volvió a subirse las gafas por la nariz y se reclinó hacia atrás. Entonces, levantó el rostro hacia el sol que caldeaba la pequeña terraza del restaurante.

—Bien. Durante un segundo, había pensado que tú eras una de esas pobrecillas que no habían tenido un orgasmo en toda su vida.

Emma miró a su alrededor, preocupada de repente porque alguien pudiera escuchar su conversación. Sarah sacudió la cabeza con desaprobación.

—¡Orgasmo! —gritó Sarah aún más fuerte. Entonces, un hombre que estaba almorzando con sus dos hijos miró hacia ellas y frunció el ceño.

—¡Calla! —le ordenó Emma, aunque sabía que no serviría de nada. Sarah decía todo lo que se le pasaba por la cabeza.

En aquel momento, apareció el camarero y les colocó dos deliciosos platos de comida sobre la mesa. Sarah comenzó a comer mientras Emma no podía apartar la mirada de la aplicación.

—Esto es lo que está mal con nosotras. ¿Citas anónimas? ¿En serio vas a tener sexo con un hombre y lo único que sabes de él es que su apodo es... ArdoxTi?

Sarah se echó a reír.

—¿A quién le importa el amor cuando tiene esa tableta de chocolate? —comentó mientras admiraba los abdominales del hombre de la fotografía.

—Sí, y suficiente tinta para tatuajes encima como para escribir *Guerra y paz* —señaló Emma—. Tiene tatuados los dos brazos enteros.

—Solo te lo tienes que follar, no casarte con él —dijo Sarah haciendo un gesto de desaprobación con los ojos al tiempo que se metía un poco de su quiche de espinacas en la boca—. Y los chicos malos son muy buenos en la cama. Vive la vida, Em. En serio. Sabes perfectamente que te conformas rápidamente con cualquier tío que te invita a una copa. Luego, terminas teniendo una relación de dos años con él mientras aburre como una ostra a tus amigos.

Emma sabía que Sarah estaba hablando de Devin, su último novio. Devin tenía una personalidad algo apagada. Había sido el único tío con el que Emma había salido en serio, aparte del novio que tuvo en el instituto.

—No todos mis ex son así.

—Necesitas más citas. Bueno, en realidad, acostarte con más hombres y no comprometerte con el primero que se te presente. Sabes que tengo razón —dijo Sarah mientras miraba fijamente a su amiga.

Emma se enredó un mechón de cabello alrededor del dedo y suspiró. Miró el amplio blusón de flores y sus modestos vaqueros y trató de imaginarse en una cita con el tío de los tatuajes en la que se quitaba la ropa. Sencillamente no pudo hacerlo.

—Yo necesito romance —declaró Emma—. En esto no hay nada de eso. Esto es lo que los hombres quieren, no lo que queremos las mujeres.

Sarah resopló.

—¿Cómo lo sabes si nunca lo has probado?

—Sé que esto es tan solo una manera más en la que los hombres nos manipulan haciéndonos creer que lo que ellos quieren es que seamos tan liberadas —replicó Emma dejando que su especialización en estudios de la mujer se manifestara de un modo contundente—. Esto es simplemente *Girls gone Wild* en forma de aplicación.

—Mira, Emma, ¿me puedes ahorrar la perorata feminista hasta que me haya terminado mi mimosa? —le preguntó Sarah levantando su copa de champán.

—No, me gano la vida así.

Emma escribía artículos sobre temas femeninos en una revista *online* para mujeres y tenía leales, aunque escasos, seguidores.

—Y porque, evidentemente, estás siendo manipulada por el patriarcado —añadió con una sonrisa.

Sabía que sonaba como una feminazi pero, sinceramente, le parecía que era la única capaz de verlo: el hecho de que la desigualdad salarial entre hombres y mujeres siguiera existiendo; o que los Estados Unidos fuera la única nación industrializada que no ofreciera baja por maternidad pagada y, además, estaba *Nost*. Era como *Tinder*, pero aún más extremo. La aplicación en la que los hombres ni siquiera tenían que esforzarse para echar un polvo. Emma estaba a favor de la revolución sexual, pero no cuando significaba que la ventaja era enteramente para los hombres.

—Esto es... esto es tan solo una manera más en la que los hombres nos han engañado para conseguir lo que ellos quieren. Sexo sin compromiso.

—Bien, pues desinstálala —dijo Sarah, suspirando para demostrar

su desaprobación mientras terminaba su almuerzo.

Emma, que ya había devorado su gofre de arándanos, se preguntó, no por primera vez, cómo Sarah y ella, tan diferentes, podían llevarse bien. Las habían emparejado al azar para compartir habitación en la universidad y de ahí había surgido una improbable amistad: Sarah, la impulsiva pelirroja, que nunca se echaba atrás por nada, y Emma, el ratón de biblioteca, que esperaba algún día postularse para algún cargo público. Si era sincera consigo misma, lo de encontrar a su media naranja se situaba en su lista de prioridades entre incrementar los lectores de su blog y lo de ingresar dinero en su plan de pensiones. En aquel momento de su vida, no le parecía importante salir con nadie. Tan solo tenía veintiocho años y mucho tiempo por delante. Al menos, eso era lo que se decía. Después de su última relación, tan desastrosa, en la que Devin, su novio, prefirió un nuevo trabajo en Seattle antes que a ella, no le apetecía demasiado volver a exponerse.

—En realidad —dijo Sarah mientras se tomaba su mimosa—, ni siquiera tienes que desinstalarla. Tu perfil se hará invisible para todos los tíos que tienes en tu muro dentro de cuarenta y ocho horas.

—¿Qué dices? ¿Y por qué?

Sarah dejó el tenedor sobre el plato y miró a su amiga con exasperación. Entonces, se echó hacia atrás el cabello que le caía por el hombro.

—Porque el propósito de todo esto es no tener una relación durante más de ese tiempo. Cada dos días, te salta una nueva hornada de candidatos potenciales y los viejos ya no te pueden localizar. Todo es nuevo cada dos días y lo mejor de todo es que no existen los incómodos días posteriores. Tienes sexo y luego desapareces. La aplicación lo hace automáticamente. Todo el mundo sabe lo que hay y nadie lo pasa mal.

—¿Me estás tomando el pelo? —le preguntó a Sarah mientras la miraba entre los dedos—. ¿El perfil se hace invisible?

—De eso se trata —respondió Sarah—. Ñaca, ñaca y adiós muchas

gracias. A por el siguiente.

—¡Sarah! ¿Y los violadores? ¿Los asesinos en serie? —preguntó. Emma no se podía creer que su amiga le estuviera sugiriendo en serio el sexo anónimo. ¿Acaso no le parecía aquello más que sospechoso?

—Los buenos ya tienen verificación de antecedentes. ¿Ves la V que tiene al lado ArdoxTi? Él ha cargado su verificación de antecedentes. No tiene antecedentes. Nost lo ha comprobado para que tú no tengas que preocuparte.

—¿Y enfermedades de transmisión sexual?

—¿Ves la L que tiene también al lado? —le preguntó Sarah. Emma asintió—. Eso significa que le han hecho pruebas en el último mes y que está limpio.

—Supongo que han pensado en todo. Bueno, menos en la intimidad humana real.

—Ja, ja, ja, qué graciosa eres. No seas tan negativa hasta que no lo hayas probado —comentó Sarah mientras la señalaba con el tenedor.

—Ahora en serio, de verdad, ¿cómo puedes hacer esto?

—Estoy muy ocupada. Trabajo sesenta horas a la semana porque esos edificios comerciales no se van a vender solos y, sí, es como muy... caliente —añadió tras terminarse de un sorbo su mimosa—. ¿Y lo de las relaciones de una noche? ¿Quién no ha tenido una en su vida?

Emma se quedó helada. Ella no. No se podía imaginar desnuda delante de un desconocido. Solo había tenido relaciones sexuales con su novio del instituto, con el que había salido tres años antes de la primera vez, y luego con su novio de después de la universidad, Devin, con el que había estado tres meses antes del acto. ¿Cómo podía una persona meterse así de repente en la cama con un hombre al que acababa de conocer? Cuando Emma tenía sexo con alguien, ya estaba implicada emocionalmente, incluso enamorada. No se podía imaginar que pudiera ser de otro modo.

Sarah se quedó inmóvil y miró a su amiga. Pareció interpretar la expresión de su rostro.

—Espera un momento... ¿Tú nunca has...?

Emma se sintió señalada. ¿La convertía eso en una mojigata? Por la expresión del rostro de Sarah, parecía que la respuesta era sí.

—No. Nunca.

—¿Ni siquiera en la universidad? Vamos, en esa época todo el mundo alguna vez... —comentó Sarah mientras se inclinaba hacia Emma. Su sorpresa era evidente.

—Yo no —replicó Emma tras tomar un sorbo de su mimosa.

—Pues entonces, tienes que hacer esto. No puedes llegar a los treinta sin haberlo probado. Mira, ¿qué te parece si hacemos un trato? Pruébalo durante cuarenta y ocho horas. Al menos ve a tomar una copa. No tienes por qué acostarte con nadie. ¿Y si escribes sobre ello? Si te resulta tan malo, puedes despotricar todo lo quieras en tu revista *online*.

—Yo no despotrico —le corrigió Emma—. Hablo sobre distintos temas.

—Cielo, despotricas, pero no importa. Es una de las razones por las que te quiero tanto. Tienes tu opinión sobre las cosas y no tienes miedo de compartirla —añadió Sarah mientras le golpeaba cariñosamente la mano—. ¿Qué tienes que perder? O echas un buen polvo o ya tienes tema para tu siguiente artículo. Sea como sea, sales ganando.

En eso Sarah tenía razón. Y hacía mucho tiempo desde que Devin se había mudado a Seattle.

—Entonces, ¿qué hago? —preguntó Emma con el teléfono en la mano.

—En primer lugar, hazte una foto mejor que esa —observó Sarah mientras miraba la foto de perfil de su amiga y arrugaba la nariz con gesto de desaprobación. Le arrebató el teléfono a Emma de la mano y



le quitó las gafas con un rápido movimiento.

—¡Sin gafas no veo!

—En estos momentos no tienes que ver nada —replicó Sarah mientras le hacía a Emma unas cuantas fotos improvisadas.

—¡No! No hagas esto... Yo... —dijo Emma riéndose ligeramente mientras Sarah hacía unas cuantas fotografías más.

Sarah las examinó rápidamente en la pantalla del móvil, pasándolas una a una con el dedo.

—Sí, esta —anunció mientras le mostraba a Emma la foto. Estaba mirando en la distancia, con una ligera sonrisa. El cabello rubio suelto y cayéndole sobre un hombro desnudo. El blusón se le había abierto ligeramente para revelar la curva del escote.

—¡Pero si parece que se me está cayendo el blusón!

—De eso se trata precisamente. Primicia: a los tíos les gustan las tetas —repuso Sarah mientras la miraba con desaprobación.

Emma suspiró.

—Sarah, todo esto son estereotipos

—Mira, no empieces a contarme por qué te disgusta tanto se un objeto sexual. Esta es la foto de perfil que vas a utilizar. Pareces divertida... y que no tienes un palo metido por el culo.

—¡Eso no es cierto! —protestó Emma arrebatándole el teléfono a su amiga. Sarah le golpeó repetidamente la mano para impedirselo y empezó a escribir en el perfil de Emma.

—¿Qué estás haciendo?

—Asegurándome que sigues adelante con esto —respondió Sarah sin dejar de escribir. Estaba muy concentrada.

—Crees que todos los problemas se resuelven echando un polvo.

—¿Y no es así? —replicó Sarah con una sonrisa. Tenía un brillo pícaro en los ojos.

Emma se echó a reír y trató de recuperar su teléfono, pero Sarah la esquivó hábilmente. Emma se rindió por fin y decidió terminarse el café.

—Venga, Sarah...

—Bueno, pues ya está —dijo Sarah mirando a su amiga con un inconfundible gesto de desafío en los ojos—. No se publicará hasta que no pulses ese botón.

Emma miró la pantalla de su teléfono y estuvo a punto de atragantarse con el café y de derramarlo por la mesa.

—¿Me has llamado Gatita?

—Bueno, así queda implícito lo del sexo —contestó Sarah mientras le indicaba al camarero que le sirviera otra mimosa. A Emma empezó a darle la sensación de que ella necesitaba una también—. Solo tienes que pulsar el botón de «quiero echar un polvo» y ya estás lista.

—¿El botón de «quiero echar un polvo»? ¿Me estás hablando en serio?

Emma dudó. ¿De verdad iba a hacer algo así? No era una actitud propia de ella, pero... «Es solo investigación. ¿Qué malo puede tener?».

—No te gusta, pues desinstalas la aplicación cuando quieras —añadió Sarah estudiando a su amiga—. No tendrás miedo, ¿verdad?

—¿Me estás desafiando a hacer esto?

—Lo que haga falta —respondió Sarah mientras se encogía de hombros.

—Está bien.

Emma apretó el botón y envió su perfil para que se publicara para todo el mundo, anunciando a todos los completos desconocidos del área de Chicago que ella estaba dispuesta y disponible. Desgraciadamente, no estaba segura de cómo se sentía al respecto.

—Esa es mi chica —dijo Sara mientras le golpeaba cariñosamente

la mano—. ¿Ves? No ha estado tan mal.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Emma sin dejar de mirar el teléfono, como si el aparato fuera, de repente, a darle todas las respuestas.

—Ahora tienes que esperar —contestó Emma tras dar un buen trago de su mimosa—. No te preocupes. Probablemente nadie se pondrá en contacto contigo hasta que pasen unas horas... hasta esta noche.

De repente, el teléfono anunció la llegada de un mensaje.

—¿He dicho horas? —preguntó Sarah mientras dejaba la copa sobre la mesa—. Parece que las que están tan buenas como tú tienen que esperar menos de un minuto.

El teléfono de Emma volvió a sonar. Y una tercera vez.

«¿En qué me he metido?».

Sarah agarró el teléfono y empezó a mirar las opciones.

—No. Ni hablar. Dios mío... no.

Sarah le mostró el teléfono a Emma para que viera la fotografía de un hombre que se estaba intentando meter un enorme perrito caliente en la boca de una sola vez. Emma arrugó la nariz. ¿Quién querría tener sexo con alguien así?

—Me siento como si acabara de entrar en un bar muy cutre para sentirme acosada durante las próximas veinticuatro horas.

—Puede ser —dijo Sarah mientras seguía mirando las fotos—. Dios. Aquí está tu hombre.

Le mostró a Emma otra foto. En aquella ocasión, el tipo en cuestión iba vestido con un disfraz de Spiderman de cuerpo entero. El rostro también lo llevaba cubierto.

Emma soltó una carcajada.

—De eso nada. Mira su... ya sabes.

Señaló la entrepierna de la foto, donde se veía perfectamente un más que discreto abultamiento.

—¡Vaya! —exclamó Sarah muerta de la risa—. Veo que no te gustan los pepinos pequeños —añadió antes de seguir pasando fotos—. Ah, este no está mal. Mr. X. Suena misterioso.

—¿Mr. X? De eso nada —replicó Emma negando con la cabeza.

Sarah siguió pasando fotos y, entonces, se detuvo en una.

—¡Ay! Este es muy mono —exclamó mostrándole la pantalla del teléfono a Sarah. Se veía a un hombre rubio de ojos azules de unos treinta años y con traje.

—No está mal... —replicó Emma encogiéndose de hombros.

—¿Que no está mal? Es Christian Grey personificado. Incluso el nombre es mono. Señor Feliz y Divertido. Te voy a emparejar con él.

—¡Sarah! —le gritó Emma mientras trataba de arrebatarse el teléfono—. ¡No!

—Ya está. Mañana por la noche en el bar del Ritz Carlton del centro de la ciudad.

Emma se apartó un mechón de cabello que le caía sobre el rostro de un soplido.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque sabía que tú no lo harías.

## Capítulo 2

Emma se había pasado las últimas veinticuatro horas tratando de encontrar la manera de cancelar aquella cita. En realidad, tal y como Sarah le había recalcado en incontables ocasiones, tan solo se trataba de una copa. Si no le gustaba señor Feliz y Divertido, se podía marchar del bar y no lo volvería a ver. Sin embargo, la idea de tener una cita con un hombre solo por el sexo... No sabía si iba a poder hacerlo o incluso si lo deseaba.

«Voy a conocerlo nada más. A tomar una copa. Entonces, le diré educadamente que tal vez deberíamos salir más veces antes de... bueno... de hacerlo. Eso SI lo hacemos alguna vez, y ese si es en mayúsculas».

Emma necesitaría al menos seis citas antes de empezar a considerar lo de quitarse la ropa delante de un hombre. Mejor doce. Se dio cuenta de repente de que nunca se había acostado con un hombre del que no estuviera casi o totalmente enamorada. Cuando sus amigas salían a ligar en la universidad, ella estaba atada a su novio de instituto en la distancia. Después de la universidad, empezó a salir con Devin. Eso fue hasta que él aceptó un trabajo en Seattle y le dijo que deberían salir con otras personas. De eso, hacía ya seis meses.

Ella había pensado que su destino era terminar casándose, pero había resultado ser que su destino estaba en las aplicaciones para ligar.

Estaba frente a su armario examinado su contenido y preguntándose qué diablos se ponía una para ir a una cita que, casi con toda seguridad, iba a terminar en nada.

—Mmmm —musitó mientras sacaba un vestido de flores demasiado veraniego que no pegaba demasiado para una fresca noche de septiembre. Además, mostraba mucha pierna. «No quieres dar la impresión equivocada», pensó. «Ay, si ya la he dado. Me he registrado en Nost».

Sin ataduras.

Suspiró y sacó un jersey negro de cuello alto. Tal vez debería presentarse con eso y unos pantalones de chándal y ver cómo el superficial señor Feliz y Divertido salía corriendo. Sonrió, pero decidió que se pondría mejor otra cosa. Volvió a guardar el jersey y trató de encontrar un término medio. Se lamentó por estar gastando tanta energía en buscar lo que se iba a poner para una cita a la que, en realidad, ni siquiera quería ir. Debería estar planeando los capítulos del libro que pensaba escribir.

Miró el armario deseando que fuera la pantalla de su ordenador.

—Debería cancelar esta cita —le dijo al armario—. Debería enviarle un mensaje y cancelarla.

Sacó el teléfono y abrió la aplicación de Nost. Vio de nuevo la fotografía de señor Feliz y Divertido. Rubio, traje sofisticado... parecía un exitoso y rico hombre de negocios. Bueno, ¿qué tenía eso de malo? Solo porque su fotografía pareciera sacada de una revista financiera, eso no significaba que fuera un estirado. Tal vez tenía sentido del humor y que incluso fuera ingenioso. «Tal vez incluso me pague las copas», pensó mientras recordaba el escaso saldo que tenía en su cuenta bancaria aquel mes. Los artículos habían sido pocos en las últimas semanas y había tenido que tirar de las tarjetas de crédito más de lo que le hubiera gustado.

«No necesito que los hombres me inviten a nada», se recordó. Solo porque su presupuesto fuera apretado, no significaba que no fuera

una mujer completamente independiente. Otra razón para no ir a la cita. Con lo de que aquel hombre debería invitarle a una copa, se estaba dejando llevar por ideas machistas.

Por supuesto, Sarah le diría que, precisamente por querer disfrutar del sexo sin ataduras, estaba mostrando su independencia de los hombres. Emma sacudió la cabeza. El feminismo era complicado. Miró una vez más su armario y sacó un par de vaqueros y un jersey que estaba entre sus favoritos y que dejaba los hombros al descubierto. Como complemento, eligió unos botines de tacón plano. Emma superaba el metro setenta de altura, por lo que muy bien podría suponer que el señor Feliz y Divertido sería más bajo que ella. En realidad, no le importaba, pero sabía que a los hombres sí. En su experiencia, los hombres siempre mentían sobre su altura. Él decía que medía un metro ochenta y uno, pero eso podría significar cualquier cosa.

Se vistió, se aplicó un ligero maquillaje y se miró en el espejo. Se veía que estaba muy nerviosa, incluso cuando esbozaba una sonrisa forzada y se echaba el cabello rubio por encima del hombro.

«Es tan solo una investigación», se dijo. Tomaría notas mentalmente y al día siguiente tendría un fantástico artículo que presentarle a su editor.

Asintió frente al espejo y se miró a los ojos.

—Una copa —se dijo—. Y una hora como máximo.

Emma se sentó a la barra del elegante bar del Ritz Carlton. La tenue luz del atardecer atravesaba los ventanales que delimitaban el bien decorado salón. Se sentía algo cohibida mientras sostenía entre las manos la copa de ginebra Hendrick's con tónica que le había pedido al camarero. No hacía más que mirar el teléfono. ¿Dónde estaba señor Feliz y Divertido? Llegaba ya siete minutos tarde. Emma miró una vez más a su alrededor y vio a tres mujeres que charlaban

alegremente en una de las mesas; dos hombres con traje que debían de tener diez años más que señor Feliz y Divertido y que, además, eran morenos; y un turista sentado en un rincón, en uno de los sillones de cuero, que llevaba una sudadera de los Cardinals de San Luis y que iba demasiado informalmente vestido para estar en un bar con sofás blancos de cuero y una impresionante vista de los edificios del Loop de Chicago, el centro financiero de la ciudad. Ella observaba las ventanas teñidas de cobre del edificio de las oficinas de Time Life, que estaba al otro lado de la calle, mientras se preguntaba cuánto tiempo debería esperar antes de abandonar aquella insensatez.

«Hasta que me termine la copa», se prometió. Hizo girar los cubitos de hielo en el vaso y dio otro sorbo. «Si no hay cita, no hay artículo». No pudo evitar sentir una cierta desilusión, no porque quisiera sexo, sino porque había empezado a gustarle la idea de escribir un artículo sobre su experiencia en Nost, en el que pensaba destrozarse la aplicación sin piedad. Ya había pensado en unas quinientas palabras que le gustaría introducir para hablar sobre la autoestima de las mujeres, el respeto a sí mismas y sobre los peligros de la promiscuidad en el sexo.

De repente, sintió que alguien la estaba observando. Levantó la mirada y vio que el de la sudadera de los Cardinals la estaba mirando. Llevaba también una gorra de visera a juego. Era valiente por ponerse parafernalia del equipo rival del Chicago. Apartó la mirada y la centró en su teléfono. Ningún mensaje. Nada de «lo siento, llego tarde» o algo por el estilo. No parecía que a los que buscaban sexo para una noche les importaran demasiado los buenos modales. Emma miró su bebida. Tres sorbos más y podría marcharse.

Un hombre entró en el bar y se sentó. Emma lo miró con la esperanza de que fuera señor Feliz y Divertido, pero enseguida se dio cuenta de que no era así. Era mucho, mucho más alto de un metro ochenta, probablemente casi un metro noventa y tenía el aspecto de un jugador de fútbol americano, con anchos hombros, enormes manos y gruesos y musculosos brazos. En cierto modo, pareció transformar el ambiente que reinaba en el bar porque todo el mundo se fijó en aquel



desconocido de cabello oscuro que acababa de entrar con paso seguro en la sala. Se sentó en un taburete vacío al otro lado de la barra y le hizo una indicación al camarero. «Eso sí es un hombre», pensó Emma. Los músculos resultaban evidentes incluso a través de la gruesa tela de la camisa que llevaba puesta. Parecía algo mayor que ella, tal vez a punto de cumplir los treinta. Tenía una hermosa piel aceitunada y unos penetrantes ojos castaños, casi dorados.

Menudo cuerpo tenía... Esbelta cintura, gruesas piernas... Tenía que ser un atleta profesional. ¿Y si le conocía? ¿Sería de los Blackhawks? ¿De los Cubs? Tenía que ser algo. Un cuerpo así estaba hecho para hacer deporte. Era un cuerpo capaz de firmar un contrato de un millón de dólares, sin duda alguna. ¿Modelo, tal vez? Sí, podría ser que fuera modelo. O actor de películas de acción. ¿Alguien del reparto de Chicago Fire? Fuera lo que fuera, parecía que tenía que ser alguien famoso.

Él levantó la mirada por un segundo y le dedicó a Emma la más ligera de las sonrisas. Fue entonces cuando ella se dio cuenta de que lo había estado mirando como una idiota. Agarró el teléfono y se puso a observar la pantalla, preguntándose si él se había dado cuenta de que le había estado desnudando mentalmente. Sintió que se sonrojaba. «Debo de tener el sexo metido en los sesos», pensó. «¡Vaya! Va a ser que Nost ya está funcionando».

Admitió que era guapo. Trato de mirarle solapadamente. Tenía el cabello negro como el azabache y llevaba una camisa con botones en el cuello metida por dentro de unos vaqueros oscuros. Sus brazos parecían muy musculosos incluso a través de la tela de la camisa. El vientre parecía liso y firme, sin rastro de grasa por ninguna parte. Llevaba un reloj en la muñeca que, incluso desde la distancia, parecía caro, pero no alianza de boda. El camarero le sirvió un whisky con hielo de buena marca, que él comenzó a beber mientras sacaba su teléfono móvil.

«Esta es la razón por la que tenemos que utilizar aplicaciones constantemente», se lamentó Emma. «No vemos a quién tenemos delante de las narices».

Aquel pensamiento le recordó a Emma la ocasión en la que su madre le preguntó por qué no salía con sus amigas a conocer gente. «Esta es la razón», pensó apenada. Los mejores no hacen más que mirar el teléfono. Su propio dispositivo acababa de recibir un mensaje. Lo tomó para mirarlo. Tal vez era de señor Feliz y Divertido.

Miró el teléfono y vio que, efectivamente, se trataba de un mensaje de Nost, aunque no era de Feliz y Divertido, sino de Mr. X, uno de los perfiles que le había saltado el día anterior. Emma vio que un cronómetro comenzaba a marcarle el tiempo que tenía para responder. También se fijó que él tenía una V y una L junto al nombre: verificado y limpio. Bien. Estaba bien.

Solo quería decirte hola, dado que estás cerca de mí.

¿Cerca de él? ¿Cómo?

¿Cómo lo sabes?, escribió rápidamente mirando a su alrededor, como si fuera a encontrarse a alguien mirándola.

¿El mapa?, contestó él.

Ella literalmente se dio un manotazo en la frente. Por supuesto. El mapa de «quien de Nost está más cerca de mí en estos momentos». O, como a ella le gustaba llamarlo, el «tengo que echar un polvo ahora mismo y cualquiera me sirve». Por supuesto, cualquiera en un radio de un kilómetro cuadrado. Miró el mapa y vio los marcadores. Se dio cuenta de que aproximadamente una docena de usuarios de Nost estaban dentro de ese perímetro, incluso en el mismo edificio en el que ella se encontraba. «Estoy en un hotel, así que no es de extrañar». Trató de imaginarse dónde podría estar Mr. X, pero no era capaz de conseguirlo. Había tantos triángulos que unos se superponían encima de otros, formando una enorme mancha.

¿Qué significa Mr. X?, le preguntó.

*Factor X, por supuesto. Además, alto, moreno y guapo ya estaba cogido.*

Emma tuvo que sonreír. La seguridad en uno mismo resultaba muy sexy. Miró la foto. Vaya. Mr. X tampoco estaba mal. Cabello negro como el azabache, maravillosos ojos castaños, suave piel con

una ligera barba sobre la fuerte mandíbula... Le resultaba vagamente familiar. ¿Por qué?

Recibió un nuevo mensaje de Mr. X.

*¿Quieres tomar una copa? Estás aquí mismo. Es decir, literalmente, aquí mismo...*

Emma experimentó el peso de la mirada de un desconocido. Levantó los ojos y vio que el posible famoso que tanto había llamado su atención estaba levantando la copa a modo de brindis en su dirección. Mr. X era... él. Una agradable sensación de sorpresa y delicia le recorrió el cuerpo. El guaperas que estaba casi junto a ella era usuario de Nost. A lo mejor Sarah tenía razón. Tal vez, después de todo, aquella no era una idea tan descabellada.

Era incluso más guapo de lo que parecía en su foto de perfil, y esta era casi perfecta. Mr. X le dedicó una resplandeciente sonrisa y Emma sintió que se le hacía un nudo en el estómago. ¿Tomaría una copa con él? La tentación era demasiado fuerte. Tal vez debería hacerlo. ¿Qué tenía que perder?

Agarró su copa y captó movimiento desde un lateral. Esperó que fuera Mr. X, pero, en su lugar, vio que se trataba del turista de los Cardinals, que se había levantado para colocarse de pie junto a ella y bloquearle la visión que realmente le interesaba. Él le dedicó a Emma una sonrisa algo absurda y dejó al descubierto unos dientes torcidos. Ella agarró su teléfono con fuerza.

—Hola —le dijo el turista mientras se sentaba en el taburete más cercano.

Había que reconocer que tenía valor, en especial porque iba pertrechado de arriba abajo con prendas del equipo que menos gustaba a Emma desde siempre. En su familia habían sido toda la vida seguidores a muerte de los Cubs. Estaba segura de que, si viviera en San Luis, tendría un armario lleno de sudaderas de los Cardinals, pero jamás tendría el valor de ponerse una en territorio enemigo. Además, aquel hombre tendría que tener unos cincuenta años, prácticamente

de la edad de su propio padre, o incluso mayor. De lo que sí estaba segura era de que estaba algo obeso. Además, aquellas deportivas blancas con los calcetines del mismo color... Emma sintió repulsión. Aghh... sencillamente, aghh.

—Ah, hola —respondió ella mirándolo brevemente para después buscar a Mr. X por encima de hombro del turista.

Mr. X frunció el ceño. Evidentemente, le había molestado la interrupción, pero se tomó tranquilamente un sorbo de su copa.

Emma no quería resultar grosera, pero no quería hablar con el turista. Sabía que eso probablemente la convertía en una de los antipáticos habitantes de Chicago de los que todo el mundo siempre se estaba quejando, pero no le importó. Aquel hombre llevaba puesta una gorra de los Cardinal en territorio de los Cubs. Además, ¿quién se ponía una gorra para ir al Ritz Carlton?

—¿Eres... Gatita?

Emma se quedó helada. El nombre de su perfil en Nost.

—¿Cómo...?

Miró al hombre una vez más. Por la barba que se le acumulaba en la papada, llevaba más de dos días sin afeitarse. No se parecía a ninguna de las fotografías que ella había visto en la aplicación. Y había examinado muchas.

—Soy señor Feliz y Divertido.

Emma se sintió palidecer. Aquel tío, aquel... hombre maduro y grueso, con los calcetines blancos no se parecía en nada a la foto que ella había visto porque, evidentemente, había utilizado una fotografía de otro hombre.

Él sonrió y le mostró de nuevo unos dientes torcidos y algo amarillentos. Además, Emma notó el olor a tabaco. Aggh. Si el jersey de los Cardinal no era suficiente para mandarle a paseo, aquello sí lo era. Sin duda.

—Eres igualita que en tu foto —dijo él con una sonrisa. Parecía

muy contento.

«Eso es porque soy yo la que sale en esa foto», pensó. Le habría gustado decirlo en voz alta, pero no lo hizo.

—Bueno, tengo una bonita habitación de hotel para nosotros...

Emma se quedó boquiabierta.

—¿Aquí? —le preguntó mientras se percataba de lo usadas que estaban las zapatillas. ¿Cómo se podía permitir una habitación en el Ritz Carlton?

—No, Dios, no... —dijo él—. No me lo puedo permitir aquí. Hay un Motel 6, justo en la autopista, en las afueras de la ciudad. Si nos metemos en mi coche ahora...

De repente, Emma tuvo una visión que implicaba cinta americana y cloroformo. Trató de llamar la atención de Mr. X, pero él estaba mirando su teléfono. No. Se preguntó si estaría buscando otras posibilidades en Nost.

—Mira, creo que te has hecho una idea equivocada —le dijo tratando de ser amable, pero firme al mismo tiempo. No iba a marcharse a ningún sitio con aquel tío. De ninguna manera. Tenía que conseguir que se marchara para que ella pudiera irse con Mr. X. Esa sí que era una cita de Nost que no le importaría tener.

Sin embargo, señor Feliz y Divertido se mantuvo firme y le agarró el codo, pero Emma se zafó de él rápidamente. No iba a permitir que la tocara.

—¿Cuál es el problema, nena? —le preguntó mientras se acercaba a ella. El olor acre a tabaco quemado se hizo aún más fuerte.

Emma se echó hacia atrás para apartarse de él. Tuvo que contener el impulso para no salir corriendo.

—Mira, pareces un buen tipo, pero no creo que haya conexión entre nosotros. Creo que...

«Eres asqueroso y pones fotos falsas en tu perfil. No pienso pasar

cinco minutos contigo y mucho menos una noche».

Señor Feliz y Divertido frunció el ceño.

—Dijiste que querías conocerme... —dijo, como si eso le diera derecho a verla completamente desnuda.

—Sí, pero...

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Eres una calientapollas?

Su voz sonaba agresiva. De repente, Emma comprendió que él era mucho más corpulento que ella y bastante más pesado. Si quería, podía agarrarla y sacarla de allí sin esfuerzo. Emma sintió por primera vez que el miedo se apoderaba de ella. Su instinto le decía que tuviera cuidado.

Miró al camarero, pero vio que estaba al otro lado de la barra sirviendo una mesa. El resto de los clientes estaban muy ocupados con sus propias conversaciones. A excepción de Mr. X, que la estaba observando. Gracias a Dios. Parecía haberse dado cuenta de la situación. ¿Haría algo al respecto? Emma lo miró a los ojos. Él levantó una ceja y Emma se concentró en transmitirle mentalmente una palabra. Socorro.

Al menos, alguien se daría cuenta si aquel tipo la sacaba a la fuerza del bar.

Trató de dedicarle una sonrisa conciliatoria a señor Feliz y Divertido.

—Lo siento —dijo, aunque aquello distaba mucho de ser verdad—, pero no creo que haya chispa entre nosotros. Es que... no va a funcionar.

Él frunció el ceño aún más y permaneció de pie a su lado. Parecía furioso y su actitud era cada vez más amenazante.

—Zorra.

La palabra sonó tan fría y tan en voz baja que Emma casi dudó de que él la hubiera pronunciado.

—¿Cómo has dicho? —preguntó ella parpadeando rápidamente. No estaba acostumbrada a una hostilidad tan evidente.

—Ya me has oído —replicó él. Su mirada era fría, carente de toda emoción.

Emma por fin se percató de que algo iba mal. Su instinto le decía que estaba en peligro. Aquel hombre era una amenaza para ella. Sin embargo, no pensaba arredrarse. Y, además, le había dicho que era una zorra. ¿Por qué, por haberle dicho que no?

La ira se despertó dentro de ella. Se bajó del taburete y se enfrentó a él.

—Tienes que marcharte ahora mismo —le espetó. No iba a permitir que aquel tipo la amedrentara. No significa no y, en aquellos momentos, ella le había dicho que no muy claramente.

El tipo parpadeó. La rabia se reflejaba en sus fríos ojos azules. ¿Iba a hacerle algo? El corazón comenzó a palparle con fuerza en el pecho. ¿Cómo reaccionaría ella si él la agredía?

Todo el bar se quedó en silencio, pero nadie movió ni un solo dedo para hacer nada al respecto. De repente, Emma sintió que aquel hombre tenía la intención de hacerle daño y que no le importaba lo más mínimo quién fuera testigo de ello.

—Te he pedido que te vayas —le insistió Emma, con voz algo más baja, pero firme. «Tranquila. Sé firme. No permitas que sepa que te estás muriendo de miedo».

En ese momento, él le agarró del brazo con mucha fuerza.

—Creo que no.

Él le apretó un poco más y a Emma se le escapó un grito. El pánico se apoderó de ella cuando sintió la oscuridad que rodeaba a aquel hombre. Su instinto había estado en lo cierto. Aquel hombre quería hacerle daño. Una vez más, trató de zafarse de él.

—Suelta a la señorita.

Mr. X. Su voz había sonado muy baja, pero clara.



## Capítulo 3

El hombre se dio la vuelta. El salvador de Emma era bastante más alto y estaba mucho más en forma. Tal vez los dos hombres pesaran lo mismo, pero señor Feliz y Divertido era todo grasa, mientras que Mr. X era puro músculo. Podría limpiar el suelo con su adversario y los dos lo sabían. Señor Feliz y Divertido frunció el ceño, pero dio un paso atrás y soltó el brazo de Emma.

—Solo estábamos hablando —dijo a la defensiva.

—Pues a mí no me pareció una conversación muy agradable.

Mr. X parecía muy serio y estaba en tensión. Emma no querría ser la receptora de aquella mirada de ira. Miraba de un hombre a otro con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho y el pensamiento acelerado.

—No mereces que me meta en líos —le espetó su asaltante mientras la miraba fijamente. Entonces, se dio la vuelta con gesto amenazante y se marchó del bar.

Emma observó cómo se iba y experimentó una repentina sensación de alivio. Por fin pudo exhalar la tensión que había estado acumulando. Había estado tan cerca...

—Vaya, muchas gracias... —consiguió decir. Se sentía muy agradecida por el apoyo recibido. Su salvador la estudiaba con sus hermosos ojos castaños con reflejos dorados.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó. Extendió la mano y le tocó el codo muy suavemente. Emma se frotó los brazos tímidamente—. Siento no haberme acercado antes... pensaba que... bueno, pensaba que habías quedado con él.

Emma suspiró. Aún le temblaban las manos con una mezcla de adrenalina y miedo.

—Sí, pero es la última vez que quedo con alguien de Nost.

Mr. X frunció el ceño.

—¿Está en Nost? ¿Cómo se llama?

—Señor Feliz y Divertido.

—Pues sí que lo es, sí.

—Estoy de acuerdo —afirmó Emma—. Aggh. ¿Por qué tuve que probarlo? Sabía que era un error —se lamentó escondiendo la cabeza entre las manos.

—No todos los de Nost somos tan malos. Señorita... Gatita —comentó Mr. X con una sonrisa—. Venga, déjame que te compense por ese gilipollas y permíteme al menos que te invite a una copa.

Emma se sentía muy conmovida por lo ocurrido y necesitaba desesperadamente una copa. Una copa y un poco más de tiempo para admirar aquellos maravillosos ojos dorados.

—Claro —dijo.

Su cuerpo estaba tenso por los nervios y el miedo. El corazón aún le latía con fuerza y se sentía temblorosa, pero le indicó el taburete vacío. Tener a alguien tan fuerte a su lado en aquellos momentos le hacía sentirse mejor.

Él se sentó y Emma sintió su fuerte presencia. Los dos botones de la camisa que llevaba desabrochados revelaban una piel suave y sin vello. Se sentía tan agradecida por tenerlo junto a ella que sintió el impulso de rodearle el cuello con los brazos y apretarse a él con fuerza.

—¿Qué te apetece? —le preguntó él. Emma sintió cómo aquella profunda voz de barítono la envolvía agradablemente.

Notó que el rubor le cubría el rostro mientras sus pensamientos volaban, sin que ella pudiera evitarlo, a lugares prohibidos. «¿Que qué me apetece, dice?».

—Hendrick's con tónica —consiguió responder. De repente, se sentía muy tímida. ¿Qué le ocurría? Nunca antes había experimentado una atracción tan instantánea, la fuerza del magnetismo animal, primitivo. Había conocido antes a hombres guapos, pero aquel... Sentía su fuerza, su atracción. Cada movimiento que él realizaba con el cuerpo, lo notaba en el suyo propio y gozaba. Mr. X le hizo una señal al camarero levantando un fuerte y musculado brazo. Tenías las manos duras. Grandes. Emma se imaginó qué sentiría al tener aquellas manos sobre su cuerpo y experimentó que una corriente de electricidad le recorría la espalda. Aquella sensación le hizo sentirse aún más turbada, más inquieta, pero de la mejor manera posible.

«Debe de ser la adrenalina», se dijo. Una peligrosa experiencia con un hombre muy guapo. «Eso es todo». Tan solo eran las hormonas las que provocaban que estuviera pendiente de todos y cada uno de los movimientos que realizaba aquel hombre.

El camarero le sirvió su copa, pero ella casi no se percató. Estaba mirando el liso vientre y la curva de los pectorales debajo de la camisa. ¿Qué sentiría al tener su peso encima de ella?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él una vez más. Extendió una mano y agarró las de ella. Emma lo miró, aturdida aún por sus pensamientos—. Estás temblando —añadió con preocupación mientras la miraba muy fijamente. Entonces, le apretó las manos con fuerza—. Ese capullo ya se ha ido. No te volverá a molestar —añadió. Mr. X hacía que aquellas palabras sonaran como una promesa—. Ahora estás a salvo.

Emma miró las fuertes manos que cubrían las suyas. ¿Por qué se sentía de todo menos a salvo en aquellos momentos?

—Gracias.

Él levantó su copa.

—Por que mejore la velada.

—Por que mejore la velada —repitió ella. Los dos entrecocaron sus vasos.

Xavier Pena le dio un sorbo a su copa y miró a la hermosa rubia que estaba sentada junto a él. Bellísima, de ojos azules y suaves mechas claras en su melena dorada y con la piel aún bronceada por el sol del verano. Por su esbelta figura y tonificados músculos, suponía que era una mujer a la que le gustaba el ejercicio. Tal vez salía a correr. Tenía el cuerpo de una triatleta, de alguien que se tomaba el deporte muy en serio. Igual que él. Todos los hombres del bar, estuvieran solos o con su pareja, se habían fijado en ella. Alta, esbelta y fuerte. Él mismo se había fijado en ella en el momento en el que entró en el bar. Cuando abrió Nost, se alegró mucho de ver que ella tenía un perfil en la aplicación.

Una parte de él se sorprendió al encontrarla allí. Una mujer tan hermosa como ella no debería necesitar una aplicación para encontrar a alguien con quien salir. O con quien disfrutar del sexo anónimo. Cualquiera hombre del bar estaría encantado de satisfacerla y, sin embargo, eso era lo bueno de Nost. Xavier recordó el interrogatorio al que le habían sometido los inversores por el concepto de la aplicación, porque pensaban que las mujeres no querrían participar.

—Pero si las mujeres son las que más salen ganando en esta aplicación —les había contestado él—. Les da información comprobada y les permite buscar al mejor, sin tener que tomarse infinitas molestias en un bar. Las mujeres van a comprobar que esta aplicación es exactamente lo que ellas estaban buscando.

Resultó que Xavier tenía razón. Aunque los hombres superaban ligeramente a las mujeres en Nost, la diferencia era mínima.

Xavier se tomó un sorbo de su whisky y observó a la belleza que estaba sentada junto a él. Había empezado a relajarse un poco. Estudió la curva del hombro que tenía al descubierto, dado que ese era el estilo del jersey azul marino que ella llevaba puesto. Se sentía más que satisfecho por haber ahuyentado al idiota de San Luis, dado que un hombre así no tenía ningún derecho a estar en la misma sala que aquella mujer, y mucho menos a hablar con ella. De hecho, ni siquiera debería estar en Nost, pero de eso ya se ocuparía más tarde. Había creado la aplicación como algo divertido y seguro para las mujeres. Por eso se había ocupado de añadir información adicional sobre cada perfil. Sin una red de seguridad, la aplicación podría convertirse en terreno abonado para depredadores y psicópatas, algo que sería inaceptable. Decidió que tenía que acordarse de sacar el tema en la siguiente reunión de la junta. Tal vez deberían retocar las comprobaciones de seguridad.

Por el momento, decidió centrarse en la mujer que tenía frente a él. Era mucho más que un rostro bonito. Sospechaba que había mucha vida detrás de aquellos inteligentes ojos azules.

Se preguntó si ella sentía lo que fuera que estaba surgiendo y flotando entre ambos. La fuerte atracción física. La sensación de haberse conocido antes. Xavier solo había experimentado algo parecido en un par de ocasiones antes, como le había ocurrido con Sasha, su antigua prometida.

En el momento en el que pensó en ella, apartó los recuerdos inmediatamente. Eran demasiado dolorosos. Eran la razón por la que él y un grupo de sus amigos de la fraternidad se habían decidido a crear Nost. La aplicación había tenido un éxito brutal en las últimas semanas y los había llevado a pasar de ser un montón de ingenieros de software completamente desconocidos a verse propuestos a convertirse en potenciales millonarios por parte de Google y Facebook. Xavier tenía prácticamente el mundo entero a sus pies, pero lo único que quería era un poco de compañía. «Compañía temporal», se recordó. Pensó en Sasha, en sus ojos oscuros y su piel de chocolate, en el modo en el que echaba la cabeza hacia atrás cuando reía, en lo

mucho que le recordaba a su propia madre, una madre que murió cuando Xavier tan solo era un niño. Sasha lo tenía a su merced... hasta que él descubrió que ella lo traicionaba.

No necesitaba más dolor. Ni en aquellos momentos, ni probablemente nunca.

«Concéntrate en el presente. El futuro es demasiado doloroso. Por eso vives en el presente», se recordó.

—Entonces, ¿esa ha sido tu primera cita en Nost? —le preguntó.

Era su manera de husmear sin hacerlo abiertamente. Comprendía que el sexo anónimo no era para todo el mundo. Los nuevos usuarios eran impredecibles, pero no quería presionar a nadie. En su opinión, o se estaba dentro o fuera.

Vio que ella se sonrojaba.

—Sí. Señor Feliz y Divertido era mi primera cita. Me apunté ayer y no estoy segura de que esto sea para mí. Mi amiga Sarah insistió en que lo intentara, pero... No sé. Soy un poco escéptica. ¿Qué sacan aquí las mujeres?

—Bueno, en realidad, muchas cosas —dijo Xavier mientras volvía a llevarse la copa a los labios—. Te sorprendería.

Ella levantó las cejas. Resultaba evidente que sentía curiosidad. Volvió a dejar la copa sobre la barra y comenzó a jugar con la pajita negra y a remover la lima por toda la bebida.

—El sexo sin ataduras lo inventaron los hombres.

—Eso no lo sé. Las mujeres desean casi los mismos compañeros sexuales que los hombres, pero la sociedad les dice que deberían ser buenas chicas. Eso sí es lo que quieren los hombres.

—Estás diciendo que los hombres desean que las mujeres tengan menos compañeros sexuales —le desafió ella.

—Por supuesto. Los hombres quieren las dos cosas: desean acostarse con todas las mujeres que puedan, pero las suyas deben

quedarse en casa, portándose bien. Una mujer completamente realizada sexualmente y que no tiene miedo de perseguir lo que necesita aterra a la mayoría de los hombres.

Ella se sonrojó un poco más, algo que a Xavier le pareció adorable.

Definitivamente, era nueva. Xavier conocía más de un buen puñado de mujeres que afirmaban que jamás utilizarían Nost y que, de repente, habían terminado en su cama. Sabía que no se debía tan solo a su imponente físico. El sexo anónimo podía resultar muy liberador si se asimilaba el concepto.

—Escribo para *Helena*, la revista femenina *online* —dijo ella. Xavier asintió—. Más o menos pensé que esto podría ser carnaza para mi próximo artículo.

—Ah, entiendo. Así que les vas a contar a todas las lectoras lo terrible y machista que es esta aplicación —bromeó él.

—No... —replicó ella—. En realidad, iba a realizar una investigación y...

—Pero ya te has decidido antes de probarlo —concluyó él. Aquella mujer era un libro abierto para él en aquellos momentos.

—Tal vez —dijo ella mientras removía su copa una vez más—. Y señor Feliz y Divertido no me ha ayudado mucho.

—No permitas que él sea el que te haga tener una opinión al respecto —observó Xavier—. Créeme. Ese hombre es la excepción, no la regla.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó ella de repente mientras lo miraba muy fijamente. Estaba tratando de reunir datos y no descansaría hasta que tuviera toda la información.

—Trabajo en el mundo de la tecnología —contestó él encogiéndose de hombros. Miraba cómo el hielo se deshacía en el whisky.

—¿Dónde?

—Bueno, aquí y allá.

Sonrió. Era la verdad. Había trabajado para varias empresas antes de fundar Nost. Tenía por costumbre no revelar detalles sobre sí mismo. Había cometido aquel error en el pasado y le había contado a una mujer dónde trabajaba. Ella lo encontró por una búsqueda en Google con solo su nombre y Nost. Xavier había sido sincero con ella, pero después de dos noches, la mujer se enamoró de él. La situación había sido muy incómoda y, por ello, había aprendido a ser más cuidadoso. Sabía exactamente lo que podía contar y lo que debía mantener en secreto. Tenía sus reglas.

—Háblame más de ese artículo —dijo para cambiar de tema—. ¿Estoy consiguiendo que cambies tu opinión sobre Nost?

Ella lo miró fijamente.

—Aún no estoy segura —respondió—. Por cierto, me llamo Emma.

—X —replicó él. Emma se echó a reír. Xavier ya nunca decía su nombre después de lo que la otra mujer había descubierto sobre él.

—Venga, el de verdad.

—Te lo digo en serio. Así es como me llaman mis amigos —dijo. Porque Xavier era demasiado engorroso—. Además, es mejor que no haya nombres. Así es mucho más sencillo. En Nost.

—¿Me estás diciendo que debería seguir llamándote Mr. X? —le preguntó Emma riendo—. ¿Qué eres tú, el malo de un cómic?

Xavier se inclinó sobre ella y pudo oler su perfume. ¿Flores blancas? Definitivamente, era algo ligero y floral.

—Eso depende. ¿Te gustan los chicos malos?

Emma echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. El sonido fue ligero y agradable, música para los oídos de Xavier. Lo único que le gustaba más que hacer reír a una mujer era conseguir que se corriera.

—No. Normalmente no. A mí me van exclusivamente los chicos buenos.



—¿Y cómo te resulta eso?

Xavier hizo girar el whisky en el vaso sin dejar de estudiar los pómulos perfectos y la encantadora inclinación de la barbilla de Emma. Quería besar el pequeño hoyuelo que se le formaba.

Ella jugueteaba con un mechón de cabello mientras lo miraba de soslayo. Los ojos le brillaban ligeramente. Estaba flirteando con él. Xavier estaba seguro.

—No muy bien —admitió—. Todos los chicos buenos con los que he salido han terminado siendo... no tan buenos —añadió frunciendo el ceño. Los gruesos labios se habían fruncido de un modo que podrían volver loco a cualquier hombre—. Mi último novio decidió que un ascenso era más importante que yo. Se marchó a trabajar al otro lado del país sin ni siquiera hablarlo conmigo primero.

—Tal vez deberías empezar con un chico malo para que sepas de antemano lo que te llevas —comentó él con una sonrisa. Emma se echó a reír.

—Podría ser mejor, sí —admitió ella—. ¿Por qué estás tú en Nost?

Lo estaba observando atentamente para conseguir una respuesta. Xavier comprendió que estaba ejerciendo como periodista en aquellos momentos. Le gustaba el fuego que había en ella, la curiosidad y la inteligencia de su mirada azul. No se parecía en nada a las mujeres que él había conocido recientemente. A ella le gustaba tener información. Ocultársela sería un desafío, pero lo aceptaría alegremente.

—Me encantan las mujeres —dijo—. El sexo en mi caso no es para mí, sino para ellas. No puedo sentirme satisfecho a menos que ellas lo estén. No hay nada más hermoso ni más satisfactorio que darle placer a una mujer.

Para Xavier, aquella era una verdad absoluta. Nada le satisfacía más que ver a una mujer con la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta y perdida en su éxtasis. Saber que era él quien la había conducido hasta allí.

Emma se rebulló en el asiento con gesto incómodo y comenzó a mirar su bebida.

—¿Pero no quieres más? ¿No buscas el amor, una relación auténtica y todo eso?

—Antes sí y lo tuve —contestó. Sintió una oleada de tristeza que resultó más fuerte de lo esperado—. El año pasado estuve comprometido, pero...

Pensó en Sasha, en el momento en el que descubrió los apasionados mensajes de texto que ella le había enviado a otro hombre, en las fotos en las que la había visto con la lencería que él mismo le había comprado. Aquellas imágenes permanecerían grabadas en su pensamiento para siempre.

—Descubrí que se había estado acostado con otro hombre. En realidad, con muchos otros hombres —añadió. Dio un trago de whisky. El alcohol le dejó una sensación ardiente en la garganta—. Nunca antes me había sentido tan triste... Tenía el corazón roto. Supongo que ahora ya no estoy listo para nada de eso, nada más serio. No por el momento. Tal vez nunca.

—Te la jugó... dijo ella. La empatía emanaba de sus ojos azules. Xavier asintió y se encogió de hombros—. ¿Cómo se llamaba?

—Sasha —contestó él, casi con un susurro—. Pensé que ella era la mujer de mi vida —añadió. Recordaba los ojos oscuros, la risa profunda y sensual. El hecho de que se había mostrado tan libre en la cama, dispuesta a probar cualquier cosa, lista para hacer lo que él quisiera. Resultó que Xavier no era el único con el que se mostraba tan libre.

—Y no fue así.

—No —admitió Xavier. Estaba deseando de dejar de hablar de Sasha—. ¿Y tú? ¿Por qué no te gusta Nost?

Xavier se acercó un poco más y las rodillas de ambos se tocaron. Emma no se apartó. A él le pareció que era buena señal.

Ella se apartó los largos mechones de cabello rubio del rostro.

—Me parece que es solo lo que los hombres quieren, no las mujeres. Las mujeres buscan compromiso, relaciones...

—Sí, con el hombre adecuado, pero, ¿qué me dices de la libertad de dejarse llevar por una fantasía, disfrutar con un hombre que no es el adecuado y luego poder olvidarlo al día siguiente? Eso es más liberador para las mujeres que para los hombres.

Xavier se sintió como si de nuevo estuviera frente a los inversores, a los que tenía que convencer de que Nost merecía su tiempo y, sobre todo, su dinero.

—Mira, las mujeres eligen. Siempre eligen. ¿Los hombres? No podemos hacer nada. Esperamos a que vosotras decidáis. El poder es todo vuestro.

Emma apoyó la barbilla en el codo e inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Tú crees?

Se movió ligeramente, de modo que las rodillas y las piernas de ambos se tocaron. Estaban los dos de lado y sus codos casi se rozaban.

—Claro que sí. Vosotras decidís quién es el que vale, el más fuerte, el macho alfa. Todas las decisiones que las mujeres toman sobre los hombres se basan en esa inmensa responsabilidad, en los miles de años que habéis sido vosotras las que llevabais el coste reproductivo y el futuro de la especie. Es mucha responsabilidad. Sin embargo, ¿cómo se supone que sabéis quién es el adecuado para vosotras? ¿Quién es el hombre perfecto, si no probáis? ¿Y si el hombre que siempre habíais creído que era el idóneo no lo era, porque nunca os habéis permitido salir con otros?

Ella le dedicó una sonrisa.

—¿Me estás diciendo que me tengo que acostar con los chicos malos para encontrar uno bueno?

Xavier era consciente del contacto del muslo de ella contra el suyo,

del calor que emanaba de su cuerpo.

—Tienes que saber qué es lo que quieres. ¿Cómo se supone que vas a saberlo sin experimentar un poco?

—Pero es todo tan... impersonal. ¿Cómo se puede encontrar al alguien de verdad si todo es falso?

—Bueno, dista mucho de ser falso —afirmó él completamente convencido—. A menudo, las personas pueden establecer los vínculos más auténticos cuando están con desconocidos. No hay que preocuparse sobre lo que pueda pensar la otra persona o si se hieren sus sentimientos o sobre los juicios que se podrían hacer sobre nosotros. Se puede ser uno mismo porque no nos preocupa el futuro. Tan solo vivimos el presente.

—¿De verdad? —le preguntó Emma. Seguía pareciendo un poco escéptica.

—De verdad —respondió él tras tomar otro sorbo de su copa, que ya estaba prácticamente vacía—. Por ejemplo, a mí me puedes contar todo lo que quieras. Puedes ser sincera al cien por cien. Después de esta noche, probablemente no nos volveremos a ver.

—De acuerdo —dijo ella.

—Así que, siguiendo con este espíritu, dime que te vas a acostar conmigo esta noche —susurró él acercándose un poco a ella.

Emma soltó una carcajada y se pasó una mano por el cabello con gesto nervioso.

—¿No te parece que estás demasiado seguro de ti mismo?

—Puede ser —admitió él—, pero permíteme que sigamos con la teoría. Digamos que nos acostamos esta noche juntos. Que subimos a esta habitación —añadió sacando una tarjeta llave y poniéndola sobre la barra del bar. Emma la miró intrigada. «Ten cuidado», se dijo Xavier—. Eso, por supuesto, depende total y completamente de ti. Sin embargo, si ocurriera, ¿qué sería la primera cosa que te gustaría que te hiciera?

## Capítulo 4

La llave sobre la barra y la pregunta que él le acababa de hacer le provocó un temblor por todo el cuerpo. ¿Qué sería lo que ella querría que le hiciera? Respuesta breve: todo.

Sintió que la garganta se le secaba. Le costaba concentrarse cuando Mr. X estaba tan cerca de ella. Su fuerte barbilla, aquella mirada tan insistente. El cabello negro que tantos deseos tenía de acariciar. Miró la llave del Ritz Carlton que él había dejado en la barra. Una llave. Una habitación donde... donde podría disfrutar de... él. De aquella fuerte barbilla, de la tenue barba, de los gruesos y sensuales labios. En lo único en lo que podía pensar en aquellos momentos era en cómo sabría él si lo besaba, en cómo sería el tacto de aquellos labios. La atracción era palpable, como si fuera una incontestable ley física de la naturaleza, como si fuera la fuerza de la gravedad. Emma se dio cuenta de lo absurdo de aquella situación. Tan solo minutos antes había rechazado a señor Feliz y Divertido sin dudarlo, pero X era diferente. Tranquilo, seguro de sí mismo, educado... Emma no recordaba la última vez que había experimentado aquella atracción tan fuerte. Había sido algo instantáneo, que había ocurrido en el momento en el que él entró en el bar. Había estado pendiente de él constantemente, en cada movimiento que hacía.

Cuanto más sabía de él, más curiosidad sentía. X había amado profundamente antes. Lo había visto en el dolor que se había reflejado en su rostro. Era un hombre complicado y, por mucho que no le

gustara admitirlo, a ella le gustaban las complicaciones.

Xavier la estudiaba atentamente mientras esperaba una respuesta. Ella sintió el peso de aquella mirada dorada. Por primera vez desde que se apuntó a aquella ridícula aplicación, casi se sintió tentada. ¿Qué sentiría al seguir a un hombre así a una habitación y...?

—Si subiéramos a la habitación ahora —susurró él mientras se inclinaba un poco más hacia ella—, ¿qué sería lo primero que querrías?

Ella le miró los gruesos labios.

—¿Un... un beso?

Xavier dejó escapar una carcajada que ella sintió físicamente en todo su cuerpo. Le encantaba cómo él se reía, tan sensualmente.

—Sigues comportándote como si no pudieras ser sincera al cien por cien conmigo, pero sí que puedes. No tienes que dar las respuestas que pienses que a mí me gustaría escuchar. ¿Qué te habría gustado que te hiciera tu antiguo novio y que nunca te hizo?

Emma pensó en Devin, su previsible y estirado novio. Nunca le había interesado lo que ella sentía durante el sexo. Siempre era muy rápido y utilizaba la misma postura. Se corría en dos minutos, justo cuando ella estaba empezando a calentarse. Emma se había culpado a sí misma y nunca se había quejado, por lo que se habían visto atrapados en un bucle. Ella no había sabido cómo hablar con él sin herir sus sentimientos, por lo que siempre había preferido guardar silencio.

En aquellos momentos, X estaba esperando una respuesta. ¿Por qué no ser sincera? Después de todo, él tenía razón. Seguramente no se volverían a ver. Aunque no terminaran acostándose aquella noche, ¿qué tenía ella que perder?

—Nunca me dejaba que... me corriera primero.

En cuanto pronunció aquellas palabras, se sintió más ligera. Al admitir aquello por primera vez, había notado como si se quitara un

peso de los hombros. Como si por fin hubiera confesado un oscuro y sucio secreto.

Mr. X la miró fijamente.

— ¿Él siempre se corría primero?

Parecía escandalizado, asombrado incluso. Tenía las cejas fruncidas por la confusión que aquellas palabras le habían producido.

Emma asintió y bebió un poco de su copa. Sentía una agradable sensación de mareo, pero no sabía si se debía al Hendrick's con tónica o a la mirada de X.

— Eso es inaceptable — dijo él. La finalidad de su voz le provocó otro temblor por la espalda—. Yo me aseguraría de que te corrieras al menos tres veces.

— ¿Tres veces? — exclamó ella. Estuvo a punto de escupir su copa—. Eso es mucho.

— De eso nada — replicó Xavier con una sonrisa. Su brillante y blanca sonrisa sobre aquel bronceado rostro resultaba cegadora—. Tendríamos toda la noche...

— ¿Toda la noche?

Devin se limitaba a la filosofía del uno y se acabó. Emma dudaba que el sexo con él hubiera durado más de veinte minutos. Lo que acababa de describir X sonaba como una maratón.

— Y, por supuesto, variedad de posturas. Tendríamos que encontrar la que es adecuada para ti — comentó con una sonrisa que estiraba las comisuras de su boca al máximo.

Emma sintió que se sonrojaba de la cabeza a los pies. Ni siquiera estaba segura de conocer todas las posturas. Aquel pensamiento le resultaba algo picante y... muy excitante. Estaba empezando a ver el atractivo del sexo anónimo. No tendría que preocuparse por su aspecto desde ciertas perspectivas, algo que siempre le había preocupado, o si tenía que meter la tripa. X era un desconocido y lo seguiría siendo, por lo que, ¿por qué preocuparse por cualquiera de

las cosas por las que normalmente se preocupaba?

Deslizó un dedo por el borde del vaso.

—Estoy empezando a ver por qué las mujeres querrían meterse en la cama contigo en cuanto te conocen.

Xavier volvió a inclinarse hacia ella. Su voz era apenas un susurro.

—Bueno, pues te puedo decir una cosa. Si tú accedes, no te sentirás desilusionada...

Emma sintió la calidez de su aliento en el oído. La deliciosa provocación de la situación la seducía. Le gustaba flirtear, mejor dicho, le encantaba flirtear con X. Incluso estaba empezando a considerar seriamente su proposición.

—No sé por qué, pero te creo.

—Deberías... —murmuró él sin dejar de mirarla. Lentamente, levantó la mano y tomó la de Emma. La colocó con la palma hacia arriba y le deslizó un dedo por la línea de la vida—. Me gusta empezar lentamente. Explorarte. Así... —añadió. Aquel tacto delicado, como el de una pluma, le provocó chispas de electricidad por todo el cuerpo. La piel se le puso de gallina por todo el brazo—. Cada mujer es diferente y yo pasaría mucho tiempo tratando de descubrir en qué eres única.

—¿Cuántas mujeres has...?

Emma se imaginaba que, seguramente, serían cientos. Con esos ojos y ese cuerpo digno de un anuncio de ropa interior, seguramente echaba un polvo cada vez que le apetecía. Las mujeres estarían haciendo cola en Nost para tomar una copa con él.

—Unas cuantas... —respondió inclinando la cabeza hacia un lado.

En aquel momento estaba tan cerca de ella que, cuando Emma levantó la mirada, sintió que podía perderse en la de él, en aquellos ojos castaños rayados de oro. Tan cerca, podía inhalar su aroma, una mezcla de canela y el aroma fresco y boscoso de su loción para después del afeitado. Era guapo, olía bien... «Me pregunto si sabrá



también bien».

Aquel pensamiento la sobresaltó.

—Normalmente no soy tan impulsiva.

—¿Por qué no?

No se estaba mofando de ella. Emma estaba segura de que tan solo quería saber más.

—No lo sé... Supongo que me preocupa lo que pueda pensar la gente.

Ya. Lo había dicho. Aquel era su secreto. Le importaba mucho la opinión de la gente. Se pasaba gran parte de su tiempo escribiendo artículos sobre cómo las mujeres necesitaban creer en sí mismas y ser independientes y, sin embargo, ella temía el peso de la opinión ajena.

¿Estaba cayendo en la trampa de creer que las mujeres promiscuas, las que disfrutaban del sexo sin complejos, eran de algún modo menos que las que eran más selectivas? Aquel pensamiento tan feminista tendría su cabeza ocupada durante días.

—Nadie tiene por qué saberlo —dijo sencillamente Mr. X, como si aquello lo respondiera todo.

—Pero, ¿y si quiero escribir sobre ello?

Una parte de ella lo deseaba. Aquella cita improvisada estaba despertando toda clase de sentimientos en ella. ¿Se estaba equivocando al dar por sentado que el sexo con desconocidos solo beneficiaba a los hombres? ¿Debería tratar de descubrirlo por sí misma? ¿Por qué su instinto la animaba a que recortara la distancia que la separaba de X y lo besara a pesar de acabar de conocerlo?

—En ese caso, te prometo que te daré algo sobre lo que merezca la pena escribir.

Se mostraba tan seguro de sí mismo... Una parte de ella sabía que él estaba diciendo la verdad. No se podía imaginar que el sexo con X pudiera ser otra cosa que maravilloso. Casi sentía la electricidad entre

ambos. Estaba tan cerca en aquellos instantes que, si se inclinaba hacia delante, aunque fuera muy poco, sus labios se tocarían. Mantuvo el contacto visual, incapaz de romperlo, atrapada en una especie de trance. X se inclinó un poco más hacia ella y, en aquel instante, Emma supo que iba a besarla. De repente, se arrepintió. ¿Iba a besarla allí en el bar, delante de todo el mundo? ¿Estaba ella preparada para donde aquel beso les pudiera llevar?

Se apartó ligeramente. X se detuvo y estudió su rostro. Entonces, le soltó la mano y se retiró. Tenía una agradable sonrisa en los labios.

—Creo que quiero... no lo sé... un vínculo real —admitió ella. Eso era cierto. Lo quería todo: sexo maravilloso y amor, pero lo que deseaba por encima de todas las cosas era una unión real. Algo que tuviera un significado. ¿Podría conseguir algo así en una sola noche?

Xavier asintió.

—No estás lista —afirmó él sin lugar a dudas.

—Estoy...

¿Tendría razón? Sentía las hormonas completamente revolucionadas por todo su cuerpo y los nervios a flor de piel en los brazos y en la parte posterior de las piernas. Quería amor, ¿pero sería capaz de aceptar solo sexo en aquellos momentos?

—No pasa nada —le aseguró X apretándole la mano—. Nost no es para todo el mundo.

Aquello casi sonaba a despedida. ¿Estaba él abandonando la caza?

—Tengo como regla no presionar nunca a las mujeres —afirmó mientras se encogía de hombros. Se terminó su copa y, con un gesto, le pidió al camarero la cuenta—. Esto es algo que se desea o que no se desea.

«Espera... yo aún no me he decidido... Todavía no... Tal vez sí lo deseo». Aquel pensamiento la escandalizó.

Xavier firmó el recibo y se guardó la tarjeta de crédito en su carísima cartera de piel.

—Emma, eres una mujer hermosa y maravillosa y ha sido un placer compartir este rato contigo —le dijo. Entonces, le tomó la mano y se la besó deteniéndose más de lo indicado. Sus labios eran tan suaves...

Emma aún se sentía atónita. ¿Se marchaba? Ella no quería que la noche terminara. No quería que él se marchara de su vida para no volver a ella jamás. El vínculo entre ellos tenía que ser real, ¿no? Seguramente, él también lo había sentido...

—¿Puedo... puedo llamarte?

X negó lentamente.

—Creo que los dos queremos cosas muy diferentes.

¿De verdad? Lo único que Emma sabía en aquel momento era que no quería que X se marchara.

Él se puso de pie mostrando de nuevo lo alto que era y se inclinó sobre ella para darle un beso en la mejilla. Emma sintió la calidez de sus labios y notó que se le hacía un nudo en el estómago.

«No te vayas, por favor.... No...».

—Adiós, Emma —le susurró contra el cabello.

## Capítulo 5

Emma se quedó sentada, sin saber qué hacer, mientras observaba cómo Mr. X se daba la vuelta para marcharse.

—Espera —le dijo. Extendió rápidamente la mano y le agarró el brazo.

Notó que el fuerte bíceps se contraía. Tenía unos brazos tan gruesos y fuertes... Se preguntó que sentiría si estuviera rodeada por ellos.

X se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Sí? Aquel monosílabo contenía una pregunta, un desafío implícito.

—Tal vez sí estoy lista —susurró en voz muy baja.

Mr. X se volvió a acercar a ella y se colocó entre Emma y el taburete que había ocupado antes.

—¿Tal vez? —le preguntó frunciendo el ceño—. Tal vez no suena demasiado definitivo.

Emma volvió a aspirar su aroma. De repente, se sintió mareada. Seguía sentada y se veía obligada a mirar directamente hacia el torso de X. Los fuertes pectorales abultaban la camisa de algodón. Tuvo que mirar hacia arriba para poder ver sus ojos.

—Lo estoy. Estoy lista.

—¿Estás segura? Esto tiene que partir de ti, no de mí. Tienes que desearlo.

—Y así es. Lo deseo.

Sintió la tentación de colocarle las manos sobre el torso y sentir los fuertes músculos que tenía. La sensual boca estaba tan cerca de la de ella que no pudo contenerse y levantó el rostro hacia el de él al tiempo que le agarraba la pechera de la camisa. Antes de que comprendiera por completo lo que estaba haciendo, se puso de puntillas y le besó los labios muy dulcemente. El suave roce de los labios sobre los de él le aceleró aún más las hormonas. Fue tan solo un piquito, pero muy sensual, un gesto que llevaba la promesa de lo que aún estaba por venir. Inmediatamente, sintió frío y calor por todo el cuerpo. X estaba inmóvil cuando se retiró de su lado una vez más. De repente, se sentía como si no hubiera más gente en el bar.

Emma se había sorprendido a sí misma. Normalmente, nunca era tan lanzada, tan... agresiva. Nunca había sido la primera en besar a un hombre en un bar. Sin embargo, Mr. X le hacía desear cosas que jamás había hecho antes.

Él inclinó la cabeza hacia un lado para observarla. La intensidad de su mirada casi le pesaba. Parpadeó rápidamente.

—Ya veo... Bueno, tienes que confiar en mí. ¿Confías en mí?

X la estaba mirando con expresión seria en el rostro. Entonces, estiró el brazo y se lo colocó encima de la cadera. El contacto le produjo a Emma una especie de corriente eléctrica, que resultaba totalmente deliciosa. A continuación, subió la mano hasta la cinturilla de los vaqueros y le introdujo un dedo entre la tela y la piel por la espalda. Emma contuvo el aliento al notar cómo él deslizaba el dedo por la parte superior del tanga negro de encaje que ella se había puesto. El gesto contenía la promesa de las cosas que aún estaban por llegar.

Tragó saliva y asintió. X tiró con fuerza del tanga y ella sintió la presión entre las piernas. Dejó escapar un gemido.

—Sí... sí. Confío en ti.

—Está bien. Vamos.

X le entregó la tarjeta de la habitación. El corazón de Emma latía alocadamente. ¿Iba a ser capaz de hacerlo? ¿Iba a poder subir a una habitación con un hombre al que acababa de conocer, aunque fuera un hombre muy guapo y tuviera los ojos dorados? Lo miró y vio mucho más que belleza. Sintió un vínculo con él. Le habían roto el corazón y Emma casi podía sentir el dolor en él. Quería sanarlo, porque, de algún modo, era como si ya se hubieran conocido antes. El vínculo, la atracción que sentía hacia él era real. No solo lujuria. Algo más.

—De acuerdo.

Emma le dio la mano y le permitió que la sacara del bar. Cada fibra de su ser estaba en estado de alerta. Muy pronto iba a estar entre los brazos de X. Entre los brazos de un desconocido. Haciendo cosas que normalmente reservaba para la duodécima cita. Cruzó su mirada con la del camarero mientras salían. ¿Lo sabía? ¿Lo sabían todos los que estaban en el bar? Sintió una ligera excitación. La excitación de hacer algo prohibido, algo arriesgado, algo... algo que nunca se habría creído capaz de hacer. Observó los anchos hombros de X moviéndose ligeramente por delante de ella mientras la conducía a los ascensores y apretaba el botón. El timbre anunció la llegada del elevador y Emma sintió que aquel tintineo le resonaba en el vientre. ¿De verdad que iba a ser capaz de hacerlo? Dios, ya lo estaba haciendo...

Las puertas del ascensor se abrieron. Salió de su interior un botones empujando un carro de equipaje.

—Perdóneme, señorita —le dijo, con una ligera sonrisa. ¿Lo sabía él también? ¿Sabía lo que ella estaba a punto de hacer?

Sintió una deliciosa sensación de culpabilidad recorriéndole el cuerpo. Sintió que casi todo el mundo lo sabía. Mr. X le apretó la mano y entraron en el ascensor vacío. Él apretó el botón de la última planta.

En cuanto las puertas se cerraron, él la tomó entre sus brazos y

cubrió la boca de Emma con la suya. La atracción contenida de la última hora estalló por fin mientras él le devoraba los labios y ella le respondía con idéntica pasión. Se sentía abrumada por el sabor de sus labios. Abrió la boca para franquearle el acceso y las lenguas de ambos se entrelazaron en el baile más primitivo. Emma lo deseaba en todos los sentidos y sintió que se le humedecía la ropa interior con un cálido deseo que se acrecentó cuando él le colocó las manos en las caderas y la sujetó contra su cuerpo.

Notó su erección. ¿Era todo eso su miembro, en grosor y... en todo lo demás? Él bajó la mano y le desabrochó los vaqueros. ¿Allí mismo, en el ascensor? Emma contuvo el aliento al sentir que él le deslizaba la mano por la parte delantera para palpar su húmeda feminidad. Gimió contra sus labios cuando los hábiles dedos comenzaron a explorarla. La palma le cubría la entrepierna por dentro de los vaqueros abiertos. Instintivamente, ella comenzó a mover las caderas y se apretó con fuerza contra la mano.

Ya no le importaba que estuvieran en el ascensor ni que las cámaras pudieran estar grabándoles. ¿Estaría el guardia de seguridad viendo cómo él la reclamaba? No le importaba lo más mínimo. De hecho, sintió que estaba a punto de correrse allí mismo. Entonces, el timbre del ascensor sonó. Él sacó la mano del tanga y esparció el aroma del sexo de Emma en aquel pequeño espacio. Sonrió y tiró de ella para llevarla por el pasillo hasta la última puerta mientras Emma se sujetaba los vaqueros para que se no le abrieran. X introdujo la llave en la puerta y esta se abrió. Inmediatamente, volvió a buscar los labios de Emma y la hizo entrar de espaldas en la habitación. Cuando ella se liberó por fin, tuvo solo un segundo para mirar a su alrededor. Era una enorme suite, con un salón separado del dormitorio y un amplio ventanal desde el que se dominaba una espectacular vista de los rascacielos que se erguían frente al hotel. Una única lámpara en un rincón iluminaba la estancia. Las impolutas sábanas de lino de la cama estaban dobladas por ambos lados, como si fuera una invitación.

Cuando la puerta se cerró, Emma comprendió que estaba a solas con Mr. X. Solo entonces recordó que ni siquiera sabía su nombre. En

realidad, no sabía nada sobre él y, sin embargo, allí estaba, con los pantalones desabrochados, a solas con él en una habitación de hotel, tras permitir que él se impregnara los dedos con el aroma de su sexo.

¿De verdad sería capaz de hacerlo? X se quitó la camisa. Emma se quedó atónita con su torso, con músculos perfectamente esculpidos. Sintió una agradable calidez en el vientre. Entonces, él dio un paso hacia ella y, sin decir ni una sola palabra, le tiró del jersey. Ella levantó los brazos, incapaz de resistirse, y el jersey salió.

—Yo... nunca he hecho antes esto con... con un desconocido quiero decir —murmuró. Él le mordisqueó el pezón. El roce de los dientes sobre la delicada piel le hizo temblar—. Esto es... esto es una locura. No suelo hacerlo...

X se incorporó. Una perezosa sonrisa iluminó su hermoso rostro y suavizó su potente mandíbula.

—Incluso las chicas buenas deberían ser malas de vez en cuando.

Emma sintió sus manos en los vaqueros. Poco a poco, X se los fue bajando y, a continuación, le hizo dar un paso hacia atrás para que se sentara en la cama. En ese momento, Emma tenía ya los vaqueros en las rodillas. X se arrodilló ante ella y se los quitó. Comenzó a acariciarle la piel desnuda y a besarle delicadamente las piernas.

Ella era una buena chica. Jamás hacía esas cosas.

—No me puedo creer...

Ni siquiera estaba segura de cómo había llegado hasta allí tan rápidamente. Cómo había sido capaz de conocer a un hombre y, en menos de una hora, dejar que él la viera completamente desnuda, que la acariciara y la besara por todas partes.

—Es que... no sé nada sobre ti...

—¿Te estás arrepintiendo? —le preguntó él. Se había detenido y la observaba atentamente con sus ojos castaños.

—No...



Ella lo deseaba. Lo deseaba de verdad.

X apretó su firme y musculado torso contra el de ella y bajó el rostro de manera que las narices de ambos se tocaron.

—Lo único que necesitas saber sobre mí es esto —le prometió.

Emma sintió que el calor le abrasaba el centro mismo de su feminidad. Él la deseaba tanto como ella a él y, ciertamente, Emma lo deseaba con desesperación. Había deseado aquel momento desde el instante en el que se conocieron en el bar hacía una hora. En menos de un segundo, ella había decidido que le permitiría hacer lo que deseara. Estaba dispuesta a todo.

—Puedes pedirme lo que quieres que te haga. Quiero que me lo digas.

Emma contuvo el aliento y sintió que las rodillas le temblaban ligeramente. No tenía que ser una buena chica. Con él no. Podía ser mala, muy, muy mala. Podía hacer lo que quisiera. Podía dejar que él le hiciera todo lo que deseara...

—¿Estás preparada para la noche de tu vida? —le susurró al oído mientras deslizaba la mano por debajo de la delgada tela del tanga de encaje y dejaba que los dedos encontraran su húmedo clítoris—. Vaya, vaya... —murmuró con apreciación—. Estás más que preparada...

Entonces, sonrió. Era tan guapo, tan cariñoso... ¿Acaso importaba cómo se llamara o que Emma no supiera ni siquiera dónde vivía ni ningún otro detalle sobre él? X era la pieza de un rompecabezas y Emma no estaba segura de dónde encajaba. Sin embargo, la atracción que existía entre ellos era innegable.

—Eres muy hermosa —susurró mientras la acercaba un poco más a su cuerpo y la besaba. Emma le devolvió el beso y sintió que el deseo le caldeaba de nuevo el vientre—. Tan suave...

Le había agarrado las rodillas y había empezado a deslizarle las manos por la parte superior de los muslos. Entonces, se inclinó hacia ella y depositó una hilera de besos en la parte superior de los senos. Ella se echó a temblar. X apretaba los labios suavemente, casi con

veneración, contra la delicada piel, como si estuviera adorando cada parte de su cuerpo. Emma no podía evitar sentirse como una reina.

Se retiró brevemente y se irguió. Ella aprovechó la ocasión para corresponderle y acariciarle el torso desnudo, tan suave, tan... tonificado. X contuvo el aliento cuando sintió que Emma se inclinaba hacia él y, delicadamente, depositaba un beso entre los oscuros pezones.

Xavier gruñó y arrojó su propia camisa al suelo mientras ella exploraba los bordes de sus abdominales. Tan fuertes, tan... sólidos. Él le enredó los dedos en el cabello y la obligó a mirarlo. Entonces, se arrodilló ante ella y, una vez más, le colocó las manos sobre las rodillas.

—Voy a hacer que te corras ahora mismo...

Aquella promesa le provocó a Emma una profunda excitación. Con la respiración entrecortada, vio cómo X le separaba las piernas. Entonces, apoyó los codos encima de la cama y se reclinó hacia atrás. X no dejó de mirarla en ningún momento.

—Voy a hacer que te corras una y otra vez...

Emma creyó sus palabras al sentir que él le besaba delicadamente la parte interna del muslo. De repente, comprendió cuál era su intención. Quiso decirle que esperara... porque lo del sexo oral... se sentía algo cohibida. ¿Y si olía mal? ¿O si no le gustaba cómo sabía? Devin... Devin se había negado totalmente a hacerlo.

X le apretó el muslo.

—Quiero saborearte —dijo—. Quiero adorarte... ¿Me lo permites?

Aquellas palabras le provocaron un agradable temblor por todo el cuerpo. A X no le importaba hacerlo. Más aún. Quería hacerlo. ¿Adorarla? Sí, por favor. Asintió, completamente inmovilizada por la mirada determinada de X.

Él se inclinó sobre ella, suavemente, depositando delicados besos en línea recta y en la dirección del sexo de Emma. Ella arqueó la

espalda, deseando un momento que él hiciera lo que se proponía y en otros deseando que se arrepintiera. ¿Serviría aún la ducha que se había dado antes de salir? ¿Estaría bien depilada? No podía dejar de pensar en sus inseguridades.

Entonces, él la besó... ahí mismo. Le colocó los labios en la parte más delicada de su cuerpo y comenzó a explorarla suavemente con la lengua. En el instante en el que la lengua la tocó, Emma sintió que una apasionada calidez se extendía por todo su cuerpo.

—Ahhh... —gimió.

La pasión de aquel beso había inmovilizado sus sentidos. X mantuvo la lengua justo ahí. La cálida humedad se adueñó de ella. X era... Se le daba muy bien. Nunca antes nadie había... Se le daba tan bien... Inmediatamente, sintió que su excitación crecía. El deseo fue aumentando a medida que él la estimulaba, torturándola al principio muy suavemente, con ligeros movimientos de la lengua.

Levantó la cabeza un instante.

—Sabes tan... bien —murmuró—. Maravillosamente. Dios, Emma...

Gruñía suavemente mientras le daba placer, lamiéndole el clítoris, devorándose. Le introdujo un dedo y comenzó a moverlo, acariciándole también por el interior. Emma nunca se había sentido tan deseada. Arqueó la espalda y comenzó a moverse contra la ávida boca hasta que, casi de repente, se sintió al borde del orgasmo. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron. Aquello nunca le había ocurrido tan rápidamente... Nunca... Estaba a punto, consumida por completo por el talento de la lengua de Mr. X. Su cuerpo se retorció de placer entre gritos de gozo. El clímax los sorprendió a ambos. Ella lo miró. Aquel hombre, al que había conocido hacía tan solo una hora, le acababa de dar uno de los mejores orgasmos de su vida.

—Tienes mucho talento, Mr. X —susurró mientras su corazón iba regresando poco a poco a la normalidad.

—Aún no has visto nada —le prometió él.

Emma sintió que su cuerpo volvía a la vida. Ardía de nuevo, como si aquel primer orgasmo hubiera sido un simple aperitivo, algo para despertarle el apetito. X anticipaba todos sus deseos, sus necesidades. Sus caricias le prendían fuego a la piel.

Le tocaba a ella. Se sentó y le agarró el cabo del cinturón para tirar de él. Le desabrochó los pantalones y lo liberó. Le agarró el pene con ambas manos y se sorprendió de su tamaño. Nunca antes había visto uno tan... grande. Comenzó a acariciarle con las manos y él comenzó a inclinarse hacia ella y a dejar escapar gemidos de placer. Entonces, Emma se colocó la punta en la boca y comenzó a estimularle con la lengua. X le agarró de los hombros y se tensó. Emma comprendió que había conseguido volverle loco, tanto como él la había vuelto a ella. Aquella sensación de poder la hizo sentirse más osada. Lo acogió aún más profundamente y sintió cómo X le acariciaba la espalda con la mano. De repente, la hizo levantarse y la besó con la boca abierta, buscando la lengua de ella urgentemente con la suya para reunirse ambas en un baile ancestral. Emma sintió que sus más bajos instintos se apoderaban de ella. Aquello era pura lujuria, deseo animal. Nunca antes había deseado a un hombre tanto como deseaba a X en aquellos momentos.

Él se apartó bruscamente de ella.

— ¿Qué es lo que quieres, Emma?

Ella se sentía embriagada, fuera de su ser.

— Quiero que me folles.

Las palabras surgieron de ella en voz baja y ronca. Nunca antes había dicho aquello en voz alta a nadie.

Una sonrisa se dibujó en los labios de X. Extendió la mano y pellizó hábilmente uno de los pezones de Emma, lo que le produjo un placentero temblor por todo el cuerpo.

— ¿Estás segura?

Ella asintió con la boca abierta. Sentía todo su cuerpo presa del deseo.

X sacó un preservativo de un bolsillo de los vaqueros y lo abrió con facilidad. Empezó a colocárselo en el generoso miembro, que se erguía erecto para poseer a Emma de la manera más indecente posible.

## Capítulo 6

Para Xavier, cada nueva mujer era un regalo y, sin embargo, le resultaba imposible recordar haber sentido aquella ansia antes. Desde el momento en el que se conocieron, supo que Emma sería maravillosa, y allí la tenía por fin, preciosa y desnuda ante él, ofreciéndosele de la manera más vulnerable. La había deseado desesperadamente desde el instante en el que la vio en el bar y, por fin, ella se había decidido a entregársele. Siempre había sido la clase de hombre que apreciaba toda clase de mujeres: altas, bajas, con mucho pecho, con poco pecho... Todas le gustaban. Pero Emma era, en cierto modo, diferente. Tenía la combinación perfecta de curvas y músculo. Su esbelto y proporcionado cuerpo invitaba a disfrutar.

Estaba sobre la cama, con las piernas separadas ante él. La provocó con la punta, deslizándola por toda su húmeda feminidad. Cuando ella levantó la pelvis para recibirlo, el deseo fue insoportable.

—No me tortures así —le suplicó ella, lo que hizo que Xavier deseara provocarla aún más y empujarla por completo al borde de la locura.

Emma separó las piernas aún más, animándolo a entrar. Sin embargo, Xavier la penetró un único centímetro y luego se retiró.

—¡Ah! —gritó Emma mientras se aferraba a él.

Volvió a penetrarla una vez más, un poco más profundamente que

la vez anterior. Ella le agarró los brazos. La creciente frustración se reflejaba en su rostro.

—¡Más! —exclamó cuando Xavier le concedió la punta entera.

Cuando estaba a punto de volverse loca de deseo, Xavier se hundió por completo en ella. Ambos abrieron la boca para tomar aire y, entonces, él comenzó a moverse encima de ella. Los cálidos y suaves senos se apretaban contra él. Xavier estuvo a punto de correrse en aquel mismo instante porque Emma era maravillosa... ¿Acaso podía haber algo mejor que ese instante, el momento en el que penetraba a una mujer por primera vez? No lo creía.

—¿Es esto lo que querías? —le murmuró al oído.

—Sí —jadeó ella—. Sí...

Xavier comenzó a moverse más rápidamente, pero ella le recibió en cada envite. Él tenía que contenerse para no perder el control, porque Emma era absolutamente deliciosa. Todo su ser embargaba los sentidos de Xavier. Su olor. Su sabor. Había estado con muchas mujeres a lo largo de su vida y había disfrutado con todas, pero Emma... Emma era sencillamente especial. Él nunca había estado con una mujer que tuviera tantas facetas. En el bar, se había mostrado encorsetada, conservadora e incluso había estado a punto de marcharse. Sin embargo, cuando llegaron a la habitación, ella se transformó en otra persona: una mujer poseída por el deseo y la necesidad, a la que no parecía importar nada más que la satisfacción sexual. Aquella dicotomía excitaba a Xavier profundamente. Necesitaba poseerla de todas las maneras posibles.

Se retiró e hizo que Emma se diera la vuelta. La colocó delante de él, apoyada sobre las manos y las rodillas. Su magnífico trasero quedaba en primer plano para él, junto con los rosados labios de su sexo. La volvió a penetrar así, gozando con ella de la manera más primitiva. Entonces, se lamió un dedo y comenzó a tocarla por delante. Emma echó la cabeza hacia atrás y gimió de placer, moviéndose al mismo tiempo contra él para que Xavier pudiera penetrarla más profundamente. Dios, era tan prieta por dentro...

Sorprendentemente prieta. Se temió no poder seguir aguantando más cuando, entonces, ella lanzó un profundo gemido al correrse y se apretó aún más alrededor de él por los espasmos de placer. En ese momento, Xavier le agarró las caderas y se hundió por completo en ella para unirse juntos en un potente clímax. Le encantaba hacer que Emma se corriera.

Se retiró y le dio la vuelta, gozando al ver el rubor que le cubría el rostro. El pecho le subía y bajaba rápidamente por lo acelerada que ella tenía la respiración. Xavier se inclinó sobre ella y le tomó un pezón rosado entre los labios. Emma gimió. Él se lo lamió suavemente e hizo que ella volviera a gemir. No contento con eso, lo mordisqueó suavemente y ella tembló de placer. A continuación, Xavier se concentró en el otro pezón y deslizó los dientes por encima muy suavemente.

—Dios... —murmuró ella. Tenía los pezones completamente erectos y observaba las atenciones que él le dedicaba—. ¿Qué... qué es lo que quieres?

Xavier sonrió. Había tantas cosas que él quería, tantas cosas que le pediría a las mujeres que le hicieran... Sin embargo, sabía exactamente lo que quería que Emma hiciera.

La llevó hasta el borde de la cama y se incorporó delante de ella. La penetró una vez más, en aquella ocasión tumbada de espaldas y con las rodillas levantadas. Emma gimió suavemente cuando volvió a recibirlo entero dentro de su cuerpo.

—Quiero que te toques —le dijo él—. Quiero verte.

Emma dudó ligeramente, pero entonces, mientras él la observaba, deslizó lentamente la mano hacia la entrepierna. Suavemente, comenzó a acariciarse, al principio muy delicadamente. Cerró los ojos.

—No —le ordenó Xavier—. Mírame, Emma. Mírame.

Ella abrió los ojos y se miró en los de él. Xavier vio cómo los abría más y más mientras iba sintiendo los inicios del orgasmo por tercera vez. Él sintió cómo cada vez estaba más húmeda. Lo que más ansiaba



era ver su rostro cuando se corriera. Era el estado más vulnerable en el que podía encontrarse una persona y él anhelaba verlo. La mayoría de las mujeres eran incapaces de hacerlo. La mayoría apartaban la mirada. ¿Sería Emma capaz de mantener el contacto visual?

Empezó a moverse más rápida, más profundamente dentro de ella, pero sin dejar de mirarla. Ella tampoco cerró los ojos ni los apartó. Mantuvo la mirada y Xavier vio cómo sus ojos azules iban intensificando su color en contraste por el rubor que le cubría el rostro.

—Eso es —la animó él—. Córrete para mí...

La mirada de Emma se volvió más urgente por el deseo y por los fuertes movimientos de Xavier dentro de su cuerpo. De repente, se tensó, encogió los dedos de los pies y, sin dejar de mirarlo, se disolvió ante él con un potente clímax. Los ojos se volvieron de un brillante azul mientras miraba los de él. Aquello fue lo más hermoso que Xavier había visto en toda su vida. La vulnerabilidad en estado puro de aquella hermosa mujer al alcanzar el orgasmo. Entonces, sin esperar más, se vertió dentro de ella sumido en un insoportable placer. Ella se lo había provocado, se lo había exigido, y Xavier se lo había entregado.

No durmieron mucho. De hecho, Xavier no durmió en absoluto, a decir verdad. Se pasó toda la noche con aquella hermosa mujer entre sus brazos, estrechando su cuerpo desnudo contra el de él bajo la delgada sábana de algodón. Aspiraba su aroma, que portaba notas terrenales y frescas, con el alegre olor de la lavanda en su cabello. Habían terminado la noche en la ducha, donde él había lavado sus maravillosas curvas. La espuma del jabón se deslizaba por su perfecto cuerpo y por todos los lugares posibles. Xavier se había ocupado de hacer espuma sobre su piel, pero había sido ella la que realmente le había sorprendido. Se había puesto de rodillas y se había introducido el miembro en la boca, para conseguir que se corriera en una

maravillosa última vez. Antes de eso, lo habían hecho dos veces más, probando todas las posturas que a él se le ocurrían con la esperanza de poder saciar el creciente deseo que sentía por ella. Normalmente, a aquellas alturas de la noche, ya se habría cansado y se habría saciado, por lo que habría empezado a planear cómo terminar la velada. Sin embargo, Emma era diferente. Cada vez que alcanzaba el clímax, cada vez que lo llevaba a él al límite, era más hermoso. Cada vez que se unían, la experiencia parecía completamente nueva. No se aburría de ella. Encajaban juntos de una manera que le había sorprendido. Se movían juntos como una pareja que se conocía desde hacía años. Emma parecía anticipar los deseos de Xavier. Incluso en aquellos momentos, cuando estaba dormida a su lado, él no podía contener el deseo. Tras una noche como la que habían disfrutado, se sentía agotado, satisfecho, pero en el caso de Emma, seguía deseándola de la manera más primitiva y brutal. ¿Era así como se sentía alguien que fuera esclavo de sus pasiones? ¿O un esclavo del... amor?

De repente, recordó algo que su padre le había dicho. «Ningún hombre se puede resistir a la mujer que ama». Apartó aquel pensamiento de la cabeza. No había pensado en su padre, ni en su atormentada madre, durante años. ¿Por qué precisamente en aquel momento?

¿Era Emma? ¿Había ella conseguido, de algún modo, rescatar recuerdos del pasado que Xavier creía enterrados desde hacía mucho tiempo? ¿Era aquello algo más que sexo? Podría ser... algo más.

Emma se había entregado por completo a él. Incluso en aquellos momentos, mientras dormía apretada contra su cuerpo, no parecía reservarse nada. La mayoría de las mujeres tenían cuidado y mantenían una parte oculta. Casi todas las mujeres eran incapaces de mirarle a los ojos mientras se corrían, tal vez porque estaban avergonzadas o porque no se sentían dispuestas a mostrar lo vulnerables que podían ser. Emma permitía que la viera así. Era abierta y sincera y se había mostrado por completo ante él. De algún modo, eso le había llegado a Xavier muy dentro.

¿Significaba eso que se enamoraría de ella?

Cerró los ojos con fuerza. No iba a enamorarse. No podía. Pensaba en Sasha, en sus ojos oscuros y penetrantes y en sus maravillosas curvas. Había sido un esclavo para ella y Sasha le había roto el corazón. Le había dejado a él derrotado e indefenso. Aún recordaba el golpe que había sentido el día que descubrió los mensajes de texto, las fotografías medio desnuda que le había enviado a otro hombre y las palabras con las que le decía a ese hombre que se moría de ganas por tenerlo dentro de ella. Sasha había llevado una doble vida, y lo peor de todo era que Xavier la había fallado. No había conseguido satisfacerla y, por eso, había ido a buscar el placer que aparentemente él era incapaz de darle a otro sitio. Xavier se había dado cuenta de que su vida sexual se había hecho algo monótona, pero había pensado que eso era lo que ocurría siempre en una relación larga. Se habían acostumbrado demasiado el uno al otro. Todo era demasiado familiar y él no se había dado cuenta de que tenían que romper con eso.

Los recuerdos aún le resultaban dolorosos. Eran como pequeñas cuchillas que le atormentaban el pensamiento. De hecho, Xavier no estaba seguro de que pudiera amar nunca a otra mujer o que se pudiera volver a exponer a que le hicieran daño. Había construido un muro emocional tan alto y grueso que ni siquiera él mismo sabía ya cómo franquearlo. «Sin embargo, ella lo ha hecho», le susurró una voz en su interior. «Ha conseguido hacer una grieta en ese muro».

No. Tendría que fortificarlo de nuevo.

Emma murmuró algo y se acurrucó. El cuerpo de Xavier respondió estrechándola más fuerte entre sus brazos. No estaba seguro de que deseara que aquello terminara. No estaba seguro de querer decirle adiós.

«Dentro de doce horas, ya no podré hacer nada». Sintió alivio y pánico a la vez, pero decidió que era mejor que todo quedara en manos de la aplicación. Si veía demasiado a Emma, se terminaría enamorando de ella. ¿Y entonces qué? Sabía lo que ocurría en todas las relaciones largas: el sexo moría, el deseo moría y luego venían la traición y el sufrimiento. No era posible mantener viva la pasión. Pensó de nuevo en Sasha. ¿De verdad podía culparla por lo ocurrido?

Ella había sido la primera en ser infiel, pero, ¿no habría terminado él siéndolo tarde o temprano? Los seres humanos necesitan pasión.

Y no había nada más apasionado que el sexo con una desconocida. ¿Por qué arruinar la maravillosa noche que habían compartido dejando que se convirtiera en algo aburrido y previsible?

El teléfono de Xavier comenzó a sonar sobre la mesilla de noche. Se trataba de la alarma que había programado hacía tan solo dos horas. Tenía una reunión en Nost para hablar de las nuevas directrices de la aplicación, dado que su número de miembros iba creciendo día a día. Tenía que marcharse a trabajar. Emma se rebulló de nuevo junto a él y le frotó los senos contra el costado. El tacto de los pezones contra la piel despertó de nuevo el deseo en él. Volvía a desearla, sí, pero no tenía tiempo. En realidad, ya llegaba tarde. Le dio un beso en la cabeza y ella murmuró algo dulcemente, aún medio dormida.

Xavier se levantó para vestirse. Se movió rápida y sigilosamente, observando a la hermosa criatura que estaba en la cama, con el cabello dorado extendido sobre la almohada y los labios entreabiertos mientras dormía. La suave curva del hombro se vislumbraba ligeramente por encima de la sábana. Estaba deliciosamente desnuda debajo de ella y su maravillosa piel parecía reclamarle. No había nada que Xavier pudiera desear más que meterse de nuevo en la cama y saborearla una y otra vez. Quería volver a sentirla, acariciar todos los rincones de su piel, ver si resultaba tan sorprendente el sexo entre ellos sin la magia de la noche. No podía. Su teléfono no dejaba de vibrar con los mensajes que le estaban llegando de su socio en Nost. Tenía que marcharse a su despacho.

Se inclinó sobre Emma y le dio un delicado beso en la sien. Ella se movió ligeramente, pero siguió dormida y se acurrucó un poco más entre las sábanas. Xavier quería permanecer allí, observarla mientras dormía y poder así memorizar todos los detalles de su rostro. Quería prolongar la maravillosa noche que habían compartido. En cierto modo, deseaba que ella se despertara, pero no fue así. Siguió profundamente dormida, vulnerable y confiada hacia él, un desconocido. Emma no se guardaba nada para sí. Se había puesto en

sus manos.

Xavier sintió la necesidad de cuidarla. Agarró la manta que permanecía doblada a los pies de la cama y se la echó por encima. Ella dejó escapar un suspiro de satisfacción. Dios, era perfecta...

«Ha llegado el momento de marcharse», pensó. «Cuando ella sigue siendo perfecta».

De mala gana, se dio la vuelta para marcharse. Agarró la cartera y el teléfono. Estaba a punto de salir de la suite cuando vio el bloc de notas y el bolígrafo cortesía del hotel sobre una mesa. Sin poder contenerse, escribió rápidamente una nota y sonrió.

Técnicamente, aún les quedaban doce horas en el reloj de Nost. Se podían hacer muchas cosas en doce horas.

Abrió la puerta de la habitación y salió al pasillo asegurándose de que la puerta se cerrara sigilosamente a sus espaldas.

## Capítulo 7

Un estallido de notas musicales despertó a Emma. La habitación estaba oscura porque las gruesas cortinas estaban aún echadas. Durante un instante, se sintió completamente desorientada. ¿Dónde estaba? Por fin, se dio cuenta de que estaba completamente desnuda bajo las finas sábanas de algodón. Mr. X. Los recuerdos de la noche anterior comenzaron a fluir en su pensamiento. Recordó la variedad de maneras en las que ambos habían explorado el cuerpo del otro. Se ruborizó con solo pensar en lo que habían hecho aquellas fuertes manos sobre su cuerpo. Había sido, sin lugar a dudas, el sexo más espectacular del que había disfrutado en toda su vida. No tenía parangón.

Se sentó en la cama, pero la encontró vacía. ¿Dónde estaba él? La luz del cuarto de baño estaba encendida y la puerta entreabierta. Abrió la boca para llamarlo, pero entonces recordó con escandalosa claridad que no sabía su nombre. Y no podía llamarlo diciendo «Mr. X». ¿De verdad había sido capaz de hacer algo así? ¿De verdad había estado follando toda la noche con un tío del que ni siquiera sabía su nombre?

Sabía que muchas mujeres lo hacían constantemente. Pensó inmediatamente en Sarah. Aquello era probablemente una noche de martes normal para su amiga, pero ella... Nunca. Ni una sola vez. Ni en una fiesta de la fraternidad, ni en una discoteca ni en un bar. Nunca antes se había acostado con un desconocido. Pensó en las muchas

maneras en las que se habían conocido el uno al otro la noche anterior y se dio cuenta de que, en realidad, ya no eran tan desconocidos. Emma prácticamente podía dibujar su maravilloso cuerpo de memoria. Tal vez no sabía su nombre, pero conocía su cuerpo a la perfección.

Miró la luz del cuarto de baño.

— ¿Hola? — dijo desde la cama. No hubo respuesta.

Emma se levantó de la cama y fue descalza hasta el cuarto de baño. Estaba vacío. Entonces, atravesó la habitación para dirigirse al ventanal. Apartó las cortinas y dejó que entrara la luz del sol. El día ya había comenzado y abajo las calles bullían de personas que iban de camino a su trabajo. Muy pronto, ella tendría que formar parte de aquella marabunta.

Miró el teléfono y vio que tenía una media hora para ducharse y vestirse. Después, se marcharía a su casa para terminar el artículo que su editor quería para aquella mañana. Así era la vida de los que trabajan por cuenta propia.

Se dio la vuelta y vio una nota sobre la mesilla de noche. Fue a por ella y leyó la precisa y ordenada caligrafía.

*Esta noche a las 8 p.m. te espero en el vestíbulo.*

La sorpresa y la excitación se apoderaron de ella. ¿Quería volver a verla? ¿Era eso un hecho habitual en Nost? Pensaba que eran exclusivamente aventuras de una noche, pero tampoco había duda de que Mr. X quería volver a verla. Quería más sexo. Aquella noche. Allí mismo.

Sintió un ligero hormigueo entre las piernas. Sí, por favor. Más Mr. X, por favor.

Se sintió deliciosamente perversa.

«No conozco su nombre ni nada sobre él, pero voy a volver a por más».

Dobló la nota cuidadosamente y la metió en el bolso. Entonces, se

mordió el labio inferior. Al menos, debería averiguar su nombre, saber algo sobre él. Vagamente, había dicho la noche anterior que trabajaba en el mundo de la tecnología, pero eso podría significar cualquier cosa. No tenía ni idea de dónde vivía o trabajaba, pero sí sabía que él cobraba vida con sus caricias, que le encantaba cuando aplicaba la lengua en la punta de su...

De repente, pareció hacer más calor en la habitación. Casi sin darse cuenta, Emma se cubrió un pecho a través de la sábana al recordar cómo Mr. X había hecho el mismo gesto la noche anterior. Recordó también el tacto de los dientes contra el pezón... El deseo la poseyó y estuvo a punto de deslizar la mano por debajo de la sábana para masturbarse.

Sacudió la cabeza. ¿Qué le estaba ocurriendo? Solo pensar en Mr. X la ponía cachonda. Miró el teléfono de nuevo. Tenía que arreglarse. Se dirigió rápidamente al cuarto de baño para meterse en la ducha en la que, horas antes, Mr. X había enjabonado cada centímetro de su cuerpo, lavándola delicadamente con suaves movimientos circulares. Abrió el grifo de la ducha, que era tan grande como una pizza, y el cuarto de baño muy pronto se llenó de vapor. Mr. X parecía estar por todas partes y ella se sintió de nuevo como si él estuviera reclamando su cuerpo. Dejó caer la sábana con la que se había envuelto al levantarse de la cama y recordó cómo él la había tocado, el placer que le había hecho sentir... De repente, le pareció que faltaba una eternidad para las ocho de la noche... No estaba segura de poder esperar.

Xavier llegó a su despacho al oeste del Loop, la zona financiera de Chicago. Estaba en un edificio de cuatro plantas, no muy lejos del United Center. Era un edificio de piedra marrón en el exterior, pero en el interior era todo lo que se esperaba y más de una moderna empresa de tecnología: líneas abiertas, un frigorífico bien pertrechado, mesa de pimpón en la sala de conferencias que había en medio del espacio de



oficinas. Había solo cuatro despachos, uno para cada uno de los socios de Nost. El resto de los empleados trabajaban en zonas acotadas por paneles de cristal. Se permitían las mascotas, así que había varios perros junto a las mesas de sus dueños y un enorme bol de chuches para ellos les esperaba en el mostrador de recepción. Xavier había querido implementar también una guardería, pero hasta el momento, solo dos empleados tenían hijos, con lo que no era suficiente para establecer un programa al respecto.

Casi todos los empleados de Nost eran jóvenes, modernos y atractivos. No había sido a propósito, pero los que se habían presentado a las entrevistas de trabajo eran todos así. Su prioridad eran las mascotas, pero los niños quedaban aún algo lejos. Para Xavier, tenía sentido. No había muchas personas mayores de treinta y tantos con familias que buscaran trabajar para una empresa de citas *online*.

Xavier atravesó el espacio de oficinas justo a tiempo para captar la mirada de complicidad de su asistente, Justin Tanaka. Justin iba, como siempre, con una colorida pajarita, chaleco gris y ceñidos vaqueros. Se cambiaba el color de la pajarita y del chaleco todos los días, pero no el atuendo en general. Completaba su aspecto con unos mocasines y un preciso corte para su espeso cabello negro.

—Vaya, vaya, vaya... —comentó Justin al ver que llegaba Xavier. Se levantó de un salto de su escritorio y siguió a su jefe al interior del despacho—. ¿Llevamos la misma ropa de ayer?

—Solo tú podrías darte cuenta de algo así —gruñó Xavier mientras dejaba sobre la mesa su bolso de bandolera. Justin, que solo tenía veinticuatro años, era el mejor asistente personal que Xavier podía tener. Puntual, organizado y buen trabajador. Su único defecto era la curiosidad, pero a Xavier no le importaba. Justin conseguía que el ambiente estuviera muy animado y era fundamental para asegurarse de que Nost fuera accesible para el colectivo LGBT.

—Por supuesto —replicó Justin con un gesto de incredulidad en los ojos al tiempo que se ponía la mano en la cadera, haciendo que

esta sobresaliera para darle más énfasis al movimiento.

Xavier se echó a reír.

—Lo sé. No dejes que nadie en la oficina se olvide.

—¡Eh! Si lo tienes, hay que enseñarlo —dijo Justin. Se encogió de hombros y volvió a su estado normal, menos teatrero—. Entonces... —añadió, tras sentarse sobre el escritorio de Xavier—. Dime quién ha sido la afortunada chica Nost esta vez.

—Emma —contestó él. Se sentó frente a su ordenador y abrió el correo electrónico.

—¡Emma! Me gusta este nombre. Mi prima se llama Emma. Veamos, entonces esa hace... La chica 438 —concluyó, tras fingir que estaba pasando las hojas de un archivador.

—No ha habido tantas —protestó Xavier mientras levantaba la mirada del teclado del ordenador.

—Vaya, me he equivocado entonces. La 437. Ten cuidado o vas a superar mi récord.

—¿Y es?

Justin levantó una ceja.

—No creo que quieras saberlo.

Xavier se echó a reír.

—Tienes razón. No quiero saberlo.

Justin se cruzó de brazos.

—Está bien, señor. Acuérdate de que tienes la reunión con la junta a las once y el equipo de desarrollo quiere saber si esta tarde te vas a reunir con ellos para la Hora Feliz a las siete.

—No puedo —afirmó Xavier categóricamente. No podía dejar de pensar en Emma y en el vestíbulo del Ritz Carlton—. Tengo planes.

—¿Con Emma? —quiso saber Justin. Xavier no respondió, pero algo en su rostro debió de revelar la verdad, porque Justin comenzó a

gritar—. ¡Sí! ¡Vas a salir con Emma dos noches seguidas! —añadió. Entonces, chascó la lengua con desaprobación—. ¡Estás metiendo el pito en el mismo agujero! ¿Qué va a suponer esto para nuestra empresa?

—Técnicamente, Nost promueve relaciones de cuarenta y ocho horas —explicó Xavier mientras metía la contraseña de su correo electrónico—. Y aún no han pasado cuarenta y ocho horas.

Justin expresó sus dudas entornando la mirada.

—Mmm... ¿estás seguro de que no estás empezando a sentir algo por esa chica?

Xavier soltó una carcajada.

—Claro que no —afirmó meneando la cabeza—. Sabes que yo no dejo que eso ocurra. Esa es la razón por la que fundé esta empresa.

La empresa que su padre le había dicho que era un error.

—El amor necesita algo más de cuarenta y ocho horas —le había dicho a su hijo hacía un año, antes de que un ataque al corazón se lo llevara.

—Papá, esto no tiene nada que ver con el amor —le había contestado Xavier a su padre.

Este había fruncido el ceño y había replicado:

—¿Acaso no tiene todo que ver con el amor?

El maldito romántico. Últimamente, recordaba mucho a su padre. Xavier no dejaba de preguntarse por qué. Había pasado ya un año desde que Xavier lo enterró junto a su madre. Llevaba un año solo y le había ido bastante bien. Había lanzado una exitosa empresa, había encontrado consuelo en los brazos de muchas mujeres... Tal vez no 437, pero un número bastante respetable.

—Siempre hay una primera vez para todo —apostilló Justin con los ojos brillante—. Ya sabes que la única constante en este mundo es el cambio.

—¿Viene ese pensamiento acompañado de una clase gratuita para meditación zen?

—Si quieres. ¿Te gustaría que te apuntara?

Xavier se echó a reír.

—No, gracias.

No necesitaba ni meditación ni yoga. Tan solo ver a Emma una última vez.

Justin volvió a dedicarle una mirada de complicidad, como si pudiera leer sus pensamientos.

—Bueno, ahora te voy a dejar. Recuerda, nada de mandar mensajitos a esa Emma. No te ha dado su número de teléfono, ¿verdad?

—No.

—Bien. En ese caso, tal vez aún haya esperanza para ti —replicó Justin antes de volver saltando a su escritorio.

Xavier se preguntó si de verdad la había. ¿Estaba empezando a sentir algo por Emma? No. Solo una noche más. Una noche más para matar el gusanillo. Con una noche más le debería bastar. Nunca antes había necesitado tres noches. Nunca antes había encontrado necesidad alguna de ir más allá de la regla de las cuarenta y ocho horas. Sin embargo, tenía que admitir que casi nunca repetía. Normalmente, con una noche era más que suficiente. ¿Por qué Emma era diferente? Necesitaba volver a verla para descubrirlo.

Trató de dejar de pensar en ella. Eso no significaba que se estuviera enamorando de ella, ¿verdad? El sexo había sido magnífico, mucho más que eso. Ardiente. Pero eso no significaba que tuviera que ir empezando a encargar las alianzas. Además, si de verdad quería enfriar las cosas entre ambos, debía empezar a salir con ella. Pedirle matrimonio, tal y como había hecho con Sasha. Eso ayudaría a terminar con su deseo y el de ella... para siempre. Se convertirían en una aburrida pareja en un abrir y cerrar de ojos.

Entró en el programa de Nost y metió el código. Era muy sencillo, brillante, pero, a la vez, muy complejo. Le encantaba que fuera así. Había sido su creación y aún le gustaba retocarlo de vez en cuando. En ese momento, se acordó de señor Feliz y Divertido y frunció el ceño. Aquel usuario había violado prácticamente todas las normas de comportamiento de Nost la noche anterior. Buscó su perfil. ¿De quién eran las fotografías que estaba utilizando? Suyas no. Xavier las examinó cuidadosamente. Aquel modelo no era de ninguna manera el hombre que él había visto la noche anterior con la sudadera de los Cardinals. En cuanto a la L y a la V al lado de su nombre... Podría ser que ese ni siquiera fuera su nombre de verdad. Recordó el modo en el que aquel tipo había hablado con Emma la noche anterior y la sangre empezó a hervirle con solo pensarlo.

Tecléo y buscó el perfil de Facebook, en el que Xavier vio al verdadero señor Feliz y Divertido. Aquel tipo había robado la identidad de otro hombre y la estaba utilizando como perfil en Nost.

Tecléo unos cuantos comandos más y expulsó a señor Feliz y Divertido de la aplicación para siempre. A pesar de todo, la intranquilidad no lo abandonaba. Aquel tipo había utilizado un hombre que no era el suyo y podría volver a hacerlo. Podría volver a registrarse en Nost con otro nombre robado. Quería que su aplicación fuera segura y divertida y no sería ninguna de las dos cosas si gilipollas como señor Feliz y Divertido encontraban la manera de violar los ajustes de seguridad de Nost.

Xavier decidió enviar un correo a un amigo, un detective de policía de Chicago, para pedirle consejo.

Miró de nuevo la pantalla de su ordenador. Tenía la información de todos los usuarios de Nost a golpe de teclado. Sí, el sitio era anónimo para el público en general, pero en realidad, había toda clase de información personal que él podía encontrar. Nombres, direcciones, números de teléfono...

Tenía los dedos suspendidos encima del teclado. ¿Debería buscar información sobre Emma? No. Y lo sabía. Estaría infringiendo

montones de normas éticas, pero...

No. Xavier cerró la ventana de la pantalla.

«No debería. ¿O sí?».

Trató de centrarse en sus correos, pero no hacía más que mirar la pantalla que había minimizado en la barra de tareas del ordenador. La base de datos de Nost.

Al final, ya no pudo seguir resistiéndose. La tentación era demasiado grande. ¿Y qué daño podría hacer?

Con unos cuantos clics del ratón, no tardó en encontrar toda la información. Emma Allaire. Edad, veintiocho años. Dirección: Lincoln Square. Ya no puedo detenerse. Buscó sus perfiles en redes sociales y encontró su cuenta de Instagram. Se abrieron ante él docenas de fotografías, dado que la cuenta de Emma era pública. Las fue pasando una a una: Emma con sus amigos, con una mujer que parecía su madre, varias en su cafetería favorita en North Avenue...

Empezó a sentirse culpable. Estaba husmeando. Acosándola incluso. No solo estaba invadiendo la intimidad de Emma, sino que estaba haciendo precisamente lo que se había dicho a sí mismo que terminaría con la atracción que había entre ambos: estaba tratando de conocerla.

A pesar de tales reparos, engulló toda la información que pudo encontrar como si estuviera muerto de hambre. Nunca se había sentido así sobre ninguna de las chicas de Nost. Después de explorar sus cuerpos, se había sentido totalmente satisfecho y las había dejado marchar. Sin embargo, Emma tenía algo diferente. Ella lo intrigaba.

¿Su fuego? ¿Su determinación para desafiarlo en el convencimiento que Xavier tenía de que una relación sin ataduras era lo mejor? ¿O había sido tal vez el modo en el que se había enfrentado a señor Feliz y Divertido en el bar? ¿O tal vez el modo en el que se había entregado a él, tan sinceramente, la noche anterior? Ella se había permitido ser vulnerable de un modo que ninguna mujer había sido antes para él, ni siquiera Sasha.

No tardó mucho en encontrar sus artículos *online* y devorarlos uno tras otro. Emma se presentaba como una escritora considerada, aguda y perspicaz. También era más liberal que él mismo en la mayoría de los temas y no parecía ser la clase de mujer que temía ponerse en el candelero y permitir que otros supieran qué era lo que en realidad sentía. Su manera de escribir reflejaba la pasión que había mostrado la noche anterior. Emma era así, sin fingimientos.

Y eso a Xavier le resultaba tremendamente refrescante.

Muchas de las mujeres con las que había estado solo tenían como objetivo agradarle, amoldarse a algo que pensaban que era lo que a él le gustaría en vez de ser ellas mismas. Xavier nunca se disculpaba por lo que era y siempre quería que sus parejas hicieran lo mismo.

No tardó en darse cuenta de que se había pasado la mañana entera navegando en Internet para buscar información sobre Emma.

Sin embargo, eso no significaba nada... ¿O sí?

## Capítulo 8

Emma se puso un jersey y salió de su apartamento de un dormitorio en Lincoln Square. Bajó los dos tramos de escalera y salió al exterior. Era un fresco día de otoño. El frío de primeras horas de la mañana había remitido gracias a los aún brillantes rayos del sol de mediodía, pero las hojas de los árboles se estaban ya empezando a teñir de tonalidades rojizas y doradas. Mientras se dirigía hacia la cercana Armitage Street, pensó que no estaba segura de si era por aquel hermoso día de otoño o porque aún se sentía radiante por la maravillosa noche que había pasado con Mr. X, pero todo le parecía más bonito y brillante.

Dobló la esquina y vio la pequeña cafetería donde había quedado con Sarah para almorzar. No tardó en ver a su preciosa amiga pelirroja sentada a una de las mesas cerca de la ventana. Al entrar, la saludó con la mano y se acercó a la mesa. Sarah llevaba uno de sus llamativos trajes y se puso de pie para darle un abrazo a su amiga.

—Has echado un polvo —afirmó Sarah en el instante en el que Emma se sentó.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? —preguntó Emma.

—Porque estás, literalmente, radiante. De hecho, pareces presa de una radiación. Entonces, ¿el señor Feliz y Divertido fue... feliz? —le preguntó Sarah. Se sentó y se ajustó su carísima americana de lana. Sin duda, aquella tarde pensaba enseñar despachos a representantes



de altos ejecutivos.

—Dios, no... Fue horrible. Probablemente era un violador. O puede que incluso un asesino en serie.

—Nooo —dijo Sarah—. En ese caso, no me digas que terminaste con tu ex, porque me va a dar un soponcio —comentó. A Sarah no le caía muy bien Devin. En una ocasión, había dicho que era tan excitante como contar ovejas.

—¡No! Sigue en Seattle —exclamó Emma mientras la camarera les ofrecía los menús—. No. Se trata de otro usuario de Nost. Mr. X.

—¡Ohhh! Mr. X. ¡Qué misterioso! Me gusta. ¿Tienes foto?

Emma buscó el perfil de Mr. X en su teléfono y se lo mostró a su amiga. Sarah le arrebató el teléfono.

—¿Cómo? —exclamó mientras miraba la fotografía—. Estoy impresionada... —añadió mientras se mordía los labios—. De eso era de lo que te hablaba —concluyó mientras le devolvía a Emma el teléfono—. Esta noche a por uno nuevo, ¿no?

Sarah lo había comentado medio en broma mientras comenzaba a leer el menú.

—¡No! Voy a quedar de nuevo con Mr. X.

Sarah dejó caer el menú sobre la mesa.

—Emma... Sin ataduras. ¡Nada de segundas citas! —le recordó mientras sacudía la cabeza—. Las segundas citas simplemente... lo complican todo.

Emma se sintió un poco desilusionada.

—¿Por qué?

—Pues porque sí. Empiezas a querer verlos más. Es mejor que todo se quede en una única cita. Confía en mí. Los tíos son los peores. Creen que van a poder cortar más fácil que las mujeres, pero, no sé por qué, es al revés.

—¿Qué quieres decir?

La camarera regresó y anotó rápidamente lo que iban a tomar. Sarah se decantó por una ensalada y Emma, que estaba hambrienta por el ejercicio de la noche anterior, eligió una hamburguesa con patatas fritas.

—Pues eso. La última vez que fui a una segunda cita, el tío me empezó a acosar *online*. Empezó a dejarme mensajes en Facebook. Al final, tuve que bloquearle —relató Sarah antes de tomar un sorbo de agua y encogerse de hombros—. ¡Me llegó a decir que se quería casar conmigo!

—Pero ¿qué dices? —exclamó Emma—. ¿Pero qué narices le hiciste?

—Será más bien lo que no le hice —contestó Sarah encogiéndose de hombros y partiéndose de la risa—. Pero no me seguía el ritmo. Era demasiado pegajoso. Dulzón. Yo nunca habría buscado una relación más larga con él.

—Bueno, pues a mí no me importaría si Mr. X se convirtiera en algo... más.

Pensó en las fuertes manos de Mr. X, en sus sensuales ojos castaños, en el modo en el que parecía conocerla a pesar de que en realidad no se conocían. No le importaría que se convirtiera en algo habitual.

—¡No! —exclamó Sarah dando un manotazo en la mesa—. Emma, ya hemos hablado de eso. Te conformas con lo primero que encuentras. Eso fue lo que te pasó con Devin, ¿te acuerdas?

Emma asintió de mala gana.

—Pero Mr. X no se parece en nada a Devin. Son polos opuestos.

—Por la fotografía que me has mostrado, me lo creo, pero a pesar de todo... El motivo de hacer eso es que te des cuenta de que hay muchos peces en el mar.

La camarera apareció con la comida. Les sirvió los platos. Emma empezó a comer patatas fritas como si llevara días sin probar bocado.

Sarah la miró con curiosidad.

—Veo que ese Mr. X te ha despertado el apetito...

—No sabes cómo... —dijo Emma casi con la boca llena.

—Venga, va. Cuéntame. ¡Y quiero los detalles jugosos! —exclamó Sarah muy ansiosa.

Aquella tarde, Emma estaba sentada frente a su ordenador mirando el cursor. ¿Sobre qué iba a escribir? Casi toda la cita con Mr. X había sido de alto voltaje. Al menos, las partes mejores. No creía que a su editor le gustara algo tan... gráfico. Después de todo, eran madres trabajadoras las principales lectoras de la revista *online*, no estudiantes buscando los consejos más picantes para saber cómo darles vida a las mamadas. Miró la nota que Mr. X le había dejado escrita y sintió una gran anticipación. Volvería a verlo aquella noche.

Pero seguía sin saber su nombre.

Después de todas las cosas que él le había hecho, resultaba increíble. Quería descubrirlo. Abrió Google para iniciar la búsqueda, pero no tenía ni idea de cómo empezar.

*Maravillosos ojos castaños y unos abdominales impresionantes, Chicago.*

*Mr. X, Chicago.*

Con las dos búsquedas, encontró muchas fotografías de tíos buenos y un artículo sobre un episodio piloto para una serie de televisión que se estaba grabando en la ciudad.

Vaya. Buscó *Nost* y *Mr. X*, pero tan solo consiguió de nuevo su perfil en la aplicación. Entonces, se sobresaltó al ver que el pequeño reloj le indicaba que desaparecería de sus opciones aquella misma noche. El pánico se apoderó de ella. ¿Y si nunca conseguía averiguar cómo se llamaba? ¿Y si, después de aquella noche, jamás lo volvía a ver?

Por suerte, aún le quedaba aquella noche. Solo tenía que preguntarle sin rodeos: «¿Cuál es tu nombre?». «¿Me puedes dar tu número de teléfono?». «Porque quiero follarte muchas más veces».

Aquel último pensamiento surgió en su cabeza sin que pudiera evitarlo. Se sintió escandalizada. Permaneció unos minutos más observando el cursor, pero no podía dejar de pensar en los maravillosos ojos de Mr. X mirándola mientras ella se corría para él, inmovilizándola, como si la tuviera presa de un hechizo. Nunca antes se había sentido tan expuesta, pero tan protegida al mismo tiempo.

Tal vez era la excitación de estar con un desconocido. Podía hacer cosas que nunca se atrevería a hacer con alguien a quien conocía.

Comprendió que no conseguiría hacer nada de trabajo aquella tarde. Decidió que buscaría qué ponerse para aquella noche. Revolvió los cajones, pero incluso la lencería más sugerente no le parecía suficiente. Agarró el bolso y decidió irse a las tiendas de Armitage. Iba a ir primero a la tienda de lencería.

Emma esperaba muy nerviosa en el vestíbulo del Ritz Carlton. Había llegado demasiado temprano. Eran las ocho menos diez. Diez minutos completos antes de la hora que Mr. X había fijado para la cita. El vestíbulo estaba casi vacío. Tan solo había dos empleados en la recepción y unos cuantos clientes que pululaban de un lado a otro. El timbre del ascensor sonaba de vez en cuando para anunciar la llegada de alguien nuevo. A Emma le resultaba difícil no volverse a mirar a cada uno de ellos con la esperanza de ver por fin el rostro de Mr. X. Llevaba un vestido negro muy ceñido que no se había puesto desde hacía muchos años. Elástico y de manga larga, se ceñía perfectamente a sus curvas. Bajo el vestido, llevaba el tanga más delicado que había tenido en toda su vida, a juego con un sujetador *push up* y unas medias de encaje hasta el muslo, una prenda que jamás había utilizado antes. Sin embargo, se había imaginado a Mr. X comprándoselas y no se había podido resistir. Completaban su

atuendo unos zapatos de tacón de aguja y un pequeño bolso de mano. Se había recogido el cabello de modo informal y unos pendientes de plata largos le enmarcaban la delicada mandíbula. Se sentía... guapa. Y también... estaba deseando subir a una habitación con Mr. X.

Estaba muy nerviosa. Nunca antes había acudido al vestíbulo de un hotel con la expresa intención de tener sexo. Se sentía una chica más que traviesa. Mala. Los nervios le atenazaban el estómago. Un botones que iban empujando un carro lleno de maletas le dedicó una inclinación de cabeza y la miró con apreciación. Sin embargo, ella era solo para Mr. X.

Sintió que alguien la estaba observando y, en ese momento, levantó la mirada y le vio. Se dirigía hacia ella desde el otro lado del vestíbulo. Sus miradas se cruzaron y ella se sintió paralizada. Estaba muy guapo e incluso parecía más alto de lo que recordaba, más atractivo que en su foto de Nost. Tenía el cabello perfectamente peinado y le sonreía ligeramente. Emma sintió un escalofrío por la espalda que fue a terminar directamente en el sexy tanga que se había puesto aquella noche, donde había empezado a sentir una cierta humedad entre las piernas. Se mojaba con solo mirarle.

Él llevaba puesta una camisa y una cazadora de cuerpo que acentuaba aún más la anchura de sus hombros. Recorrió la distancia que los separaba en un abrir y cerrar de ojos.

—Estás maravillosa —le dijo mientras la miraba de arriba abajo.

—Esperaba que te gustaría —respondió. De repente, se sentía algo cohibida.

—Claro que me gusta.

Le rodeó la cintura con el brazo. Emma se acercó y él le dio un beso muy ligero en los labios, pero ella le entrelazó las manos detrás de la nuca y lo profundizó. Las manos de X le recorrieron la parte posterior del vestido y le apretaron con fuerza las caderas.

Cuando por fin se separaron, el corazón de Emma retumbaba con fuerza en el pecho. El fuego entre ambos era inconfundible y la

atracción palpable. A ella ya no le importaba que nadie los viera.

—Te deseo —le susurró suavemente Mr. X al oído. Ella asintió levemente.

—Yo también te deseo —respondió ella—, pero, primero... ¿cómo te llamas?

Él sonrió.

—Ya conoces mi nombre.

—Mr. X no es un nombre.

Él la miró atentamente.

—¿Quieres saber mi nombre? —le preguntó. Ella asintió—. En ese caso, tienes que hacer lo que yo te pida.

Emma sintió que los nervios le atenazaban el estómago.

—De acuerdo.

Mr. X se echó a reír. Emma se mordió el labio inferior, esperando que le dijera lo que tenía que hacer. Él miró a su alrededor y, de nuevo, se inclinó sobre ella para hablarle al oído.

—¿Ves dónde están los aseos? ¿Por qué no entras, te quitas el tanga tan bonito que seguro te has puesto y me lo traes?

Emma miró nerviosa a su alrededor. Se había sonrojado tan solo con la sugerencia. Sin embargo, deseaba hacerlo. Incluso le gustaba la idea de que él le dijera lo que tenía que hacer. Y el hecho de que ella fuera a hacerlo. Le excitaba.

—De acuerdo —respondió ella aceptando el desafío con una inclinación de cabeza.

Sin dudar, se dirigió hacia los aseos y, mientras caminaba, miró por encima del hombro. Mr. X la observaba atentamente, pendiente de cada movimiento que ella hacía.

Emma empujó la puerta de los aseos. Estaba vacío. Se metió en el primer cubículo. El corazón le latía con fuerza cuando comenzó a

subirse el vestido. ¿Qué estaba haciendo? ¿De verdad iba a entregarle el tanga que llevaba puesto? Entonces, pensó en aquellos maravillosos ojos dorados, en la chispa del desafío que había visto en ellos. Se sintió empoderada y se quitó el tanga. Oyó que la puerta del aseo se abría y que alguien entraba. Se sobresaltó al escuchar que alguien llamaba a su puerta.

—¿Estás lista para mí? —le preguntó la sugerente voz de Mr. X desde el otro lado de la puerta.

Sin poder contenerse, Emma la abrió. Estaba atónita.

—¿Qué estás...?

No consiguió terminar la frase. Mr. X entró y comenzó a besarla apasionadamente. Le agarró el bajo del vestido y se lo subió de un tirón, dejando al descubierto la desnudez de Emma y las medias hasta el muslo. Dio un silbido bajo.

—Eres tan jodidamente sexy —murmuró.

Se pegó a ella y comenzó a tocarla, deslizándose los dedos en la húmeda entrepierna. Emma gimió de placer, igual que él mientras le estimulaba el clítoris. Entonces, comenzó a besarla de nuevo, deslizándole la lengua entre los labios mientras los dedos la llevaban al límite. Emma no se podía creer que aquello estuviera ocurriendo. ¿En un aseo público? Nunca en un millón de años habría pensado tener relaciones sexuales en un sitio así, pero con Mr. X acariciándole de aquella manera, no podía pensar racionalmente.

De repente, él le dio la vuelta de manera que Emma se pusiera de cara frente a la pared del enorme cubículo. Tenía el vestido subido hasta la cintura y las piernas le temblaban. Tenía los muslos húmedos. Oyó que él se desabrochaba la cremallera de los pantalones y que abría un preservativo. Entonces, la penetró por detrás, llenándola por completo. Emma gimió más fuerte de lo que hubiera deseado y colocó el rostro contra la pared, entre ambas manos.

—Quiero que te corras —le gruñó él al oído.

—Yo...

¿Podría hacerlo? Su cuerpo parecía estar a punto de entrar en combustión. Deseaba a X de un modo en el que jamás había deseado a nadie.

—Quiero que te toques —le ordenó él con un tono de voz que no dejaba posibilidad de discusión.

Emma era consciente de que, en cualquier momento, alguien podía entrar y oír lo que estaban haciendo.

—Tócate —le exigió de nuevo.

Emma lo hizo. Deslizó la mano hacia la entrepierna y encontró por fin el húmedo sexo. Aquello era lo que ella deseaba también. Lujuria en estado puro. Verse poseía por un hombre que ni siquiera podía esperar a llevarla a una habitación ni a tenerla completamente desnuda.

Se apretó contra su propia mano mientras él se hundía en su cuerpo cada vez con más potencia. Sintió que la tensión se acrecentaba. Dios... Lo iba a conseguir sin importarle quién pudiera oír lo que estaban haciendo. Entonces, ocurrió. Llegó a lo más alto del clímax más furioso y urgente que había experimentado nunca. Dejó escapar un grito cuando sintió que él también se corría dentro de ella con un último y poderoso envite. X se derrumbó sobre su cuerpo con la respiración entrecortada.

—Eres tan... jodidamente perfecta... —le gruñó al oído, como si no se lo pudiera creer—. ¿Qué me estás haciendo?

Emma sentía que sus piernas eran como de gelatina. Ni siquiera sabía si se podía mover y mucho menos andar. X se retiró y se quitó el preservativo. Se subió la cremallera del pantalón y le dio un beso en el cuello antes de colocarle el vestido. Una de las medias se le había bajado hasta la rodilla.

—Estas me las quedo —anunció él mientras se metía el tanga en un bolsillo. Entonces, volvió a besarle en la nuca.

—Me prometiste tu nombre.



—Xavier —dijo él mientras salía del cubículo.

—Xavier ¿qué? —preguntó ella mientras se ponía a colocarse la media.

Nunca antes había tenido un orgasmo tan maravilloso. Se sentía aún algo mareada y las rodillas se le doblaban literalmente. La tormenta de la pasión la había dejado agotada y sin aliento. Además, no sabía qué hacer. La cabeza le daba vueltas. La última vez que había hecho algo en un sitio público había sido en el salón de estudio de la residencia donde vivía.

—¿Xavier? —dijo, pronunciando el nombre una vez más. No escuchó respuesta.

Salió del cubículo y vio que no estaba en el aseo. ¿Estaría fuera? Se atusó rápidamente el cabello y salió.

Sin embargo, el vestíbulo estaba completamente vacío.

Xavier se había marchado.

## Capítulo 9

Xavier se metió en un taxi. El corazón le latía rápidamente en el pecho. Aún llevaba el olor de Emma en la ropa y en sus venas ardían la excitación y el deseo que sentía por ella. En aquellos momentos, debería tenerla entre sus brazos. Debería haberla llevado a una habitación para poseerla allí ocho veces más, pero no había podido. Estaba empezando a perder el control, a verse demasiado absorbido por la relación con Emma, como si ella fuera arenas movedizas. Había sentido la necesidad creciendo en él cuando precisamente debería estar disminuyendo. Había querido pasar la noche con ella una vez más y volver a despertarse con ella entre sus brazos. Aquello era imposible. Sabía que, si lo hacía, tan solo podía significar una cosa: que estaba empezando a sentir algo más profundo por ella. Cuando se corrió, estuvo a punto de decirle «te amo».

Nunca antes había sentido aquella clase de emociones tan rápidamente. Nunca durante el sexo y mucho menos con la que, prácticamente, era una desconocida. La última vez que se había sentido tan consumido por lo que sentía había sido con Sasha. Y no tenía intención alguna de volver a cometer ese error.

Haberse marchado de su lado era lo mejor que podía hacer por ambos. Había pensado que podría sacársela del pensamiento pasando una última noche con ella, pero acababa de comprender que Emma era como una droga muy adictiva: cuantas más veces la disfrutara, más la necesitaba. No se lo podía permitir. No estaba preparado.

Sasha le había destrozado el corazón y Xavier se había jurado que no permitiría que otra mujer volviera a estar nunca tan cerca de él.

Su teléfono tintineó. Se trataba de un aviso de Nost, con el que le alertaba que el perfil de Emma iba a desaparecer de su muro en menos de quince minutos. No había nada que él pudiera hacer para prolongar lo inevitable. Él había sido quien lo había creado así, a pesar de que sus socios habían insistido en que debía existir la posibilidad de extender el tiempo. Él se había mantenido firme al respecto.

—No hacen falta más de cuarenta y ocho horas. Así se puede volver a empezar —había afirmado. Al final, había conseguido que todos estuvieran de acuerdo con él—. Si alguien quiere una relación más larga que eso, deben acudir a Bumble.

No podían ser una aplicación para buscar el amor, dado que lo que ellos buscaban eran relaciones sin ataduras. Era el modo de destacar en un mercado que ya estaba muy saturado. Sin embargo, tras Emma, Xavier había empezado a tener dudas.

A pesar de todo, tenía su número. Podía ponerse en contacto con ella. Y sabía dónde trabajaba.

«No puedo hacerlo», se dijo. «El sexo ha sido espectacular, pero no era nada más». Las palabras no conseguían calar en su propio pensamiento porque sabía que se estaba mintiendo. A pesar de ello, se negaba a admitirlo.

Decidió marcharse al gimnasio. Iba allí para ahogar sus frustraciones. Tal vez después de un par de horas de levantar pesas tendría el pensamiento más claro y podría dejar de pensar en el hermoso cuerpo de Emma y en el modo en el que se entregaba, tan libremente. Nunca antes una mujer le había ofrecido tanto de sí misma sin reparo alguno. Se preguntó si el corazón estaría también incluido. ¿Sería capaz de amar tan apasionadamente como follaba? Pensar en el amor le ponía nervioso. ¿Qué estaba haciendo? Hacía una hora que había decidido que el amor era tóxico. ¿Por qué seguía pensando en lo mismo?

Sintió la necesidad de mirar el Facebook de Emma, pero se contuvo. ¿En qué estaba pensando? ¿En convertirse en un acosador de las redes sociales? No. Tenía que recuperar la compostura. Emma había sido una mujer muy especial y los momentos que habían pasado juntos habían sido espectaculares. Sin embargo, el reloj de Nost decía que les quedaba menos de un minuto.

En ese momento, un mensaje iluminó la pantalla.

*¿Dónde estás?*, le escribió ella a través de Nost. *Yo...*

De repente, la aplicación se actualizó y el perfil de Emma desapareció. El resto de su mensaje quedó perdido para siempre.

Emma observó cómo Mr. X desapareció de su muro.

—Maldita sea... —murmuró mientras se sentaba en un sofá de cuero cerca de la fuente que adornaba el vestíbulo del hotel.

¿Qué podía hacer? Había mirado en el bar, en el vestíbulo e incluso había salido a la calle. Sin embargo, no había encontrado rastro alguno de Mr. X. De Xavier. Eso era lo único que sabía de él. No tenía ni idea de dónde vivía, ni de los años que tenía, ni de a qué se dedicaba más que a la ambigua explicación que él le había dado de que trabajaba en tecnología.

Sentía una deliciosa molestia entre las piernas. Tan solo unos minutos antes, Xavier la había llenado de la manera más íntima posible y, en aquel instante, había desaparecido para siempre. Se había convertido en un fantasma, en un desconocido que tal vez no volvería a ver. No entendía por qué él se había marchado tan rápidamente. ¿Le habría ofendido ella en algo? ¿Había hecho algo malo?

¿Por qué se había marchado con tanta celeridad? Emma necesitaba saberlo. Quería saberlo. Tenía que volver a verlo.

Se preguntó si era un fugitivo de la justicia. Eso explicaría muchas cosas, pero Emma no podía creer que Xavier fuera un delincuente. Él le había contado que su prometida le había traicionado y le había roto el corazón, pero Emma jamás había conocido a un hombre tan temeroso del compromiso. Había oído hablar de los solteros recalcitrantes, pero aquello era ridículo. Miró hacia el mostrador de recepción y vio que había un recepcionista en aquellos momentos, un joven de poco más de veinte años. Emma se levantó y se dirigió hacia él. Tal vez ahí podría encontrar alguna respuesta.

—Buenas tardes —le dijo el recepcionista con una agradable sonrisa—, ¿en qué puedo ayudarla, señorita?

—Querría saber si podría decirme si Xavier ha reservado una habitación esta noche. Anoche tenía una. Estábamos en la habitación... —dijo Emma deteniéndose a pensar un instante.

¿En qué habitación habían estado? En la doce... algo. ¿1209? ¿1208? Trató de pensar. Sabía que estaba en la planta doce, pero no recordaba qué número de habitación. Efectivamente, no era de extrañar. Había estado demasiado ocupada cuando Xavier le abrió la puerta como para fijarse en los números. Él la había estado besado, un recuerdo que la hizo temblar de placer. Sintió que se sonrojaba.

—Era una suite muy grande —añadió—. En la planta doce. ¿Podría ser la 1209?

El recepcionista había empezado a observarla con cierta sospecha en la mirada.

—Hay varias suites en la planta doce. ¿Cuál es su nombre, señorita?

—Emma Allaire, pero la habitación no estaba a mi nombre. Estaba al de Xavier.

—¿Xavier...?

El recepcionista se detuvo. Evidentemente, estaba esperando el apellido, pero Emma no lo sabía.

—Sí, Xavier.

—¿Xavier qué? ¿Cuál era su apellido, por favor?

Emma se mordió el labio inferior. Comprendió que no iba a conseguir sacarle nada al recepcionista. Estaba segura de que el hotel tenía toda clase de normas sobre la privacidad de los clientes. Además, ¿qué más podía decir? ¿Que había estado follando muchas veces con un hombre del que ni siquiera sabía el apellido? De hecho, aún sentía la humedad de su propio orgasmo entre las piernas de cuando él la había follado en el aseo que estaba a menos de cien metros.

Emma miró al recepcionista. No. No lo comprendería.

—No importa. Le llamaré mejor —dijo mostrando el móvil en la mano, como si el número de Xavier fuera a aparecer mágicamente en la pantalla.

Se alejó del mostrador de recepción con el rostro ruborizado por la vergüenza. A pesar de saber el nombre, prácticamente no sabía nada más de él. No obstante, tal vez por el nombre podría encontrar algo en Google o Facebook. Tal vez si se marchara a casa y probara, conseguiría algo.

A la mañana siguiente, después de pasarse horas buscando en Google «Xavier» y «tecnología», Emma no había encontrado nada. «Xavier» y «Chicago» le proporcionaron cientos de entradas, pero ninguna de ellas parecía encajar con Mr. X. Descubrió un colegio, un edificio de apartamentos y un restaurante, pero ninguno de ellos parecía estar conectados con Mr. X en modo alguno.

—Esto es tan frustrante —se quejó Emma en voz alta mientras dejaba una taza de café sobre el escritorio con un poco más de fuerza de la debida.

Vivían en la era digital, donde se suponía que toda la información

podía localizarse con una búsqueda de Google. Nunca se había visto en la situación de que, tras unos cuantos clics del ratón, no consiguiera encontrar lo que buscaba sobre una persona.

Sacudió la cabeza y trató de recordar algún pequeño detalle que hubiera pasado por alto hasta el momento sobre Xavier, algo más que pudiera buscar en Facebook, Instagram o Google. No se le ocurrió nada. Él se había mantenido deliberadamente discreto sobre todos los detalles de su vida. Emma no sabía dónde vivía, ni dónde trabajaba, ni su apellido, ni siquiera dónde había nacido. En realidad, no se habían pasado mucho tiempo hablando... Aquel pensamiento la sonrojó.

«Ni siquiera debería estar haciendo esto. Me dejó en el aseo del Ritz Carlton medio desnuda. Evidentemente, lo único que buscaba era sexo», pensó.

No podía culparle. El sexo había sido espectacular, pero Emma no podía sacarse de la cabeza que, entre ellos, había algo más que atracción física.

Emma debería sentirse furiosa, pero tan solo era capaz de sentirse perpleja. ¿Por qué había salido huyendo? Trataba de encontrar una explicación entre mil posibilidades. Tal vez ella le había ofendido de algún modo. O podría ser que simplemente la hubiera estado usando y solo hubiera podido estar en su presencia en los frenéticos instantes que duraba el sexo.

Sin embargo, esto último no tenía ningún sentido. Nunca había parecido que ella le molestara en modo alguno. De hecho, la primera noche, la había tenido entre sus brazos mientras dormía.

No. Era como si estuviera luchando contra algo, pero Emma no podía ni imaginarse el qué.

Sabía que Xavier había sufrido en el pasado y sabía que no estaba buscando compromiso alguno. Le había dejado muy claro que solo estaba interesado en conocerla durante cuarenta y ocho horas. Por lo tanto, Emma debía afrontar los hechos. Xavier había desaparecido para siempre.

Aquel pensamiento la deprimió de repente. ¿Cómo podía él darle la espalda a algo tan... maravilloso? Estaba totalmente segura de que ella no era la única a la que el sexo le había parecido, bueno, ardiente. No creía que él tuviera aquella clase de conexión con todas las mujeres con las que estaba. Emma no había experimentado sexo así en toda su vida.

Le pareció escuchar las palabras de Sarah.

«Necesitas follar más a menudo».

Emma suspiró. Tal vez la razón era que ella solo había tenido un puñado de novios y todos ellos más bien aburridos.

¿Estaría casado? Podría ser que su esposa hubiera estado esperando en el coche mientras él entraba al hotel con alguna excusa. Aquel pensamiento le produjo sudores fríos en las manos.

Escribió en Google *Nost y hombres casados*. Una docena de artículos salieron en la pantalla. Los titulares eran significativos: *Nost, coto de caza para adúlteros, Nost no siempre para hombres solteros*.

Leyó los artículos. Parecía que Nost tenía un problema de seguridad. Varias personas, tanto hombres como mujeres, se habían quejado por haber encontrado la aplicación en el teléfono de sus maridos o mujeres. ¿Podría ser Xavier uno de ellos? Todo encajaba. Seguía a rajatabla la idea de no mantener el contacto y ocultaba su apellido con una dedicación propia de alguien que trabajara para la CIA. De hecho, podría ser que ni siquiera su nombre fuera real.

Emma golpeó el escritorio con frustración. ¿Qué se suponía que iba a hacer?

Tomó el teléfono y se fijó que todos los hombres que aparecían en su pantalla eran nuevos. Buscó el nombre de Mr. X y no encontró nada. Tampoco había ya mensajes de él.

Dejó el teléfono y miró el ordenador. Entonces, abrió el Word y seleccionó «documento en blanco». Tal vez no podría encontrarlo, pero escribiría sobre él. Empezó a redactar su artículo sobre Nost. Estuvo trabajando en él dos horas sin parar. El título era: *Mr. X*,



*¿dónde estás?*

Cuando hubo reflejado sus sentimientos, dudas y temores en el documento, envió el borrador a su editor.

Cruzó los dedos para que aquel mensaje en una botella le llegara tarde o temprano a Xavier.

## Capítulo 10

Durante el resto de la semana, Xavier se sintió... solo y vacío. No había conseguido borrar la sensación de que había cometido un enorme error al huir aquella noche del Ritz Carlton y de Emma. Más bien, al contrario, su intensidad parecía haberse acrecentado. En vez de desaparecer de sus recuerdos, la figura de Emma se había magnificado y ocupaba casi todos los pensamientos de Xavier. Sus labios, sus deliciosas curvas, la suavidad de su piel, el modo en el que se entregaba a él, la completa vulnerabilidad con la que le permitía a él que le diera placer. La ensoñación de su rostro cuando alcanzaba el orgasmo...

«Emma, ¿qué es lo que me estás haciendo?». Se hacía esta pregunta una y otra vez mientras estaba sentado en su casa del Loop, a pocas manzanas del edificio donde tenía su despacho. Desde el dormitorio, situado en la segunda planta de la casa, observó cómo una pareja caminaba de la mano por Jackson Boulevard. Iban riendo, felices, bajo la inusual calidez del sol de septiembre, disfrutando de aquella tarde de sábado. Xavier envidiaba su felicidad, pero, en cierto modo, sabía que todo era falso. Por muy felices que parecieran, los problemas podrían estar a la vuelta de la esquina. Sasha también le había dado la mano, le había besado e incluso se había acostado con él al tiempo que buscaba el afecto de otros hombres.

Todas las relaciones empiezan llenas de pasión, pero, poco a poco, se van desinflando bajo el peso de la rutina y la familiaridad o se

convierten en algo peor. Algo más duro, como la tormentosa relación de sus padres. Sacudió la cabeza. No iba a ser nunca como su padre, un esclavo para el amor.

Sasha y él se habían arrancado la ropa la noche que se conocieron, pero, un año más tarde, tras docenas de noches en la misma cama, se habían ido cansando el uno del otro. El sexo se había ido convirtiendo en algo mecánico, previsible. No era de extrañar que ella hubiera buscado satisfacción en otras relaciones. Xavier no podía culparla. La pasión que al principio había iluminado su relación se había apagado para siempre.

Buscó su perfil de Nost en el teléfono móvil, pero apenas lo miró. Aquello no era propio de él. Normalmente, ya estaba buscando su próximo desafío, su siguiente cita anónima. El año transcurrido desde que terminó con Sasha había sido un collage de cuerpos. Sabía que, en cierto modo, aquella no era la manera más saludable de superar a su ex, pero sí la más divertida.

En vez de buscar una nueva candidata, se levantó y se fue a su despacho para consultar en su portátil el perfil de Emma. Había estado conectada en las últimas veinticuatro horas, lo que le produjo un ataque de celos. ¿Tan rápido se había olvidado de él? ¿Estaba buscando ya nuevas citas mientras él estaba allí, sentado frente a su ordenador?

Los dedos se detuvieron un instante sobre el teclado. ¿Y si lo comprobaba? No. No debería. Estaría infringiendo las reglas sobre privacidad de Nost.

«Venga ya», pensó. «¿Qué estás haciendo?».

Decidió buscarla en Google una vez más. Eso era más seguro que husmear en su perfil de Nost. Más seguro para él y para Nost, dado que no estaría exponiéndose a una demanda. Con unos cuantos clics, descubrió que Emma había publicado un nuevo artículo para *Helena*. Sobre él.

La curiosidad le ganó la partida. Leyó el artículo.

*¿Dónde está Mr. X?*

*Jamás pensé que utilizaría una aplicación como Nost o similares, pero...*

Xavier leyó rápidamente el artículo devorando cada palabra. Emma había disfrutado estando con él. había disfrutado de la libertad, de la intimidad, de la conexión inmediata. Él sabía que habían conectado, pero verlo escrito en blanco y negro le gustó. Hablaba de él como si fuera un dios. Sonrió. Y eso que ni siquiera había utilizado con ella sus mejores trucos. Aún tenía algunos en reserva para...

¿Para cuándo? ¿Cuándo volvería a verla? Su tiempo había terminado. Cuarenta y ocho horas. Esa era la regla, su regla, pero...

Miró la fotografía que encabezaba el artículo. Ojos azules como el mar, gruesos labios que se fruncían deliciosamente bajo sus besos... La recordó también de cintura para abajo, con sus delicados labios rosados. Quería volver a saborearla, a hacer que se arqueara de placer, ver la maravillosa mirada que se le formaba cuando se dejaba llevar por el clímax que él le proporcionaba...

La deseaba tanto.

Miró el final del artículo.

*Mr. X, si estás leyendo este artículo, reúnete conmigo en Brew Coffee House, en North Avenue a las 4 p.m. del sábado.*

Xavier miró el reloj. Tenía una hora. Si de verdad quería que Emma pasara a formar parte de su pasado y deseaba cumplir con las reglas que él había creado, la dejaría esperando. Sin embargo, sentía un deseo creciente dentro de él, un deseo ardiente. Ella lo estaba convocando. ¿De verdad era capaz de negarse?

Cuando el cuarto tío se acercó a ella y afirmó ser Mr. X, Emma empezó a pensar que su idea de llamar a Xavier públicamente había provocado un efecto indeseado.

—Tú no eres Mr. X —le dijo. Se trataba de un chico de uno

veintitantos años, con la cara llena de granos y una camiseta de *Juego de tronos*.

—¡Claro que sí! —insistió mientras se quitaba la gorra que llevaba puesta para dejar al descubierto un cabello sucio y grasiento.

—Te digo que no —le espetó ella.

El muchacho no insistió mucho más. Terminó por encogerse de hombros y marcharse. La taza de café que ella había pedido hacía media hora estaba ya vacía. Se preguntó cuánto tiempo más debería esperar. Resultaba evidente que Xavier no iba a acudir a la cita. Podría ser que no hubiera visto el artículo o que hubiera preferido ignorarlo. Después de todo, seguía al pie de la letra la regla de las cuarenta y ocho horas. Ni ataduras ni compromisos.

En realidad, Emma no quería pedirle que se casara con ella. Tan solo quería que se conocieran un poco más. No estaba dispuesta a dejarle marchar tan pronto. Xavier se había convertido en un antojo para ella, en una adicción. No era solo que lo deseara, sino que lo necesitaba. La idea de volver a su aburrida vida sexual le parecía horrible. No deseaba hacerlo. Deseaba a Mr. X.

Realizó algunas notas en un cuaderno sobre el tipo de *Juego de tronos* y decidió que, al menos, tendría suficiente material para otro artículo. A su editor le había encantado el artículo sobre Nost. De hecho, se había convertido en el más leído del blog y había sido compartido miles de veces en las redes sociales. Emma sabía que, en parte, el éxito del artículo se debía a que cada vez había más lectoras interesadas por Nost. Ella era la vecinita formal que lo había probado y a la que le había gustado. El tema se vendía solo.

Luego estaba el espinoso asunto de si Mr. X estaba casado o no. Al menos el treinta por ciento de las lectoras de *Helena* lo creían así, a juzgar por los comentarios que había en el *post*. *Sigue con tu vida, cielo. Está casado, decía una. Los tíos que están disponibles no desaparecen tan de repente. Seguramente tiene esposa e hijos esperándole en una bonita urbanización, decía otra. Una lectora simplemente había escrito SOLTERO RECALCITRANTE. Otra delincuente huido.*

Xavier efectivamente podría ser todas aquellas cosas. O ninguna.

En lo más profundo de su ser, Emma estaba convencida de que no era así. Tan solo era un hombre que había sufrido por el amor, que se había sentido traicionado por la única mujer a la que había amado más que a las demás y se enfrentaba con lo ocurrido de aquella manera. Emma creía lo que le había dicho. Sabía que tal vez no podría cambiarle, porque él le había dicho claramente que no buscaba una relación, pero Emma no podía dejar de pensar que su destino era estar juntos. ¿Cuántas parejas encajaban tan bien? El sexo no era solo sexo. Al menos, no para ella.

Miró a su alrededor y suspiró. Menudo fiasco. Aquella idea había sido una pérdida de tiempo. Suspiró de nuevo y comenzó a recoger sus cosas. El blusón de flores se le deslizó un poco, dejando al descubierto uno de los hombros. Llevaba también una falda de vuelo y unas sandalias, porque que sabía que el inusual calor de aquella tarde de otoño se vería muy pronto reemplazado por el frío de octubre. El verano parecía estar dando sus últimos coletazos en septiembre, pero los vientos gélidos procedentes del lago Michigan llegarían muy pronto y tendrían que llevar abrigos y guantes durante mucho tiempo.

Estaba a punto de marcharse, cuando una sombra cayó sobre su mesa.

Levantó la mirada y vio a Mr. X. Llevaba puesta una sencilla camiseta y unos pantalones de combate. La camiseta no dejaba a la imaginación ningún detalle de su musculoso torso, pero ella apartó la mirada de los impresionantes músculos para cruzarla con los del hombre que llevaba buscando varios días.

—Xavier —susurró ella. El corazón le latía con fuerza en el pecho—, ¿por dónde has llegado?

—Por la puerta —contestó él con una sonrisa—. ¿Llego tarde?

—Sí... mmm... no. Siéntate —le sugirió Emma mientras volvía a tomar asiento. Se sentía en parte asombrada y en parte loca de alegría.

Xavier había acudido a la cita. Ella le había llamado y él había ido—. Viste mi... artículo.

Xavier asintió. Tomó asiento elegantemente sin dejar los ojos de Emma, fuerte y acerado.

—Me gustó especialmente la parte sobre el beso, pero hicimos mucho más que eso...

—Bueno, tuve que moderarme un poco —explicó. ¿Cómo si no hablar de cómo *Helena* no era la clase de revista que publicaba sexo explícito?

—Lo que más me gustó fueron las partes clasificadas X —comentó él con una sonrisa.

Sus dientes eran blancos y perfectos y destacaban sobre su bronceado rostro. Era muy guapo, un dios de cabello oscuro. Emma se había olvidado de la fuerte atracción que el carisma de Xavier ejercía sobre ella y se dio cuenta de que no había estado loca al permitirle que le hiciera lo que había hecho con ella. La electricidad, la conexión entre ellos, era innegable.

Xavier se inclinó hacia ella.

—Tal vez deberíamos ir al cuarto de baño...

Emma pensó inmediatamente en lo ocurrido en el aseo del Ritz Carlton y sintió que el cuerpo le vibraba de anticipación. Desgraciadamente, recordó que el Brew no tenía aseos.

—Aquí no hay cuarto de baño —dijo.

El café era minúsculo y, en realidad, solo había un par de mesas. El mostrador ocupaba un lado completo del establecimiento y el escaparate y la puerta estaban en el opuesto. El aseo, si lo había, era tan solo para empleados.

—Es una pena —dijo Xavier.

Metió la mano sobre la mesa y la apoyó en la rodilla de Emma. Ella sintió el calor que emanaba de su mano a través de la tela de la falda.

Entonces, él movió la mano por debajo de la falda y comenzó a tocarle la cara interna del muslo. Emma contuvo el aliento. Aquí, en medio del café, Xavier le había metido la mano por debajo de la falda. Comenzó a acariciarle la parte interna del muslo e iba subiendo poco a poco, cada vez más. El corazón de Emma empezó a latir con fuerza cuando los dedos de Xavier alcanzaron la tela de las braguitas. Suavemente, presionó la delgada tela. Una tentación, una promesa.

Emma jamás había deseado un baño tanto en toda su vida. Sentía que el deseo le caldeaba el vientre y que la excitación creía a medida que el dedo iba acariciando la tela, que, seguramente, ya estaba completamente empapada. Un cliente entró y Xavier retiró rápidamente la mano. Emma sintió su fría ausencia. En su cuerpo habían prendido un millón de deseos y el único que podía cumplirlos acababa de reclinarsse sobre la silla para tomar un sorbo de su café como si no hubiera pasado nada.

— ¿Estás casado? —le preguntó Emma de repente.

Xavier estuvo a punto de escupir el café.

—No.

— ¿Tienes una relación? ¿Una novia embarazada en casa?

— ¡No! Por supuesto que no. Estoy en Nost.

—He leído que muchos hombres y mujeres casados... buscan diversión en Nost. Es perfecto, ¿no te parece? Ni nombres ni ataduras ni manera alguna de que el cónyuge de quien sea descubra que la persona en cuestión está siendo infiel —le dijo Emma. Poco a poco su voz se fue haciendo más alta, por lo que tuvo que esforzarse mucho para tranquilizarse.

—Bueno, es una pena que algunas personas no sean sinceras — replicó Xavier frunciendo el ceño—. Estoy seguro de que no fue eso lo que Nost tenía en mente. De hecho, creo que menciona algo al respecto en el contrato de usuario.

Emma agitó las manos. Le importaba un comino la letra pequeña de Nost.



—¿Por qué te marchaste corriendo del Ritz Carlton? —quiso saber. Aquella era la pregunta más difícil. De hecho, ni siquiera estaba segura de querer saber la respuesta.

Xavier la miró durante un instante.

—Tenía miedo —admitió por fin. Se rebulló con incomodidad en la silla.

—¿Miedo? —repitió Emma. No comprendía.

—Yo... yo quería más de ti. Más de cuarenta y ocho horas.

Emma sintió que el corazón le daba un salto en el pecho.

—Eso es exactamente lo que yo deseo también —dijo. Se inclinó sobre la mesa y agarró las manos de Xavier—. ¿Por qué no lo hacemos? Mira... Aquí tienes mi número de teléfono —añadió mientras escribía frenéticamente sobre un trozo de papel su nombre y su número de teléfono—. Tú me puedes dar el tuyo y empezamos a partir de ahora.

Xavier miró el papel que ella había dejado sobre la mesa, pero, en vez de parecer emocionado, parecía triste.

—Emma, si seguimos, nuestra relación no va a durar.

Aquellas palabras supusieron un duro golpe para Emma. La desilusión se apoderó de ella. ¿Acaso no le gustaba tanto como Xavier le gustaba a ella?

—¿Qué quieres decir?

Xavier le apretó la mano.

—Envejecerá. Les ocurre a todas las relaciones. Nos acomodaremos y todo será previsible o, peor aún, volátil —dijo. Hablaba como si las palabras le estuvieran dejado un regusto amargo en la boca—. Entonces, tanto si es una cosa como si es otra, tú y yo... nos separaremos. Eso es lo que ocurre.

—Eso no les pasa a todas las relaciones —protestó Emma.

—A las que yo he tenido, sí —afirmó el. Entonces, Emma vio que

se reflejaba en su rostro el dolor por la traición de su prometida.

—Pero no puedes dar por sentado que todas las mujeres son como ella... —replicó Emma. Ella no era Sasha. ¿Cómo podía demostrárselo?—. Yo no soy de la clase de mujeres que engañan a sus parejas.

Xavier se echó a reír. Lo hizo de un modo amargo y superficial.

—Emma, todas las personas pueden llegar a engañar en determinadas circunstancias. Las personas no son como los pingüinos, no nos emparejamos de por vida. Las personas se aburren, se cansan y se frustran. No estoy seguro de que sea posible tener una relación saludable y monógama.

Emma suspiró con frustración. Nada de lo que él le había dicho era una novedad para ella. Inmediatamente después de que se conocieran, él le había admitido que esa precisamente la razón por la que le gustaba tanto Nost. ¿Por qué le sorprendía que un hombre que tenía fobia al compromiso optara por utilizar Nost? Sin embargo, no podía renunciar al vínculo que existía entre ambos. No estaba dispuesta aún para abandonarlo todo.

—Pero, ¿no quieres explorar lo que hay entre... nosotros? —le preguntó ella señalando a ambos con la mano que le quedaba libre—. No es posible que se sienta esto, al menos lo que yo estoy sintiendo, con todo el mundo.

Xavier de paró a pesar. Emma sabía que él sentía más de lo que quería admitir. Efectivamente, sentía un fuerte vínculo entre ambos que era mucho más que sexo ardiente o mucho más que dos personas que se sienten atraídas la una por la otra. Había algo más, como si se conocieran ya de antes. Emma no creía en la reencarnación, pero si así fuera, juraría que ambos se habían conocido en una vida anterior.

—Esto es... real —afirmó ella apretándole con fuerza la mano.

—Si me conocieras... si me conocieras de verdad, toda esta... química... desaparecería —repuso él.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Es decir, podría ser como tú

dices, tienes razón, pero, ¿y si no fuera así?

Movió las piernas por debajo de la mesa y tocó la rodilla de Xavier con la suya. Sintió que de nuevo fluía la corriente de deseo entre ellos y, cuando él se inclinó sobre la mesa, supo que él también la había sentido.

— ¿Vamos a dar un paseo? — le preguntó Xavier.

## Capítulo 11

Emma iba paseando junto a Xavier por la concurrida North Avenue. Los desconocidos pasaban a su lado, ajenos por completo a lo que estaba ocurriendo entre la pareja. La brisa de la tarde se había vuelto más fresca, dado que el sol había empezado ya a ocultarse en el horizonte y había comenzado a teñir de rojo el cielo. La ligera brisa removía las hojas de los árboles y hacía caer a sus pies las amarillas. Emma sentía cómo una potente fuerza, parecida a un campo magnético, flotaba entre ellos. Xavier era la Tierra y ella la Luna, atraída por la gravedad, una fuerza invisible, que provocaba que fuera consciente de cada movimiento que él realizaba.

Mientras caminaban, Xavier entrelazó su mano con la de ella posesivamente, como una promesa.

—Ya sabía sobre ti, Emma Allaire —dijo de repente.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó ella. Pensó en el papel que ella había escrito en la cafetería, el papel que él ni siquiera había recogido de la mesa. Emma lo había doblado y se lo había metido en el bolso.

—Te busqué en Google —admitió Xavier—. Me dijiste el nombre de la revista para la que trabajabas, así que no me resultó difícil encontrarte. Además, tu página de Facebook es pública. ¿Lo sabías?

Emma se quedó atónita. ¿Había estado buscando información

sobre ella como ella había hecho con él? Por supuesto había tenido que hacerlo. ¿Cómo si no podría haber sabido que ella le estaría esperando en la cafetería? Había leído el artículo que ella había escrito. Sin embargo, el hecho de que estuviera admitiendo que había querido saber más sobre ella, que hubiera admitido que no le satisfacía que fueran unos absolutos desconocidos, unidos tan solo por el conocimiento carnal, iba en contra de su filosofía de vida. Tal vez Emma estaba consiguiendo que cambiara, había conseguido que derribara los muros que él había levantado para protegerse, para mantenerla lejos de él.

—En ese caso, has infringido tus propias reglas —dijo Emma, muy contenta de poder hacérselo nota.

Xavier la miró de reojo. Sus ojos parecían de oro por la puesta de sol.

—Sí —admitió él—. Sentía curiosidad.

—Yo también sentía curiosidad por ti. Te busqué también, pero en realidad no me diste ningún hilo del que pudiera tirar.

Xavier sonrió.

—Lo sé.

—Dame algo. Solo una cosa.

Estaban pasando por delante de un estrecho callejón. Xavier la empujó contra la pared y le dijo:

—Bésame primero.

Emma separó los labios y asintió. Xavier bajó la cabeza y reclamó los labios de Emma. El deseo no tardó en despertar entre ambos. Bocas y lenguas se enredaron en la ancestral danza del deseo y la lujuria. Emma lo deseaba tanto... La necesidad prendió entre ellos y fue creciendo cada vez que Xavier asaltaba su boca una y otra vez. Se devoraban el uno al otro, engullidos por una pasión como la que Emma no había experimentado jamás. ¿Era la razón por la que sabía que Xavier podría desaparecer de su vida en cualquier momento?

¿Porque era un desconocido, un hombre que insistía en no abrirse a ella para darle detalles tan insignificantes sobre su vida como su apellido? ¿Podría ser que él fuera un lienzo en blanco, alguien en quien pudiera proyectarlo todo, el hombre perfecto?

Emma no lo sabía. De lo único de lo que estaba segura en aquel momento era de que su cuerpo se había licuado por el deseo. En aquel momento, la pasión la había convertido en una esclava. Haría todo lo que él le pidiera. Se había olvidado de que estaban en la calle, de la gente que paseaba por la acera a pocos metros de allí o del hecho de que el callejón, aunque se estaba haciendo de noche, era visible desde las ventanas de los edificios que daban a él. No le importaba que los vieran. Lo único que quería era que él la besara y que le acariciara el cuerpo por todas partes. Tal vez no sabía su nombre, pero conocía perfectamente sus manos, la manera firme en la que la poseían, la acariciaban y le hacían suplicar más. De repente, no le importaba que estuviera en un lugar público, visible a pesar de estar oculto. Lo único que deseaba era disfrutar de Xavier. No quería aquel momento terminara.

—Te deseo... aquí... —le dijo Xavier al oído. Las manos no tardaron en deslizarse por el delicado encaje de las braguitas y sentir lo mucho que ella le deseaba también—. Te deseo ahora.

Emma se olvidó de toda cautela. Solo le importaba vibrar de pasión. Nunca había hecho algo así en público, pero lo deseaba tanto como Xavier la deseaba a ella. Se quitó las braguitas y las tiró al suelo. Notó el frescor de la noche entre los muslos. Se sentía expuesta, pero ese hecho tan solo acrecentaba su deseo. Estaba lista. De repente, Xavier la levantó y la apretó contra la pared de ladrillos del callejón, penetrándola completa e inmediatamente. Ella abrió la boca de sorpresa y placer e, instintivamente, le rodeó la cintura con las piernas mientras él empujaba, mirándola a los ojos y comprobando que el deseo era tan fuerte en ella como en sí mismo. Emma lo acogió. Se sentía deliciosamente imprudente, disfrutando a pesar de saber que hacían algo que no estaba bien: un desconocido, un callejón, expuesta ante cualquiera que pudiera pasar por allí, haciendo algo que las

chicas buenas jamás hacían. Sin embargo, allí estaba ella, abriéndose de piernas, dejando que él la poseyera y deseándolo. La combinación de adrenalina y deseo le provocó casi inmediatamente un potente clímax. Tuvo que ahogar como pudo el grito de placer que le surgió en la garganta.

Xavier se corrió también con un último y urgente envite. Entonces, se retiró rápidamente.

—Quiero que me digas algo —le murmuró ella agarrándole por la camisa—. Quiero saber tu apellido.

—Si lo supieras, no te habrías corrido tan rápidamente —le advirtió él mientras se subía la cremallera—. No me habrías permitido que te follara aquí.

—Me lo prometiste —insistió ella—. Por un beso. Y te he dado mucho más que un beso.

Estaba aún jadeado mientras Xavier miraba de un lado a otro, comprobando que nadie los había visto. Se inclinó sobre ella y le susurró al oído los dígitos de un número de teléfono. Le dio un beso y se marchó.

Emma memorizó los números. Siguió repitiéndolos mentalmente mucho después de que se hubieran separado en el callejón. Ella había visto cómo Xavier se marchaba por la acera de la calle principal, pero se sentía agotada y dolorida, como si estuviera al borde de un precipicio sin saber cómo podía bajar. Se preguntó si debería seguirle. Sentía que se le doblaban las rodillas y estaba muy cansada. Xavier acababa de follarla en público, debajo de las ventanas de los pisos que daban al callejón. No sabía si alguien los había visto. Se había marchado tan rápido que se había dejado las braguitas en el suelo.

Se preguntó cómo era posible que hubiera hecho algo así, pero sabía bien la respuesta: Xavier, sus manos, su mirada, sus ojos, su negro cabello. El modo en el que encajaba perfectamente dentro de

ella y parecía estimular todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo al mismo tiempo.

¿Tenía él razón? ¿Existía tal química entre ellos porque eran desconocidos? Emma no sentía lo mismo por los hombres que veía en la acera o en el tren o que pasaban junto a ella por el pasillo de un supermercado. Estaba convencida de que Xavier y ella compartían algo: una vida pasada, una conexión espiritual, algo que hacía que el sexo fuera absolutamente espectacular, algo que le hacía desearlo tanto que era capaz de quitarse la ropa interior en la calle para él y dejar que la penetrara rodeada por las brumas del atardecer.

¿Sería el sexo tan salvaje, tan maravilloso, si fueran pareja? ¿Si durmieran en la misma cama, conociendo al dedillo la rutina del otro? Pensó en sus parejas del pasado, en cómo las había llegado a conocer en todos sus detalles: el sonido de sus ronquidos, su comida favorita, las historias de la infancia... ¿Habían hecho esos detalles que el sexo fuera... aburrido o previsible?

Cuanto más disfrutaba del sexo con Xavier, más imprevisible y caliente era. Nunca habría imaginado que ella le permitiría que la poseyera contra una pared de ladrillo, a pocos metros de una concurrida calle, pero así había sido. Y lo había deseado tanto como él. ¿Era porque no lo conocía? Si lo conociera mejor, ¿se mostraría más tímida o demasiado avergonzada de hacer ese tipo de cosas?

Se hizo todas estas preguntas sin encontrar respuesta. Pero eso no le impidió meter el número de teléfono que él le había dado en Internet para tratar de localizarle. El número no estaba a nombre de nadie. ¿Sería un número de un teléfono de prepago?

Decidió enviarle un mensaje para averiguarlo.

*Quiero saber tu apellido.*

*Vaya, hola para ti también, Gatita, contestó Xavier casi inmediatamente, como si hubiera estado esperando. He disfrutado mucho hoy contigo. ¿Has disfrutado tú también conmigo?*

*Sí, contestó ella. Los dedos le temblaban ligeramente al recordar la*



pasión con la que él la había poseído hacía tan solo media hora.

*Me encanta cómo eres... Estás hecha para mí...*

*Y tú para mí,* respondió ella. *Nunca antes he hecho eso en público, en la calle.*

*Lo sé,* escribió él. *Pero eso es lo que ocurre entre dos desconocidos. No hay inhibiciones.*

*Tú no eres un desconocido para mí. Sé lo que te gusta. Cómo te corres. Tu cuerpo...*

Efectivamente, Emma lo sabía. Conocía cómo era su rostro en el clímax, los movimientos que hacía cuando se había satisfecho, un carraspeo único de él y el modo en el que exhalaba para terminar. Todos esos detalles hacían que no fueran desconocidos. Emma sabía también que él nunca se corría antes que ella, que siempre le daba antes placer a ella. Y sabía perfectamente que sus caricias la volvían loca.

*Ya sabes demasiado.*

*Pues quiero saber mucho más,* escribió ella con furia.

Xavier no volvió a contestar. No hubo más mensajes. Emma se quedó mirando el teléfono, preguntándose qué había pasado.

Para ser un hombre que tan solo había tenido un fracaso sentimental, parecía tener una fobia extrema al compromiso. Por supuesto, era algo traumático, pero la actitud de Xavier le parecía demasiado... extrema. Emma se preguntó al respecto. ¿Existía la fobia extrema al compromiso? ¿Sería una enfermedad? Lo buscó rápidamente en Google.

—«Ansiedad sobre una relación» —dijo, leyendo en voz alta, mientras leía un artículo de psicología—. «En su forma más extrema significa que una persona tiene miedo de comprometerse con otra. Esto puede deberse al final de una relación que no esperaba o, en algunos casos, traumas de la infancia».

Emma dejó de leer. ¿Traumas de la infancia? ¿Podría ser esa la

explicación?

Siguió leyendo. Aparentemente, con mayor frecuencia, los que sufrían de fobia extrema al compromiso, fracasaron a la hora de formar vínculos con uno o ambos progenitores. Podría ser también que alguien en quien confiaran les hiciera daño. Un pariente o alguien que cuidaba de esa persona.

—«A veces —siguió leyendo—, los que sufren los casos más severos de esta clase de ansiedad muestran a menudo comportamientos contradictorios: pueden mostrarse apasionados e, inmediatamente después, muy distantes».

Emma asintió con convicción ante lo que estaba leyendo. Reconocía a Xavier perfectamente en esa descripción.

—«Para curar este tipo de ansiedad, el enfermo a menudo debe enfrentarse a su pasado y comprender que esos traumas no se van a repetir en el presente».

Se preguntó si sería tan fácil y cerró el ordenador. ¿De verdad estaba dispuesta a diagnosticar los problemas psicológicos de Xavier por medio de Google? ¿Acaso no estaba proyectando sus propios pensamientos y preocupaciones en él? Eso es lo que ocurría cuando no se conocía bien a la persona. Lo único que podía hacer era suponer.

*Quiero volver a verte. ¿Cenamos esta noche?*

Tras escribir el mensaje, Emma permaneció unos instantes mirando la pantalla, pero él no respondió. ¿Lo había perdido? ¿Estaba él en fase distante? Fuera como fuera, no podía dejar de pensar que había que el sedal de su caña de pescar se había aflojado y había perdido el cebo.

Xavier miró su móvil de prepago, el que solo utilizaba para Nost y vio la invitación de Emma. Cada fibra de su cuerpo deseaba aceptar la invitación, quería volver a verla, oler de nuevo su champú de lavanda,

sentirla de nuevo, suave, húmeda y dispuesta. Sin embargo, la necesidad que sentía en el pecho le asustaba. No se había sentido así desde que era un niño y estaba solo en su habitación mientras su padre trataba de calmar a su madre de uno de sus ataques de ira. Más tarde, se había enterado de que su madre era bipolar. Había enterrado esos recuerdos de su madre tan profundamente que no podía evitar preguntarse por qué los había recordado. Su madre murió cuando él solo tenía nueve años. Los recuerdos que tenía de ella eran, en el mejor de los casos, difusos, aunque sabía que, a veces, ella había sido una mujer vibrante, llena de energía e imparable. La estrella más brillante de la sala, sin importarle a quien quemaba. Otras, en cambio, se pasaba días enteros en la cama. Su padre permaneció leal a ella durante toda su vida y cuando Xavier le preguntó por qué, su padre le respondió «no se puede elegir a quién se ama». El viejo romántico. ¿Y dónde le había llevado tanto romanticismo? A un matrimonio tormentoso, a una muerte prematura de su esposa y pasarse casi una vida entera viviendo sin ella.

Apartó aquel pensamiento. Él podía elegir no amar, ¿verdad? Apagó el móvil de prepago y se lo metió en el bolsillo. Se juró no volver a mirarlo en toda la semana.

## Capítulo 12

Emma tomó un trago de su gin-tonic mientras se sentaba en un concurrido bar en el corazón de Wrigleyville. En el exterior, las aceras estaban a reborar de grupos que iban de bar en bar y el ambiente había ido adquiriendo el frío del otoño que ya se acercaba. Los Cubs habían terminado hacía ya un rato su partido en el cercano Wrigley Field, aunque los más fiesteros seguían celebrando la primera victoria de la temporada.

—Tienes que olvidarte de él —le aconsejó Sarah mientras tomaba un sorbo de su vodka con soda. Llevaba el cabello pelirrojo recogido de un modo informal, un jersey ceñido, vaqueros muy ajustados y botines de punta abierta para poder presumir de su pedicura en rojo cereza—. Lleva una semana desaparecido. Seguramente el número que te dio fue de un móvil de prepago y, además, no te responde... Vamos, blanco y en botella.

—Pero... había algo entre nosotros —protestó Emma sin dejar de mirar tristemente su copa.

Casi no había prestado atención a lo que se había puesto: un jersey tan holgado que se le deslizaba constantemente hacia un lado y dejaba un hombro al descubierto y unos *leggings* negros. Llevaba el cabello suelto y secado al aire, con sus ondas naturales. A su alrededor, el ambiente era ruidoso y animado, pero Emma se sentía aislada y sola. A pesar de verse rodeada de hombres atractivos, ella solo quería

pensar en Xavier.

—Te refieres a que el sexo fue espectacular —le corrigió Sarah mientras golpeaba la barra del bar con su vaso para dar énfasis a sus palabras—. Y, nunca se sabe, todo se podría haber ido al garete cuando hubieras descubierto que él sigue viviendo en el sótano de la casa de su madre y que se pasa el tiempo libre fumando maría.

—¡Él no es así!

—¿Y cómo lo sabes? —le preguntó Sarah mientras arqueaba una ceja.

Emma suspiró. Efectivamente, no lo sabía. Ni siquiera conocía el apellido de Xavier y mucho menos dónde vivía.

—Me está volviendo loca. Hoy en día, se puede descubrir cualquier dato sobre cualquier persona desde el teléfono móvil —exclamó Emma agitando el teléfono en el aire—, pero él es como un agujero negro. No tiene sentido.

—Tal vez sea mejor así —le advirtió Sarah mientras tomaba otro sorbo de su bebida—. Podría ser una mala persona. Un pandillero.

—¡No! —exclamó Emma.

—Está bien, un ladrón de guante blanco —dijo Sarah. Tomó un sorbo de su bebida y la agitó para que los cubitos de hielo golpearan el cristal del vaso.

Emma negó con la cabeza.

—Simplemente está... atormentado.

—¿Problemas mentales?

—Problemas para comprometerse. Ansiedad en las relaciones.

—¿Has estado utilizando de nuevo Google para hacer un diagnóstico?

Emma se encogió de hombros con gesto culpable.

—¡Ya sabes que eso es muy peligroso! —exclamó Sarah dejando la

copa sobre la barra—. Cuando empezaste a tener problemas con Devin, estabas convencida de que tenía una personalidad límite.

—¡Y la tiene! —replicó Emma.

Sarah lanzó un suspiro de frustración.

—Tienes que cerrar la consulta médica en la web y empezar a enfrentarte a los hechos. Mr. X se ha ido, pero no importa. No era de los que se quedaban.

Emma recordó lo rápidamente que él la había dejado en las dos últimas ocasiones que habían estado juntos. Había tenido tanta prisa por marcharse que casi no le había dicho ni adiós. Ciertamente, la permanencia no era el punto fuerte de Xavier.

—Además, lleva en silencio una semana. Se ha acabado, cielo. Sé que quieres que haya algo más, pero no hay nada —le dijo mientras le apretaba los hombros para darle ánimos—, pero eso no significa que no puedas encontrar a otra persona.

Emma bajó la mirada. No deseaba encontrar otra persona. Deseaba estar con Xavier.

—¿Y si ha tenido un accidente? ¿Y si quiere ponerse en contacto conmigo, pero...?

Sarah dejó escapar un suspiro de frustración.

—Cielo, no ha ocurrido nada de eso. Deja de centrarte en un hombre. Lo que necesitas es distracción. Dame tu teléfono —le ordenó Sarah.

—¿Por qué?

—Dámelo —insistió Sarah abriendo y cerrando la mano con impaciencia. De mala gana, Emma se lo entregó. En cuestión de segundos, Sarah había abierto la aplicación de Nost y tenía localizados a todos los miembros activos en un radio de medio kilómetro.

—¡No, no, no! —protestó Emma mientras trataba de recuperar su teléfono, pero Sarah se aseguraba de que no lo pudiera atrapar.

—Es por tu propio bien —replicó Sarah mientras guiñaba el ojo varias veces con la esperanza de captar la atención de posibles interesados.

—¡No quiero conocer a nadie más!

—Puede que no quieras, pero tienes que hacerlo —afirmó Sarah mientras escribía un mensaje a un miembro que Emma ni siquiera podía ver.

—¿A quién estás escribiendo? ¿Qué...?

—Confía en mí —contestó Sarah mientras sonreía mirando el teléfono.

—¡Déjame ver! —exclamó Emma tratando de agarrar el brazo de su amiga.

—Simplemente estoy saludando a algunos posibles candidatos. ¡Dios mío, hay montones!

Dado que estaban en un bar rodeadas de hombres, Emma no se sintió en absoluto sorprendida.

—Enséñame.

Por fin, Sarah le mostró algunos de los perfiles.

—¿Ves? No está tan mal.

Emma miró la fotografía de un hombre rubio, delgado, pero no muy en forma. Era mono, pero no se parecía a Xavier. Recordó los ojos castaños, el cabello negro como el azabache, el gesto de su rostro cuando la tomaba entre sus brazos para besarla... Sintió que se disolvía un poco más. ¿Cómo podía dejar eso atrás?

Sarah le mostró otra.

—Eh, tienes un mensaje de Guapo y Divertido. Me suena un poco... ¿Le enviamos ya un mensaje la otra vez?

—¿Cómo dices? —preguntó Emma. Miró la pantalla y vio la fotografía falsa que había utilizado señor Feliz y Divertido, el hombre que había sido tan desagradable con ella en el bar del Ritz Carlton—.

¡Es señor Feliz y Divertido!—. Es decir, no es él —añadió mientras pellizcaba la fotografía para hacerla más grande—, pero es la foto que utiliza. Confía en mí, no se parece en nada a ese modelo. Dice que está muy cerca de nosotros...

Emma miró a su alrededor rápidamente. Segundos después, vio una delatora gorra de los Cardinals en un rincón del bar, junto a las mesas de billar.

—¡Dios! ¡Está ahí! ¿Ves esa gorra de los Cardinals? —le dijo a Sarah mientras le indicaba disimuladamente la dirección con un movimiento de cabeza.

—¿Ese viejo? ¿El gordo? —le preguntó su amiga con un gesto de asco—. Está mintiendo...

—Lo sé —dijo Emma tratando de disimular—. No mires...

De repente, tuvo miedo de que el hombre pudiera verlas. Debía de saber que estaba muy cerca. Le había enviado un mensaje, pero tal vez no las había visto aún. El bar estaba a rebosar. Emma se ocultó detrás de los hombres que estaban junto a ellas, utilizándolos como escudo.

—¿Quién en su sano juicio se pondría una gorra de San Luis en territorio de los Cubs?

—Es un capullo, así que vete tú a saber —comentó Emma encogiéndose de hombros. Recordó el modo en el que le había agarrado por el codo, la frialdad de su voz cuando le dijo a la cara que era una zorra...

—Ese fue el tío que te insultó, ¿no? —dijo Sarah frunciendo el ceño—. Pues vamos a denunciarle —añadió. Apretó inmediatamente el botón de «denunciar usuario» y escribió el motivo. Se aseguró de escribir las palabras «fotografías de perfil falsas», «beligerante», «grosero» y «agresivo» en la explicación.

—Tal vez deberíamos marcharnos —sugirió Emma. De repente, había empezado a sentirse incómoda. No quería que ese tipo la descubriera.



—De acuerdo. Esta ronda la pago yo.

Sarah dejó unos billetes junto al chupito que sujetaba su nota y las dos se abrieron paso entre la gente para llegar a la salida. Acababan de salir por la puerta cuando, alguien, a sus espaldas, le gritó:

—¡Eh, Gatita!

Emma se quedó inmóvil, preguntándose durante un segundo si sería Mr. X. Sin embargo, cuando se dio la vuelta, se encontró a un chico rubio con dos amigos.

—Gatita, eres más guapa en persona. Vamos a ir a Barleycorn — dijo él indicando con la cabeza un pub irlandés cercano—. Os invitamos a una copa a tu amiga y a ti.

Sarah le dio a Emma un codazo.

—De acuerdo —dijo esta de mala gana.

Xavier estaba sentado en su casa frente al ordenador, tratando de arreglar un error en el código de Nost que ninguno de sus ingenieros podía arreglar. Se había pasado la semana entregado a su trabajo para tratar de no pensar en Emma: lo que estaba haciendo, lo que llevaría puesto o con quién podría estar. Había preferido no contestar cuando ella le propuso salir a cenar y, sin embargo, se preocupaba de que ya se hubiera olvidado de él. Después de todo, no le había respondido, pero Emma tampoco había insistido. Hasta aquel momento, había conseguido resistir, pero sentía que los dedos se morían por responder, por sugerirle una hora y un lugar.

Lo único que podía impedir que lo hiciera sería el trabajo. Por eso, se había sumergido en él con la esperanza de que, tarde o temprano, terminara olvidándose de Emma.

«Uno no se olvida de la mujer que ama», le había dicho su madre. Odiaba el hecho de que la voz de su padre ocupara sus pensamientos constantemente. «No la amo, papá. De hecho, ni siquiera la conozco».

Sin embargo, ¿por qué de repente entendía que su padre no se apartara de su errática madre? ¿Por qué si no iba sufriría él tanto?

«No parece que a Emma le guste sufrir», dijo una voz en su interior. «Emma es apasionada, vulnerable. Completa. No es mi madre. Ni Sasha».

Sasha. En el momento en el que ella le traicionó, Xavier volvió a ver a su madre, la mujer que era capaz de quemar todo lo que le rodeaba. Tal vez él solo era un niño por aquel entonces, pero recordaba las noches que su padre salía a buscar a su madre, el rostro de preocupación de la tía de Xavier a pesar de que trataba de tranquilizarlo diciéndole que todo iba bien... Él había sabido perfectamente que nada iba bien.

Apartó la imagen del niño asustado. Ya era un hombre, un hombre a cargo de su propio destino. Y él no iba a ser débil como su padre.

De hecho, pensaba demostrarlo. Abrió la aplicación de Nost en su teléfono. Una serie de hermosas mujeres le sonreían desde su muro. Sin embargo, mientras examinaba las fotografías, no hacía más que compararlas a todas y cada una de ellas con Emma. Y salían perdiendo. ¿Por qué no se la podía sacar de la cabeza? ¿Por qué no podía dejar de pensar en ella? Encontraría la manera de liberarse de aquel deseo, de aquella debilidad. No sería su padre.

Se obligó a mandar un mensaje a una guapa morena y a otra también muy guapa de veintitantos. Necesitaba alguien que le hiciera olvidar. Eso era todo. En el momento en el que estuviera con otra mujer, se olvidaría por completo de Emma. ¿No? Dejó el teléfono y centró de nuevo la atención en la pantalla de ordenador.

Mientras trabajaba en el código, vio que recibía una notificación en el buzón de correo. Era él quien recibía todas las quejas referentes a Nost. Abrió el mensaje y, entonces, vio que provenía de la cuenta de Emma. Su primer pensamiento fue que estaba activa de nuevo. Los celos se apoderaron de él. ¿Estaba en aquellos momentos en brazos de otro?

Pensar que pudiera estar flirteando o besando a otro hombre le produjo una sensación muy incómoda. No le gustó nada la idea.

Entonces, leyó la queja. En cuanto buscó la foto de perfil del tipo en cuestión, supo que era el mismo hombre que la había acosado en el bar. Había colocado la misma foto y la descripción que ella había hecho, sobre todo lo de la gorra de los Cardinals, encajaban perfectamente. Maldita sea... Aquel gilipollas había vuelto a violar el sistema.

Xavier examinó el perfil falso y vio que, al contrario de otros perfiles, había puesto un número de teléfono. Después de haber sido expulsado del sistema varias veces, él quedaría bloqueado a menos que utilizara un número que funcionara, un número que pudiera confirmar por medio de un mensaje de texto. Aquella podría ser la oportunidad de Xavier. Lo encontró registrado a nombre de un tal Jimmy Keith. ¿De verdad podía ser tan fácil?

Xavier siguió investigando sobre él y terminó en una página de redes sociales que lo confirmó. Aquel era el tipo que había acosado a Emma en el bar. Solo tenía un puñado de amigos en Facebook, pero había nacido en San Luis. Xavier decidió dar un paso más y comprobar si el tal Keith tenía antecedentes penales. Los resultados no tardaron en aparecer en la pantalla: allanamiento de morada, alteración del orden público estando borracho y, por último, algo que le puso el cabello de punta. Había sido considerado culpable de agresión sexual hacía diez años en San Luis. Con otra búsqueda de Google, encontró artículos de periódico al respecto. Se le había condenado a diez años, pero debía de haber salido antes en libertad condicional.

Aquel ser repugnante había conseguido registrarse en Nost al menos en dos ocasiones y volvía a estar dentro, buscando nuevas víctimas en mujeres incautas.

Aquel gilipollas había agarrado a Emma del brazo en el bar.

Xavier sintió que la sangre le hervía en las venas y llamó a un amigo detective de Chicago. No sabía si se podía hacer algo al

respecto, pero lo iba a averiguar. Le saltó el buzón de voz y dejó un mensaje. Entonces, miró los mensajes recientes de Emma y se dio cuenta de que el expresidiario había intentado volver a ponerse en contacto con ella aquella misma noche, pero bajo su nuevo perfil.

Xavier deseó poder averiguar dónde estaba Emma, pero ni siquiera él podía hacerlo desde su despacho. Necesitaría crear un nuevo perfil en Nost rápidamente para poder encontrarla, pero incluso así podría tardar algún tiempo.

Debía advertirla. Si Emma estaba cerca de ese nombre, tenía que encontrarla. Ese tipo era peligroso.

## Capítulo 13

Emma estaba sentada con los chicos que les habían invitado a tomar una copa. Eran simpáticos, aunque algo aburridos. Estaba segura de que dos de ellos estaban interesados en Sarah, pero el otro, el rubio, parecía tener fijación con ella. No hacía más que buscar motivos para tocarla, algo que Emma no estaba segura de que le gustara. Se llamaba Casey y parecía bastante majo. Vivía muy cerca de allí, en un apartamento que compartía con los dos amigos con los que estaba y trabajaba de contable, pero esperaba que muy pronto le ascendieran. Tenían exactamente la misma edad, pero, por algún motivo, Emma no se sentía a gusto. Sus amigos no hacían más que pedir chupitos de Jäger, un licor alemán de muy alta graduación que le revolvía el estómago a Emma. Evidentemente, esos chicos aún no habían dejado atrás los botellones y las juergas alcohólicas de sus días de universidad. El modo en el que bebían era propio de los adolescentes. Suspiró. Echaba de menos la sofisticación de Mr. X, el modo en el que parecía estar... por encima de tanta inmadurez.

«Pero sigue sin querer darte su verdadero nombre», le dijo una vocecita en el interior de la cabeza. Al menos Casey se había presentado desde el principio y, en tan solo cinco minutos, había averiguado muchas cosas sobre él. Se había graduado en la universidad de Boston y le encantaba el fútbol americano e ir de camping. Le dijo que le gustaría llevarla en alguna ocasión a Starved Rock, su lugar favorito de acampada. Emma trató de mostrar algo de

interés, pero no lo consiguió. Casey era majo, pero muy aburrido.

En ese momento, se preguntó si le resultaría aburrido porque sabía demasiado sobre él. ¿Había estado Mr. X en lo cierto? ¿Se convertía una persona aburrida cuando se sabían muchas cosas de ella?

—En una ocasión cuando estábamos de acampada... —prosiguió Casey. Parecía encantado de dirigir la conversación, pero Emma se limitaba a asentir y a sonreír débilmente.

Mientras Casey hablaba, contándole una historia de un mapache que se le metió en la nevera y le robó una cerveza, Emma trató de bloquear su voz. Miraba atentamente sus ojos azules, su rostro agraciado pero corriente, mientras se preguntaba si tendría sexo con él en un callejón o en el aseo de un elegante hotel.

No. No importaba si lo sabía todo o no sabía nada de él. Casey sencillamente no hacía prender la chispa.

Mr. X era diferente. Especial. Y lo sabía.

—Entonces, descubrimos que, de algún modo, habría abierto la lata. ¿Te lo puedes creer? Los mapaches, tía, son más listos de lo que te piensas.

Casey terminó su historia y Emma se rio cortésmente. Miró a Sarah y no fue capaz de discernir si estaba disfrutando de la atención de los amigos de Casey o no. ¿Estaría dispuesta a dejarse seducir? Vio que se echaba el cabello rojo hacia atrás y dedujo que podría ser que estuviera flirteando con uno de ellos... o con los dos. Emma no podía estar segura.

—Bueno, pues este tío tiene que ir a cambiarle el agua al canario —dijo Casey.

Se levantó de su taburete y Emma cerró los ojos con incredulidad. ¿Había tenido que decirlo de aquella manera?

Se limitó a asentir. Casey desapareció entre todos los que estaban en el bar para ir a buscar el aseo de hombres. En ese momento, Emma sintió que el teléfono le vibraba en el bolsillo. Lo sacó y vio que había

recibido un mensaje. Era de Mr. X.

*¿Dónde estás?*

Sintió que el nerviosismo se apoderaba de ella. ¡Él no se había puesto en contacto con ella desde hacía una semana! Había pensado que Sarah tenía razón. Se había cansado de ella y Emma tenía que afrontar los hechos de que lo suyo había sido tan solo algo temporal. Sin embargo, allí, en el teléfono, estaba la prueba de que Mr. X no la había olvidado. Al menos todavía no. Y tampoco había tenido un accidente. No. Acababa de mandarle un mensaje.

Emma sintió un profundo alivio. Mucha alegría, de hecho. Empezó a escribirle inmediatamente una respuesta.

*Estoy tomándome una copa en...*

Se detuvo. Él llevaba una semana evitándola. Emma tenía todas las razones del mundo para estar furiosa con él. Había pensado que no volvería a verlo. Él había permitido que pensara así. Además, si volvía a aceptarle en su vida, si le invitaba a salir con ella, terminarían echando un polvo tórrido y apasionado y, entonces, él volvería a desaparecer. ¿Era eso lo que quería? No. No en esa ocasión.

*¿Por qué lo quieres saber?*, respondió tras borrar lo que había escrito.

*Necesito verte*, escribió él, casi inmediatamente.

El corazón le dio un vuelco. ¡Necesitaba verla! «Probablemente para echar un polvo rápido», le dijo una vocecita en su interior. «¿Y qué tiene eso de malo?». Sintió un hormigueo en los muslos. Xavier sabía cómo satisfacerla, eso era verdad. El sexo sería maravilloso, aunque fuera un aquí te pillo, aquí te mato y hasta la vista. Ella lo deseaba, pero quería también saber su nombre completo. Xavier se lo debía. En aquella ocasión, no permitiría que él llegara, la sedujera con su sorprendente carisma y expertas caricias. No. En aquella ocasión, le sacaría lo que necesitaba saber antes de verlo.

*Con una condición*, escribió.

*Emma, por favor, ¡dime dónde estás! Ese tío, el que te acosó en el bar la*

*noche en la que nos conocimos... Sé que está intentando ponerse en contacto contigo. Es peligroso, ¡así que no quedes con él en ninguna parte!*

Emma leyó los mensajes de Xavier y frunció el ceño. ¿Cómo sabía que ese tipo le había enviado un mensaje? ¿Acaso lo conocía? Emma ya sabía que era peligroso por el encontronazo que habían tenido en el Ritz Carlton, pero no comprendía lo que quería decir Xavier.

*Acabo de verlo, pero no creo que él me haya visto a mí,* le contestó Emma. *¿Cómo sabes que me ha enviado un mensaje?*

*Apaga el buscador de localizaciones de Nost,* le dijo él una vez más. *Podría encontrarte.*

Emma sintió un escalofrío por la espalda. Rápidamente, hizo lo que Xavier le había pedido.

*¿Dónde estás?,* le preguntó Xavier una vez más, sin hacer caso de lo que ella le había preguntado.

*Primero, tienes que decirme tu nombre y tu apellido real.*

A ver cómo salía de aquella. Al menos, Emma se lo estaba poniendo difícil. Miró el teléfono y vio que él estaba escribiendo. Por fin, la respuesta apareció en la pantalla.

*Xavier Pena. ¿Dónde estás?*

Emma sintió unan profunda satisfacción. Por fin. Ya sabía su nombre. No podía desaparecer tan rápidamente de su vida. Ya no.

Casey regresó del aseo, pero ella no levantó la mirada del teléfono. Escribió su respuesta.

*John Barleycomb.*

*Quédate ahí, respondió él. Voy ahora mismo.*

Emma se sintió muy excitada. ¡Iba a ir a buscarla! Iba a volver a verlo. Por fin conocía el nombre del escurridizo Mr. X. Xavier Pena.

Casey estaba intentando llamar su atención.

—Bueno, háblame un poco sobre ti —le decía—. Yo he estado



hablando todo el rato. ¿Qué hace una chica tan guapa como tú en Nost? Podrías tener a cualquier tío de los que hay en este bar con solo chascar los dedos.

Emma se sintió algo avergonzada por el cumplido y también, algo culpable. Después de todo, aquella noche no se iba a marchar con Casey. Mr. X iba de camino. Xavier. Xavier Pena. El nombre le iba bien. Lo buscaría en Google a la primera oportunidad que tuviera. Miró hacia la puerta del bar y vio que las puertas se abrían. ¿Habría llegado ya Xavier?

Una delatora gorra roja le indicó que se había equivocado. Era la gorra de los Cardinals. Estaba allí. ¿La habría encontrado antes de que ella apagara el localizador de Nost?

Emma se agachó y trató de utilizar a Casey como escudo.

—¿Todo bien? —le preguntó él.

—Bueno, hay alguien a quien no quiero ver —dijo Emma.

Casey se giró para mirar hacia la puerta principal de bar. Emma aprovechó la oportunidad para agarrarle el codo a Sarah y tirar de ella hacia sí.

—El de la gorra de los Cardinals está aquí —le susurró a su amiga al oído. Sarah estiró el cuello y vio que el tipo en cuestión iba avanzando entre la gente.

De repente, él levantó la cabeza y, a pesar de lo concurrido que estaba el bar, consiguió establecer contacto visual con Emma. Ella trató de apartar la mirada, pero se quedó completamente petrificada, incapaz de girar la cabeza. Él sonrió con crueldad al reconocerla. En ese instante, Emma supo que había estado buscándola y que sus intenciones no eran buenas. Sintió un escalofrío por la espalda. Su instinto le decía que tenía que hacer lo que fuera para poder escapar.

—¿Quién es ese hombre? —le preguntó Casey.

—Un gilipollas —le respondió Sarah—. No te preocupes. Nosotros nos aseguraremos de que no se acerque a ti.

Emma agradeció la promesa, pero, a pesar de la presencia de su amiga y de todas las demás personas que había en el bar, se sentía vulnerable y expuesta.

—¿Queréis otra ronda? —le preguntó Casey.

Lo único que Emma deseaba era marcharse de allí, alejarse del hombre que se había apoyado contra una columna para poder verla sin ningún obstáculo. No había hecho ademán de acercarse a ella, sin embargo, el modo en el que la miraba, le hacía sentirse muy incómoda. No podía evitar pensar que estaba planeando las cosas terribles que pensaba hacerle. Sabía que parecía una locura, pero sentía que aquel tipo se podría poner violento y que, si conseguía pillarla a solas, ella correría un serio peligro.

En ese momento, Xavier entró en el bar. Cuando sus miradas se cruzaron, Emma sintió un profundo alivio al ver que él, ataviado con una sencilla camiseta negra, un impermeable y unos vaqueros, avanzaba entre la gente con aspecto peligroso e imponente. Emma le indicó su izquierda, la dirección en la que estaba el acosador. Xavier lo vio al mismo tiempo.

—¡Jimmy! —exclamó para llamar su atención.

Él se giró y vio a Xavier. Entonces, salió precipitadamente hacia la parte posterior del bar, empujando a todo el que se interponía a su paso. Una mujer cayó al suelo tras derramar su copa sobre un grupo de chicos que estaban de pie junto a ella.

Había tanta gente en el bar que Xavier no pudo atrapar a Jimmy. Emma vio cómo el hombre salía por la puerta trasera. Xavier lo siguió y Emma, preocupada por él, salió corriendo también.

—¿Adónde...?

Oyó que Casey le gritaba, pero no estaba dispuesta a detenerse para contestar. Estaba muy preocupada por Xavier. Se abrió paso a través de la gente y, de repente, se encontró en la cocina, donde Xavier se había detenido junto a la puerta que daba al callejón trasero.

—Se ha ido —le dijo mientras se mesaba con las manos el espeso

cabello—. He salido ahí, pero no sé... ha desaparecido.

Emma se sintió ligeramente aliviada. Xavier había conseguido que aquel canalla saliera huyendo. Entonces, él se volvió y la miró con expresión preocupada.

—Emma, ese hombre... ha cumplido condena por agresión sexual.

—¿Cómo dices? —preguntó ella mientras trataba de procesar aquella información—. Pero si se supone que los de la aplicación habían comprobado que no tenía antecedentes.

Xavier meneó la cabeza.

—No sé cómo, consiguió superar todos los controles de seguridad. Sin embargo, voy a averiguar cómo lo ha hecho para detenerle. Pondré más seguridad. Lo que sea. Estoy trabajando en ello, pero lo siento mucho, Emma.

Ella no estaba segura de haberle entendido bien, por el ruido que provenía del bar.

—¿Por qué lo sientes? ¿Qué quieres decir con eso de que estás trabajando en ello? —le preguntó ella muy confusa. No comprendía de qué estaba hablando.

Xavier bajó la cabeza. Miró a su alrededor como si no estuviera seguro de cómo darle la mala noticia. Entonces, volvió a mirarla a los ojos. Los suyos tenían una expresión preocupada y seria.

—Lo descubrirás de todos modos cuando me busques en Google —suspiró sacudiendo la cabeza—. Yo soy el creador de Nost. Soy el dueño.

## Capítulo 14

Emma se sintió como si la Tierra temblaba de repente bajo sus pies y tuviera problemas para mantenerse de pie.

— ¿Que eres el dueño de Nost?

Un millón de preguntas le recorrían el confuso pensamiento y ninguna de ellas era buena. ¿Habría pirateado el sistema? ¿Había sido todo lo ocurrido hasta entonces una broma macabra?

Xavier asintió.

— ¿Y utilizas tu propia aplicación para ligar?

Un gesto de culpabilidad le cruzó el rostro.

— ¿Qué clase de hipócrita sería si hiciera la aplicación y no la utilizara?

Xavier estaba tratando de bromear, pero a Emma nada de lo que estaba ocurriendo le parecía divertido.

En cierto modo, le parecía que estaba mal que utilizara la aplicación que él había creado, su propio programa, para ligar, pero no sabía muy bien decir por qué. Tal vez era porque él podía piratear el sistema, dado que, como lo había creado, sabría muy bien cómo sacarle el mejor partido o, tal vez, porque la fobia al compromiso iba mucho más lejos de lo que había pensado en un principio.

— Tú creaste Nost...

No podía superar el hecho de que el hombre por el que estaba empezando a tener sentimientos tuviera una ansiedad a las relaciones tan fuerte que hubiera construido una empresa para satisfacer sus propósitos. Tal vez jamás habría cura para él. Todas las esperanzas que había albergado de que él pudiera ser algo más se desintegraron en ese momento. Puf... Todo desapareció en medio de un humo de fantasía, como en un cuento de hadas.

—Sí —dijo Xavier acercándose a ella.

Emma fue andando hacia atrás hasta que se chocó contra la pared del pasillo que quedaba entre la cocina y los aseos.

—Te dije desde el primero que lo que yo quería era no tener ataduras.

Eso era cierto. Había sido sincero con ese tema desde el principio. Entonces, ¿por qué le preocupaba tanto que él fuera el dueño de Nost?

Estaba allí y sabía que el tipo de la gorra de los Cardinals también estaría allí. También sabía que él le había mandado un mensaje aquella noche. ¿Cómo?

—¿Cómo sabías que ese tío estaría aquí esta noche? —le preguntó mientras señalaba la puerta por la que el tipo en cuestión había escapado.

Xavier parecía incómodo. Se frotó la nuca con la mano.

—Miré tu cuenta —admitió.

—¿Puedes ver los mensajes?

Emma se había quedado atónita. ¿Podía piratear su cuenta? Sintió un crisol de sentimientos encontrados y respiró profundamente. El hecho de que a él le importara lo suficiente como para rebuscar información sobre ella parecía demostrar lo que Emma había creído desde hacía unos días: había algo más entre ellos, algo más de lo que Xavier había querido admitir. Sin embargo, una parte de ella se sentía incómoda. Intranquila.

Xavier no podía ni mirarla a los ojos.

—Sí. Y como enviaste una queja sobre él, decidí ocuparme personalmente de ella. Solo quería asegurarme de que estabas a salvo. Ese tío me daba mala espina, así que decidí investigarlo. Entonces, fue cuando vi que tenía antecedentes penales y comprendí que tenía que avisarte.

Emma parpadeó rápidamente. Tenía tanta información que procesar, que solo se podía fijar en una cosa.

—Miraste mi cuenta.

En primer lugar, se sintió halagada. Xavier estaba tratando de protegerla y asegurándose de que su queja se tomaba muy en serio. Además, quería asegurarse de que estaba a salvo. Eso le gustaba.

Sin embargo, al mismo tiempo, no le gustaba haber estado al margen de todo y se sentía engañada. Xavier se había tomado muchas molestias para asegurarse de que ella no averiguaba nada sobre él y, al mismo tiempo, lo sabía todo sobre Emma. Dirección, número de tarjeta de crédito...

—Pensaba que habías dicho que saber cosas sobre mí haría que el sexo fuera aburrido.

Xavier tuvo la decencia de parecer culpable. Levantó las manos en gesto de rendición.

—Lo siento. No debería haberlo hecho. Lo sé. Solo quería asegurarme de que estabas a salvo y...

—Y querías saber dónde vivía. ¿Te ibas a presentar en mi casa para darme una sorpresa? Y yo ni siquiera sabía tu nombre. ¡Tú, por el contrario, lo sabías todo sobre mí!

Aquella injusticia le escocía, al igual que la falta de confianza. No había confiado en ella para darle ni el más pequeño detalle sobre su vida, pero él lo había investigado todo sobre ella.

Xavier parecía incómodo. La detuvo cuando ella hizo ademán de marcharse.

—Espera...

Emma le esquivó.

—Creo que deberías irte a casa, Xavier —replicó mientras se apartaba de él.

Emma había decidido que ella volvería junto a Sarah, Casey y los amigos de este. Tal vez Casey era algo aburrido, pero al menos no averiguaba quién era y dónde vivía a sus espaldas al mismo tiempo que le decía que la información mataba a una pareja.

—Emma, por favor. Deja que te explique.

—¿Explicarme qué? —le espetó ella dándose la vuelta. Se sentía furiosa—. ¿Cómo has podido mentirme así? ¿Cómo has podido engañarme de ese modo?

—Vamos a hablar...

Emma se sentía herida, traicionada y furiosa. No quería hablar. Quería irse a su casa.

—Pensé que estabas siendo sincero conmigo. Pensé que eso era lo que tú decías, que los desconocidos podían ser sinceros siempre. Ser auténticos los unos con los otros, pero tú no eras así. No eras así en absoluto.

Eso era lo que más le dolía. No que hubiera husmeado sobre ella, sino que le hubiera ocultado lo que estaba haciendo.

—Emma, si te hubiera dicho en la primera cita que era el dueño de Nost, no habríamos llegado hasta aquí.

—¿Y cómo lo sabes? —le espetó Emma—. Yo estaba siendo sincera contigo. El que me mentiste fuiste tú.

—Simplemente no te dije toda la verdad —replicó Xavier tratando de defenderse.

—Es lo mismo —replicó ella—. ¿Sabes lo que pienso? Creo que, para ti, se trata de tener todo el poder. Quieres ser el que lo controle todo. Esto no tiene nada que ver con el amor o con las rupturas ni con ninguna otra cosa, sino con que seas tú el que lo controle todo. Sin

embargo, no es así como funciona el amor de verdad —afirmó ella. Sintió la verdad en sus palabras mientras las decía, comprendiendo por primera vez que, verdaderamente, ella había sido tan solo un peón en su juego—. Me dijiste que la información mataba la pasión en una relación. ¿Sabes una cosa? Tienes razón. Haberme enterado de todo esto sobre ti ha matado la mía.

—¡Emma! —exclamó Xavier. El gesto de dolor que se le había dibujado en el rostro era similar al que hubiera expresado si ella le hubiera pegado.

Emma se sintió algo culpable, pero no podía ceder. Sabía que tenía razón.

—No querías ataduras, ¿verdad? Bueno, pues deseo concedido —dijo—. No hay nada que nos mantenga juntos.

Entonces, se marchó.

Xavier observó cómo se marchaba y sintió que la culpabilidad y la pérdida le mataban por dentro. Peor aún fue que descubrió que ella se había marchado con sus amigos, entre los que estaba uno que le ofreció una cerveza. Los celos se apoderaron de él y sintió un fuerte deseo de ir hasta donde estaban para decirle que dejara a Emma en paz. ¿Quién era? Sin duda, otro usuario de Nost. La idea de que ella pudiera estar con otro hombre le hacía hervir la sangre. «Sin embargo, ¿qué le puedo yo reclamar a Emma? Todo lo que ella me dijo es cierto. Yo mentí. Traicioné su confianza. Pero solo estaba tratando de protegerla».

¿O acaso estaba tratando de conseguir que hubiera desequilibrio en la relación? ¿Estaba tratando de ser el que tuviera toda la información? ¿Acaso le gustaba que ella no supiera nada? Emma le había acusado de querer tener en sus manos todo el poder y tal vez tenía razón. Sasha le había hecho daño, mucho daño. De hecho, había estado a punto de matarle rompiéndole el corazón. Xavier tal vez



pensó que la manera de conseguir que eso nunca volviera a ocurrir era asegurarse de tener todas las cartas en la mano. Emma le había llegado muy dentro y eso le había asustado mucho. Por eso no le había revelado quién era desde el principio. Por eso había ocultado muy bien sus cartas.

Sin embargo, la atracción entre ellos era real. Incluso en aquellos momentos, quería tomar a Emma en brazos y quitarle la vida a besos. Sus ojos azules reflejaban fuego cuando lo miraban y Xavier haría lo que fuera para conseguir que ella le perdonara. ¿Contaba el hecho de haberla salvado de un depredador sexual? ¿Habría sido mejor si él la hubiera dejado en manos de la suerte?

Se metió las manos en los bolsillos. ¿Debería ir detrás de ella y explicarse? Deseaba desesperadamente hacerlo, pero, en este momento, le sonó el teléfono. Se trataba de Ian, su amigo el detective de policía.

—¡X! —exclamó—. Ha pasado mucho tiempo, compañero —añadió. Los dos habían ido juntos al colegio en el South Side, pero en aquellos momentos se movían en círculos muy diferentes.

—Lo sé, tío. Lo siento. He estado muy ocupado.

—Sí, claro. Con todas esas mujeres tan guapas.

—Claro. Eso.

Solo había una mujer guapa que le interesara a Xavier en aquellos momentos, pero ella había decidido no hablarle.

—Bueno, entonces tienes un expresidiario que se ha metido en tu aplicación, ¿no? —le preguntó Ian centrándose en lo que les había reunido de nuevo.

—¿Hay algo que puedas hacer para ayudarme a sacarlo? —le preguntó Xavier—. Ha estado acosando a una... usuaria.

El ruido que había en el bar hacía que casi fuera imposible escuchar a su amigo. Xavier decidió que era mejor que salieran al callejón para terminar la conversación. Sacar al de la gorra de los

Cardinals de su aplicación, preferiblemente, meterlo en la cárcel, era su prioridad en aquellos momentos.

—¿Es grave? —quiso saber Ian.

Xavier le contó todo lo que había pasado hasta aquel momento. Ian le mostró su desilusión.

—No creo que haya hecho algo que, técnicamente, vaya en contra de la ley, pero envíame el nombre completo de ese tipo. Si no se ha presentado a su oficial de la condicional durante un tiempo, eso podría ser suficiente. Además, si de verdad crees que está tramando algo, yo podría conseguir que uno de mis hombres lo vigilara para ver si hay algo que pueda descubrir.

—¿Podrías hacer eso? —le preguntó Xavier esperanzado.

—Lo que necesites, X. Ya lo sabes.

Xavier se sintió de repente muy agradecido por tener unos amigos tan leales.

—Gracias, tío.

Algo que sonó como una sirena de policía sonó en la distancia.

—Tenemos que tomarnos una cerveza alguna vez, pero, en estos momentos, tengo que marcharme. Esta ciudad no se toma nunca un descanso.

—De acuerdo, Ian. Muchas gracias, tío.

Ian se marchó corriendo y Xavier regresó al bar. Estaba decidido a ir a buscar a Emma para explicarle la situación. Sin embargo, cuando entró en la sala, vio que Emma y sus amigos ya se habían marchado.

## Capítulo 15

Emma se marchó a su casa... sola después de decirle a Casey que no sería su siguiente ligue de Nost. Casey trató de persuadirla, pero Emma no estaba de humor. Se marcharon cada uno por su lado y ella se metió en su taxi para irse a su casa. Sarah, por su parte, también decidió dar por terminada la noche sin llevarse a ninguno de sus dos pretendientes a casa. El ambiente se había enrarecido cuando Emma descubrió que Xavier la había mentido. En realidad, no se podía hablar exactamente de mentiras, sino de omisión de verdades, pero menuda omisión.

Emma se sentó en la cama de su pequeño apartamento y miró por la ventana, que daba a Welles Park. Normalmente, la hermosa vista de los árboles y del enorme cenador de metal la reconfortaba, pero aquella noche se sentía aislada y sola. Las hojas del parque se habían vuelto rojizas y marrones por la fría noche de otoño. Emma suspiró y se quitó de una patada los botines. Entonces, cerró las cortinas y se puso un cómodo pijama de franela, se recogió el cabello en lo alto de la cabeza, agarró su portátil y se sentó en su cama. Se sentía presa de una tormenta de sentimientos encontrados: ira, dolor y también confusión. Abrió un documento de Word e hizo lo que siempre hacía cuando se sentía tan perdida: empezó a escribir.

*Resulta que Xavier Pena, el creador de Nost, utiliza la aplicación como su*

*patio de recreo para ligar con mujeres ingenuas...*

De repente, los dedos se le quedaron paralizados sobre el teclado. ¿Era justo? ¿Estaba siendo demasiado dura con Xavier? Objetivamente, ¿qué tenía de malo que el creador de Nost utilizara la aplicación?

*En primer lugar, tiene una ventaja injusta y, en segundo, puede mirar en secreto información de los perfiles.*

La parte de su ser que seguía ardiendo de indignación no se vería apaciguada fácilmente. Lo que había hecho era reprobable, sí. No se podía negar.

Sin embargo, otra parte de su ser argumentaba que él no la habría acosado si no le hubiera importado. «¿Por qué si no habría ido a buscarme para advertirme acerca de Jimmy?».

Emma miró al cursor en la pantalla y se mordió el labio. ¿Estaba enfadada? ¿Triste? Sí, pero no estaba dispuesta a dejarlo pasar. Todavía no. Le había dicho a Xavier que habían terminado, pero, en el fondo de su corazón, sabía que no era cierto. Por mucho que no quisiera hacerlo, no podía dejar de pensar en Xavier.

Como si hubiera estado conjurándole con sus pensamientos, su teléfono comenzó a sonar. El número de Xavier apareció en la pantalla. Sorprendida, Emma dejó que saltara el buzón de voz. Entonces, segundos más tarde, llamó otro número de móvil que no reconoció. ¿Quién sería?

— ¿Sí?

— Soy yo, Xavier.

Emma se quedó totalmente sin palabras.

— ¿Tienes dos móviles?

—El primer número es de un móvil de prepago.

Aquellas palabras le dolieron a Emma como si hubieran sido un puñetazo. Xavier no había confiado en ella lo suficiente ni siquiera para darle su verdadero número de teléfono.

—Increíble —murmuró.

—Emma... solo quería hablar contigo. ¿Podemos hablar? ¿Puedo tratar de explicarme?

El sonido de su voz aún la afectaba profundamente. A pesar de su intención de mantenerse fría y distante, la voz de Xavier consiguió apaciguar su ira. Dudó un instante, que él aprovechó para tomar la iniciativa.

—Lo siento —susurró. Su profunda voz sonaba como música para los oídos de Emma.

¿Por qué hasta su voz la afectaba? ¿Por qué no podía borrar los sentimientos que tenía hacia él?

—Solo quería que supieras que lo siento. Debería habértelo dicho, pero Dios... Esto es imposible por teléfono. ¿Podríamos vernos?

Emma miró el pijama de franela que se había puesto.

—No, no. No creo que sea buena idea.

—Estoy debajo de tu casa. Si quieres que me vaya, lo haré. Solo tienes que decírmelo.

Rápidamente, Emma fue a la ventana de su salón y se asomó por una rendija de la cortina. Xavier dio un paso atrás y la saludó. Por supuesto que sabía dónde vivía. Había buscado todos sus datos personales en la cuenta de Emma en Nost. Sintió que la ira volvía a despertarse dentro de ella. ¿Cómo se atrevía?

—No lo sé... Me parece que ya sabes demasiado sobre mí. Eres un desconocido. ¿Por qué iba a invitarte a subir?

Lo miró en la acera. Parecía muy abatido, allí, con su impermeable y sus vaqueros. Su cabello perfectamente peinado parecía absorber la

luz de la farola. Era tan alto e imponente en persona, que incluso desde el tercer piso sus hombros eran muy anchos. La enorme mano empequeñecía el teléfono móvil por el que estaba hablando.

—Emma, te diré lo que quieras saber, te lo juro. Pregúntame lo que quieras.

—Dime algo que nadie sepa sobre ti.

Xavier comenzó a caminar por la acera.

—¿A qué te refieres?

—Un secreto. Cuéntamelo y te dejaré subir —contestó—. Y que sea bueno.

Xavier se mordió el labio y suspiró.

—Está bien —replicó. Exhaló—. Mi madre era bipolar. Estuvo ingresada durante un tiempo cuando yo era pequeño. Solo lo sabía mi padre. No se lo dije nunca a nadie, ni siquiera a Sasha.

Emma se quedó atónita por aquella revelación. ¿Su madre había sido bipolar? Emma se dio cuenta de que los dos tenían en común mucho más de lo que él pensaba. Su propio padre sufrió de depresión severa toda su vida... y estuvo a punto de suicidarse por ello.

—A causa de la enfermedad de mi madre... bueno, digamos que a ella le costaba mucho serle fiel a mi padre, pero eso no evitó que él siguiera amándola hasta el día en el que murió.

—Oh, Xavier —dijo ella sintiendo que el corazón se le rompía por él.

Sabía los daños que podría sufrir una pareja que trataba de amarse a pesar de los mayores obstáculos. Los padres de Emma habían fallado, dado que su madre había tomado la dura elección de dejar a su padre cuando él dejó de buscar tratamiento para su depresión.

Xavier levantó la mirada y esbozó un gesto de súplica.

—Ahora, ¿me vas a dejar subir? Por favor... está empezando a llover.

Emma miró hacia la acera y vio que, efectivamente, estaban empezando a caer gotas sobre el suelo. Él extendió los brazos.

—Te lo ruego, Emma. Solo quiero hablar.

Ella consideró la petición y decidió que no podía rechazarle. A pesar de sentirse traicionada, quería saber más sobre él. No podía evitarlo.

Se apartó de la ventana y apretó el botón del portero automático para abrir el portal. Entonces, escuchó cómo él iba subiendo la escalera y, por fin, llegaba a la puerta principal. Emma se había olvidado de que, en aquellos momentos, llevaba puesto su pijama menos sexy hasta que se miró. «No importa. Esta noche no me voy a desnudar. Esta vez no. Al menos, hasta que no consiga algunas respuestas», pensó.

Xavier se inclinó sobre Emma para abrazarla, pero ella se lo impidió.

—Dijiste que solo querías hablar —afirmó. Se sentía orgullosa de sí misma por haberse resistido—. Y eso es lo que vamos a hablar.

Sorprendido, Xavier dio un paso atrás y asintió. Entonces, entró en el salón.

—Tienes razón —dijo—. Deberíamos hablar.

Emma se cruzó de brazos.

—Te escucho.

Xavier tomó asiento en el pequeño sofá.

—Lo he jodido todo, Emma. Lo sé. Siento no habértelo dicho antes. ¿Qué puedo hacer para compensarte?

Emma se sentó en una pequeña butaca que estaba junto al sofá. No se atrevía a sentarse junto a él. Xavier ya era demasiado grande para el pequeño salón. Sus largas piernas casi se golpeaban contra la mesita de cristal.

—Háblame de tu infancia.

—No veo qué relevancia puede tener eso —replicó él a la defensiva. Sus hombros estaban en tensión.

—Quiero saberlo todo sobre ti y me debes muchos detalles. Así será como me compensarás —observó ella mientras se cruzaba de nuevo de brazos.

Xavier asintió. Pareció comprender que Emma no iba a aceptar un no por respuesta. Quería información, y la deseaba en aquel mismo instante.

—Crecí en el South Side, donde la mayoría de los que eran mis amigos se hicieron policías o pandilleros. En realidad, no había más opciones. Mi padre trabajó toda su vida como fontanero, un trabajo decente, y le fue fiel a mi madre durante toda su vida, pero... ella se volvía loca a veces y, cuando le pasaba, la poseía una energía imparable... y salía. A veces, no sé por qué, se iba a casa con otros hombres. A mi padre esto le destrozaba y yo me juré que, pasara lo que pasara, yo no sería nunca como él.

Emma sintió que empezaba a comprender mejor a Xavier.

—Y entonces vino Sasha.

Xavier asintió.

—Yo nunca fui de los que se casan, pero me enamoré locamente de Sasha. Supongo que ella me recordaba a mi madre en lo bueno. No era bipolar ni maníaco depresiva, pero tenía el mismo carisma, la misma energía. Resultó que las dos tenían mucho más en común de lo que yo pensaba. Sasha también me engañaba cuando se aburría.

Emma extendió la mano y Xavier se la agarró. De repente, vio a Xavier como él se debería haber sentido cuando descubría las infidelidades de Sasha, un muchacho asustado que regresaba al pasado para revivir cuando su propia madre le hacía lo mismo a su padre. Emma no lo sabía. Su propia madre había llevado una vida bastante aburrida, criándoles a su hermano y a ella en una modesta casita de las afueras. Su padre se mudó a California, por lo que no le veían con mucha frecuencia. Ninguno de sus novios le había



engañado, al menos que ella supiera. En todo caso, había sido víctima de la indiferencia, como en el caso de Devin, que había perdido interés en ella en el momento en el que se fueron a vivir juntos.

—Todo el mundo pone los cuernos cuando se cansan de una relación —añadió Xavier.

—Yo no lo haría nunca —afirmó Emma tajantemente.

—¿Y cómo lo sabes? —le pregunto Xavier mientras inclinaba la cabeza hacia un lado—. Todo el mundo es capaz de engañar. Todo el mundo tiene la capacidad de engañar. No es algo que se planee, creo. Es algo... bueno, se tiene la necesidad, crece el resentimiento y, de repente, uno se encuentra en la cama de un desconocido.

Emma dudó. ¿Sería eso cierto?

—Pregúntatelo a ti misma. Si me hubieras conocido a mí en un bar mientras estabas con Devin... ¿Me habrías rechazado? —le preguntó él con una sonrisa muy segura de sí misma en los labios.

Ella trató de imaginarse su vida con Devin si él no hubiera aceptado el trabajo que le había llevado a otro estado. Si Emma no hubiera descubierto lo fácil que le resultaba dejarle marchar.

—No lo sé —respondió con sinceridad. Le miró a los ojos y apartó la mirada inmediatamente. Después, estudió las fuertes y gruesas manos, manos que sabía que tanto placer podrían proporcionarle. Se echó a temblar—. Podría ser.

—Yo sé que no sería capaz de resistirme a ti —dijo él despertando una cálida sensación en el vientre de Emma. Entonces, dejó escapar un largo suspiro—. ¿Y qué pasa si todas las relaciones terminan así? Todas las mías lo han hecho. O yo me he cansado de mi pareja o mi pareja se ha cansado de mí.

—Pero... No puedes decir que todas las relaciones son así —afirmó ella con frustración—. Mira, conozco muchas que fracasan, mis padres por ejemplo.

—¿Qué ocurrió con ellos? —preguntó Xavier muy interesado.

—Mi padre sufría depresión grave. Siempre estaba cambiando de medicación, pero ninguna parecía irle bien. En una ocasión, trató de suicidarse.

—Oh, Emma... —susurró él. Trató de agarrarle una mano y ella se lo permitió.

—Un día, mi padre decidió que ya estaba harto de medicinas y de terapias y lo dejó todo. Decía siempre que las medicinas le hacían sentirse como si estuviera sonámbulo a través de la vida y que no quería seguir haciendo eso. Mi madre, bueno... mi madre decidió que no podía soportarlo más. Le dejó y nos llevó con ella.

—Entiendo —repuso Xavier mientras procesaba la información—. Así que, ya ves que, sea como sea, el amor no dura. Tus padres fueron inteligentes y lo admitieron antes que la mayoría. ¿A quién conoces que lleve casado veinticinco años y que no pasen el uno del otro?

Emma pensó un segundo. Tíos y tías, vecinos... Efectivamente, todas las relaciones que analizaba eran muy tibias en sus afectos. Y eso en el mejor de los casos.

—No sé...

—¿Ves? —replicó Xavier. Parecía triste—. Yo ni siquiera sé si la monogamia es un objetivo razonable para nadie.

Emma se sintió desilusionada. Tal vez no quisiera casarse en aquel mismo instante, pero, ¿cómo podía Xavier sentirse así? ¿De verdad estaba totalmente decidido a no ser fiel?

—No es accidental que Nost tenga tanto éxito. No soy el único que piensa así. No estoy solo. Creé Nost porque me pareció algo seguro. Creí que era la manera de asegurar que nadie se acercaba lo suficiente como para volver a hacerme daño. Lo hice para protegerme, porque si me enamoré de Sasha, podría volver a enamorarme de otra mujer y no quería volver a ser así de vulnerable.

Xavier estaba mirando el suelo, incapaz de mirar a Emma. Ella vio lo vulnerable que parecía. De repente, él levantó la mano y Emma vio sus ojos llenos de tristeza... y también de culpabilidad. Entonces, ella

lo comprendió todo.

—No hiciste nada malo en alejarte de Sasha. Sé que debes sentirte culpable al respecto.

Xavier levantó bruscamente la cabeza. Estaba a la defensiva.

—¿Por qué dices eso?

—Por tu padre. Él te mostró el modelo de siempre permanecer junto a la persona que uno ama, por muy complicada que se ponga la relación. Debiste sentir que... tal vez no eras lo suficientemente fuerte como para quedarte con Sasha. Sin embargo, eso no es verdad. Te pusiste en pie para defender tus necesidades y eso está bien. Es importante. En realidad, creo que eso te hace más fuerte y no más débil.

—Yo... —murmuró Xavier. Se había quedado sin palabras—. ¿Cómo lo has sabido? Creo que ni siquiera yo me había dado cuenta de eso, pero tienes razón. Mi padre estaba siempre tan enamorado y era tan paciente... Yo no lo soy. Nunca lo he sido.

—Y eso está bien. ¿No te das cuenta? —le preguntó ella apretando la mano con más fuerza—. No todas las relaciones son una cadena perpetua. Algunas no salen bien y no pasa nada.

Xavier miró las manos de ambos entrelazadas.

—Haces que todo parezca tan fácil...

—Puede serlo.

Él se inclinó hacia delante y tomó la otra mano de Emma.

—Jamás pensé que volvería a amar, pero tú me haces dudar. Has derribado el muro que construí y eso que me esmeré bastante en él. Era de treinta metros de alto y estaba hecho de acero.

Emma sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Era eso cierto? ¿Y era lo que ella quería? El corazón de Xavier estaba dañado, podía ser que irreparablemente.

—Pero tú no crees en la monogamia.

—Es cierto.

—Tú crees que todas las relaciones mueren.

—Sí.

—Entonces, ¿qué me estás pidiendo?

Emma no sabía si podía darle lo que quería. O si él podía darle lo que ella necesitaba.

—Quiero... conocerte —contestó él. Parecía que las palabras se le habían pegado a la garganta—. Cuando no estoy contigo, no hago más que pensar en ti. Te busco en Google, ataco la base de datos de Nost para encontrar incluso el detalle más pequeño sobre ti. Me intrigas, Emma Allaire. Incluso en estos momentos, con ese pijama de franela y sin maquillaje, lo único que quiero es desnudarte y hacer que te corras.

Emma sintió una calidez que le cubría las mejillas. Todo eso resultaba muy halagador, pero Xavier nunca había buscado una relación de verdad. Él mismo lo había dicho.

—Yo pensaba que no querías tener una relación. Parecías estar seguro.

—No estoy seguro de lo que quiero, pero ya sabes que soy muy sincero —afirmó él—. Sin embargo, si la quisiera, sería contigo.

Xavier se adelantó hacia ella. Las rodillas de ambos se tocaron. Emma sintió que saltaba una chispa en ella. ¿Por qué la proximidad de él siempre despertaba en ella sensaciones? Sabía que debería mantenerse en guardia, pero lo único que quería hacer en aquellos momentos era inclinarse hacia él y besarle.

—Sé sincera conmigo, Emma. ¿Sabes lo que quieres? Tú tuviste experiencia antes que yo, pero esa experiencia... bueno... Tuviste novios que no te dieron placer del modo en el que te lo doy yo...

En eso tenía razón.

—¿Quieres explorar la química que hay entre nosotros? Los dos

sabemos que no es algo que ocurra todos los días. ¿O quieres que termine?

Eso había sido lo que ella le había dicho. Xavier se había apoderado de ello, pero había invadido su espacio personal. Olía su perfume, una sugerente mezcla entre picante y dulce. No. No quería que terminara. Había mentido.

Él le susurró al oído.

—Si quieres que me vaya, dímelo.

—No. No quiero que te vayas —afirmó ella en voz baja.

—En ese caso, ven aquí.

Xavier se refería a su regazo. Emma se levantó de la butaca y fue a él. Su cuerpo parecía tener voluntad propia. Se sentó a horcajadas encima de él mientras que, vagamente, recordó que las cortinas estaban ligeramente separadas. Sin embargo, allí tenían más intimidad que en el callejón. No obstante, con Xavier siempre se sentía exhibida. Era el modo en el que la miraba, el modo en el que bebía de ella...

Le desabrochó los botones del pijama uno a uno, dejando poco a poco la piel al descubierto. Emma lo miraba fijamente. Dado que sabía algo más sobre él, sobre su difícil infancia, quería reconfortarle, sanarle las heridas. Saber más sobre él hacía también que se sintiera más protectora. «Quiero sanarte», pensó mientras él le quitaba la parte superior del pijama. Se arqueó hacia él. Los pezones se irguieron inmediatamente. Xavier murmuró su apreciación y le frotó uno con los dedos mientras le cubría el otro con la mano.

—Eres tan hermosa... —murmuró sin dejar de estudiar su cuerpo—. Perfección en estado puro.

Las delicadas caricias provocaron un inmenso placer en Emma. Sintió que él también se tensaba por el deseo debajo de ella. Comenzó a apretarse contra él mientras lo besaba. En ese momento, la pasión explotó en ella con urgente necesidad. Le pareció que conocerle hizo que el beso fuera aún más intenso, dado que anticipaba todos los movimientos que él hacía. Lo conocía a un nivel más profundo y eso

provocaba que la pasión fuera aún más fuerte. Se preguntó si Xavier sentiría lo mismo. ¿No sentía lo bien que las bocas encajaban la una en la otra?

Xavier se apartó un instante.

—Te deseo... —murmuró.

—Yo también te deseo —replicó ella con un ronco susurro.

Él se levantó con ella en brazos, como si no pesara nada, y la llevó al dormitorio. Allí la colocó delicadamente sobre la cama y la besó una vez más. Las lenguas se entrelazaron con fuerza en una desesperada pasión. Así, con el peso de Xavier encima, Emma se sintió como si hiciera ya años que lo conocía. Anticipaba todos sus deseos y sus manos la volvían loca. Parecía saber exactamente dónde quería ella que le tocara, como si pudiera leerle el pensamiento. Emma permitió que él la transportara a lugares donde solo él podía llevarla, directa hasta lo más alto de su pasión.

Xavier devoraba el cuerpo de Emma. No se saciaba de ella: ni de los erectos pezones, ni del modo en el que gemía de placer cuando la tocaba. Su cuerpo era un instrumento que jamás se cansaba de tocar y, mientras exploraba sus curvas, se dio cuenta de repente de que nunca antes se había sentido así sobre nadie. ¿Serían las maravillosas feromonas de Emma? Olía deliciosamente y sabía aún mejor. Había disfrutado de muchas mujeres, pero en ella había algo que lo excitaba y lo asustaba al mismo tiempo. Si la necesitaba tan desesperadamente, ¿qué ocurriría cuando la perdiera?

Trató de apartar las preocupaciones de su mente y se deslizó dentro de ella. Emma lo acogió en su cuerpo con una placentera tensión y le rodeó la cintura con las piernas. Xavier pensó que iba a correrse allí mismo. Sorprendente. Totalmente sorprendente. Le dejaba totalmente atónito. ¿Podría permitirse el riesgo de desearla

tanto? ¿Acaso le quedaba elección?

Emma lo acogió en su cuerpo más profundamente. Xavier supo que no iba a poder aguantar mucho más. Tenía que llenarla por completo y reclamarla como suya.

## Capítulo 16

A la mañana siguiente, Xavier se despertó con el olor de las tortitas que llenaba el pequeño apartamento. Se dio la vuelta y descubrió que el lado de la cama de Emma estaba vacío. Oyó ruido en la cocina y dedujo que su amante le estaba preparando el desayuno en la cocina. Volvió a recostarse sobre la almohada e inhaló el dulce aroma. Se sintió satisfecho, tal vez porque se había pasado toda la noche explorando el cuerpo de Emma. No se cansaba de ella. ¿Podría ser que compartieran una pasión que no desapareciera nunca?

Se incorporó sobre los codos. Aún no estaba convencido. Él no era como su padre. No creía que el amor fuera eterno. Creía que el amor iba y venía a capricho, con una cadencia que nadie conocía. Con Emma, estaba jugando con fuego y lo sabía. No debería haber pasado la noche allí, no debería haber disfrutado del sexo. Se sentía cálido y a gusto, y eso era peligroso. Agarró el teléfono que tenía sobre la mesilla de noche y miró la pantalla. No había mensajes urgentes del trabajo, por lo que al menos tenía cierta flexibilidad. Se fijó que la aplicación de Nost le decía que tenía diez mensajes, pero, por una vez, no sintió deseos de abrirlos. Recordó que la noche anterior había escrito a varias mujeres antes de que se diera cuenta de que Emma podría tener problemas. La necesidad de ver a otra mujer se había disipado. Allí mismo tenía la única mujer que deseaba. Por supuesto, eso le turbaba. Le intranquilizaba la creciente necesidad que tenía por Emma. Tenía todo un perezoso domingo por delante y lo único que quería era



pasarlo con Emma. Preferiblemente desnudos.

Se levantó de la cama y se puso los calzoncillos y los vaqueros para ir al salón. Vio a Emma con el cabello revuelto. Ella llevaba puesta una enorme camiseta y nada más. Xavier deseó inmediatamente pasar el día entero con ella. Tal vez todo el mes. Tal vez incluso más tiempo...

—Buenos días, guapo —le dijo Emma desde la cocina mientras le miraba con apreciación el torso desnudo—. ¿Tienes hambre?

—Estoy desfallecido —respondió con una sonrisa mientras dejaba el teléfono sobre la barra de desayunos—. Hemos gastado muchas calorías.

—Ni que lo digas...

Emma le envió una mirada de apreciación y sus delicados rasgos hicieron que la entrepierna se le tensara. Dios, era tan hermosa... ¿Qué había hecho él para merecerse una mujer tan hermosa? Deseaba caer a sus pies y adorarla... con la lengua. Una sonrisa se le extendió por el rostro. Cerró la distancia que los separaba y la tomó entre sus brazos para besarla. Sus labios eran tan deliciosos, tan suaves que no sabía si podría contenerse lo suficiente como para poder tomar el desayuno.

Emma le dio un poco de tortita.

—Mmm, está deliciosa —dijo él con apreciación.

Emma sirvió la última tortita en un plato cercano. Xavier agarró el sirope y el bol de bayas que ella ya había lavado y las colocó sobre la barra de desayuno.

—Voy a por otro plato —anunció ella.

—No hace falta. Compartamos este.

Emma se echó a reír y llevó las tortitas a la barra. La cafetera anunció que el café ya estaba hecho.

—¿Te apetece café? —le preguntó—. ¿Tomas café?

—Sí. Solo.

—Ay, demasiado fuerte para mí —replicó con una sonrisa mientras se servía uno con leche para ella con tres cucharadas de azúcar—. Me gusta muy dulce también.

Xavier descubrió que le gustaba aquel detalle. Ya sabía cómo tomaba el café. ¿Acaso no conocían todas las parejas estables aquel detalle? Normalmente, esas cosas le ponían nervioso, pero, de repente, se alegró de compartir aquello con Emma. Lo memorizó para recordarlo para más adelante. De repente, deseó saber mucho más sobre ella. Ningún detalle le parecía demasiado pequeño.

«¿Qué me está ocurriendo?».

—¿Sirope? —le preguntó. Ella asintió.

—Sí, por favor. Todo lo que me quieras echar. Soy muy golosa. ¿Te has dado cuenta?

Emma le sonrió. Xavier le sirvió el sirope por encima de las tortitas y cortó un trozo para ofrecérselo. Ella aceptó el bocado y Xavier observó cómo los perfectos labios rosados se cerraban en torno al tenedor.

—Mmm —murmuró ella cerrando los ojos—. Delicioso.

—No tanto como tú —dijo él mientras tomaba un trozo—. ¿Cuál es tu comida favorita del día?

—Sin duda, el desayuno —respondió Emma inmediatamente.

—¿Has estado en Dawn, el nuevo restaurante del Loop? —le preguntó Xavier—. Tengo que invitarte. Te va a encantar. Tienen una tostada francesa con nueces y plátano maravillosa...

De repente, sintió deseos de llevarla a su restaurante favorito tan pronto como le fuera posible. Tal vez el próximo fin de semana. El hecho de que estuviera haciendo planes con Emma para la semana siguiente debería haberle causado más ansiedad, sin embargo, tan solo sentía felicidad. Llevaría a Emma a Dawn el domingo siguiente. Se aseguraría de ello.

—Me encantaría ir —comentó Emma mientras devoraba otro trozo

de tortita. Xavier se sentía pletórico.

—¿Qué quieres hacer hoy? —le preguntó—. ¿Quieres salir o prefieres que nos quedemos? —añadió mientras deslizaba una rodilla entre las de ella.

—Lo que tú quieras. No tengo planes.

—Entonces, lo vamos viendo.

Los dos no tardaron en terminarse el desayuno. Xavier se sentía satisfecho y feliz.

Fue al dormitorio a por su camiseta porque hacía algo de frío en el apartamento. A continuación, ayudó a Emma con los platos y luego los dos se sentaron en el sofá. Ella encendió la televisión. Era la hora de los programas sobre temas políticos.

—Siempre los veo —comentó ella—. Me gusta saber qué es lo que pasa.

—A mí también —dijo Xavier.

«Todo lo que descubro de ella me hace amarla más».

El pensamiento lo dejó atónito. ¿De verdad estaba pensando en el amor?

Mientras veían el programa, Emma se acurrucó junto a él. Sentirla así, tan cerca de su cuerpo, hizo que, para Xavier, de repente el mundo fuera un lugar mejor. Ella tomó una mantita y los cubrió a ambos con ella. Encajaban a la perfección, como si estuvieran hechos el uno para el otro. La pasión que compartían eran increíble, eso era cierto, y, además, Xavier estaba empezando a disfrutar de los momentos más tiernos, como aquel. ¿Podrían tener pasión y ternura a la vez? ¿Era eso posible? Normalmente, Xavier se sentía inquieto cuando se sentaba con una mujer. Normalmente, se sentía mucho más cómodo cuando se habían quitado la ropa, pero allí, acurrucados juntos sobre el sofá bajo una manta, se sentía como si no hubiera otro lugar en el mundo en el que quisiera estar. La inquietud que había en él se había evaporado. Se veía allí, sobre el sofá de Emma, viendo la televisión con ella entre

sus brazos durante infinitos fines de semana.

¿Estaba sentado de verdad la cabeza? ¿Estaba considerando una relación seria?

Había algo en Emma que no solo hacía que aquello pareciera posible, sino también inevitable. Encajaban juntos de un modo en el que él nunca había encajado con otra mujer. ¿Se había equivocado sobre las relaciones estables? Emma se acurrucó contra él y Xavier se sintió feliz. Con Emma entre sus brazos, desnuda y salvaje los sábados por la noche, y tierna y mimosa los domingos por la mañana Tal vez podría tener las dos cosas. Tal vez debería intentarlo.

Durante los anuncios, Emma se movió un poco contra él. Xavier también se estiró.

—La llamada de la naturaleza —dijo él. No le gustaba romper su cálido abrazo—. Volveré enseguida.

Emma observó cómo Xavier entraba en el cuarto de baño y suspiró. Se podía acostumbrar a tener un hombre tan guapo en su apartamento. No se había dado cuenta de lo pequeño que era hasta que lo vio en su interior. Sus anchos hombros parecían ocupar todo el espacio, pero no le importaba. Era alto e imponente y tan fuerte... Pensó en cómo la había tomado en brazos la noche anterior para llevarla al dormitorio y sintió de nuevo un agradable hormigueo en los dedos de los pies. Seguía sin estar segura sobre cómo se sentía sobre la ansiedad que Xavier tenía sobre las relaciones personales, el modo en el que parecía rehuir el compromiso. Se dijo que ella tampoco estaba buscando un anillo en el dedo en aquellos momentos, pero, dado que nunca antes había tenido una relación que empezara solo por el sexo, no sabía exactamente que debía esperar. Lo único que sabía en aquellos momentos era que Xavier hacía que se le doblaran las piernas y que quería más de él. Mucho más.

Sabía ya cómo tomaba el café y le gustaba ver los programas

políticos y de noticias igual que a ella. Tenían mucho en común y, sin embargo, aún había muchas cosas que desconocía sobre él.

Emma se acurrucó sobre el sofá con la mantita. En ese momento, el teléfono de Xavier tintineó. Ella reconoció inmediatamente el sonido: acababa de recibir un mensaje de Nost. Emma miró hacia la puerta cerrada del baño. ¿Y si husmeaba un poco? No. Sabía que no debería hacerlo, que estaba mal y, sin embargo... No podía saciar la curiosidad que sentía sobre él. Quería saberlo todo sobre él. La curiosidad se apoderó de ella. Apartó la manta y miró el teléfono, cuya pantalla aún seguía iluminada por el mensaje.

*Hola, guapetón. ¿Nos desnudamos esta noche?*

El mensaje le provocó un escalofrío. Se le formó un nudo en el estómago. Incapaz ya de contenerse, tomó el teléfono y tocó el mensaje. La aplicación se abrió y pudo ver que el mensaje era de una guapa morena, a la que no le daba ningún reparo mostrarse en su foto de perfil con un minúsculo biquini. Tenía un exuberante escote y un vientre increíblemente liso. Le estaba lanzando un beso a la cámara.

Emma ya no pudo contenerse. Deslizó el dedo sobre la pantalla para ver los otros mensajes. Xavier tenía muchísimos y eran tan solo de las últimas veinticuatro horas. También parecía haberles escrito a algunas la noche anterior. La noche anterior, justo antes de escribirla a ella, había enviado mensajes a otras tres chicas. Con la evidente intención de quedar con ellas. Emma se mordió el labio.

Aquella traición la afectó profundamente. ¿Se habría puesto en contacto con ellas porque las otras no le habían respondido con la suficiente rapidez?

Sintió que el nudo que se le había formado en el estómago crecía aún más. Los celos se apoderaron de ella, con toda su fealdad. Sin embargo, sabía que no tenía razón alguna para mostrarse celosa. Xavier había sido totalmente sincero con ella. Le había dicho que no tenía intención de ser monógamo. Él era el fundador de Nost. ¿Por qué no iba a seguir utilizando la aplicación? No obstante, todas aquellas hermosas mujeres, algunas incluso más jóvenes que ella,

hicieron que, de repente, sintiera náuseas. Así era la vida de Xavier: un teléfono móvil lleno de hermosas mujeres listas para desnudarse ante él. Pensó en su propio rostro entre aquellos mensajes. Tan solo era una más en una interminable lista de conquistas.

El salón comenzó a dar vueltas a su alrededor. «No puedo hacer esto», pensó. El pánico se había adueñado de ella. «Simplemente no puedo».

—Emma, ¿qué estás haciendo?

Xavier acababa de salir de cuarto de baño y la observaba sin saber qué hacer desde la puerta. Había sorprendido a Emma con su teléfono móvil en la mano. Ella se sintió presa de otros sentimientos diferentes: vergüenza, culpabilidad, sonrojo. Él la había sorprendido husmeando. Desgraciadamente, ya no podía olvidar lo que había visto. Deseó no haber mirado nunca el teléfono. Una cosa era imaginárselo con otras mujeres y otra muy distinta ver sus rostros.

—Creo que deberías marcharte —dijo Emma mientras le entregaba el teléfono y se arrebujaba en la manta.

Xavier parecía confuso.

—Emma, ¿qué...?

Él tomó el teléfono de mala gana. Lo miró y vio abierta la aplicación de Nost.

—Emma, no te puedes enfadar por esto. Ya sabes que no estoy buscando nada exclusivo. Creía que... Ya hemos hablado de esto.

—Lo sé —asintió Emma. Se mordió el labio para contener las lágrimas que amenazaban con derramársele por las mejillas.

«Yo solo era una mujer entre muchas... Él nunca sintió nada por mí. No es capaz de sentir nada por ninguna mujer».

—Pensé que podría sobrellevarlo, pero no puedo —concluyó.

Xavier dio un paso al frente para sentarse con ella en el sofá, pero Emma se puso de pie y dejó caer la manta al suelo.

—No —le espetó negando con la cabeza mientras se rodeaba con los brazos—. Pensé que podría tener una relación como la que tú quieres, pero no puedo. La idea de que estés conmigo y luego con todas esas mujeres —añadió mirando el teléfono— me produce náuseas. Pensé que podría hacerlo, pero, ¿sabes qué? No sería yo misma.

Xavier la observaba con tristeza.

—No deberías haberme mirado el teléfono.

—Lo sé —murmuró Emma abrazándose aún con más fuerza. Deseó poder hacer desaparecer los últimos cinco minutos y que estos transcurrieran de un modo totalmente diferente, pero en realidad, ¿no era mucho mejor que lo supiera?

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque... porque... Quiero saberlo todo sobre ti, supongo...

—Pues ahora ya lo sabes —replicó él. Miró la aplicación de Nost con el ceño fruncido—. Pero yo ya te lo había dicho... Este soy yo. No puedo comprometerme. En realidad, casi ni puedo tener relaciones que duren más de una noche. Te lo dije.

—Sé que lo hiciste —admitió Emma. Se mordió el labio porque las lágrimas habían empezado a formarle un nudo en la garganta. Xavier había sido sincero con ella. No había tratado de ocultarle sus preferencias—. Pensé que podría hacerlo, pero imaginarte con otra mujer me duele.

«Ahora es el momento de que me digas que vas a cambiar», pensó Emma. «Ahora es el momento en el que me dices que todas esas mujeres no significan nada para mí, que estás dispuesto a apostar por nosotros».

Sin embargo, cuando lo miró, Xavier la observaba inmóvil. Parecía incapaz de darle lo que ella necesitaba.

Los dos permanecieron en silencio un instante. Durante ese tiempo, pareció volver a levantarse una barrera entre ambos. Emma

respiró profundamente y trató de reunir el valor para preguntarle algo que necesitaba saber. Sin embargo, temía la respuesta.

—¿Te habrías acostado con alguna de esas mujeres anoche si no nos hubiéramos reunido?

Xavier miró hacia la puerta.

—Sí —admitió.

Aquella sencilla afirmación le produjo un efecto devastador a Emma. Le dolió casi tanto como un golpe en el estómago. Dio un paso atrás. No tenía derecho alguno a sentirse herida. Xavier le había dicho lo que buscaba, le había dicho quién era y, sin embargo, ella no podía dejar de sentir dolor al darse cuenta de que tan solo era una muesca más, un cuerpo más entre muchos otros.

¿Por qué no podía ser ella suficiente para Xavier? Aquella pregunta le daba vueltas en la cabeza y le hacía sentir pequeña e insignificante.

—¿Dejarás de hacerlo alguna vez? ¿Considerarás en algún momento dejar Nost?

Xavier se mesó el cabello con la mano.

—Emma, ya te he dicho...

—Sí, sí lo sé. Tienes miedo del amor, de arriesgarlo todo. Prefieres...

Emma se tragó sus palabras. No podía decirlas en voz alta. «Prefieres acostarte con una mujer nueva todos los días».

Xavier trató de acercarse a ella.

—Ya lo sabías, Emma. Te lo dije el primer día —dijo. Extendió la mano para acariciarla, pero ella dio un paso atrás.

—Lo sé —replicó. No quería que él la tocara. No quería deshacerse entre sus brazos y permitir que la lógica volviera a marcharse una vez más por la ventana. No quería ignorar lo que estaba ocurriendo y fingir que todo iba bien, porque no era así.



—Parecías estar dispuesta a intentar...

Xavier se detuvo en seco. Parecía estar teniendo problemas para etiquetar lo que habían estado intentando. Tenía razón. La noche anterior, Emma no había dudado en invitarlo a su cama. Xavier no le había hecho ninguna promesa. Ni siquiera le había dicho que quería tener una relación. Tan solo que se sentía atraído por ella, intrigado por lo que Emma pudiera ofrecerle. Con eso había bastado la noche anterior para que Emma se quitara las bragas. Sin embargo, al día siguiente, con la luz de la mañana, con el teléfono recibiendo mensajes de mujeres desconocidas, no parecía ya suficiente.

—Supongo que estaba equivocada...

Emma no podía mirarle a los ojos. Quería que él le dijera que todas aquellas mujeres no significaban nada, que podía abandonarlas cuando quisiera. Sin embargo, cuanto más tardaba en pronunciar las ansiadas palabras, más se convencía ella de que esas mujeres le importaban más que ella misma.

—Si no puedes, es decir... Si tienes que seguir viendo a otras mujeres mientras estás conmigo, en ese caso no puedo hacerlo.

—Emma —suspiró Xavier—. Yo... yo no sé si puedo hacerlo.

—¿Podrías al menos intentarlo? Eso es lo único que quiero saber.

Emma le miró a los ojos y vio las emociones enfrentadas que se reflejaban en ellos. El conflicto interior que estaba sufriendo Xavier le dolía a ella aún más. ¿Por qué no podía significar lo suficiente para Xavier para que, al menos, le dijera que estaba a punto de intentarlo? Sabía que lo que había entre ellos era muy especial. ¿Por qué él no se daba cuenta?

—Emma, ¿estás pidiéndome que no vea a ninguna otra mujer?

Ella asintió.

El teléfono de Xavier tintineó con otro mensaje de Nost. Otra mujer quería tener sexo con él.

—¿Serías capaz de decirle a esa, ahora mismo, que no estás

interesado? —le preguntó Emma mientras señalaba el teléfono. Él lo miró y luego giró la cabeza para mirarla a ella. Dudó demasiado tiempo. Fuera cual fuera su respuesta, podría ser una mentira—. Es mejor que te vayas.

—Vamos, Emma. Vamos a hablar de esto.

Ella negó con la cabeza. Los ojos se le habían llenado de lágrimas. Lo último que quería era que Xavier la viera llorar.

—Ahora —insistió. Se dirigió hacia la puerta y la abrió.

En aquel instante, sería el momento idóneo para que Xavier le dijera que lo intentaría, que no le importaban el resto de las mujeres que le enviaban mensajes a su teléfono. Que ella era la única a la que deseaba. Sin embargo, recogió su impermeable y su cartera de la butaca de salón y se marchó. Emma no supo qué fue lo que más le dolió: que probablemente se fuera directamente con una de sus conquistas de Nost o que se marchara sin ni siquiera mirar atrás.

## Capítulo 17

Xavier se sentó en un metro que le llevaba al Loop. Desde la estación, solo tendría un corto paseo hasta llegar a su piso. La ciudad pasaba a toda velocidad a través de la ventana, convirtiéndose en una imagen desenfocada de edificios de piedra. El tren iba serpenteando por vías elevadas entre los edificios de la ciudad hacia la parada de Fullerton.

Él no podía dejar de pensar en el gesto de dolor y traición que se había reflejado en el rostro de Emma, en los ojos vidriosos por las lágrimas que no había derramado. Desde que se marchó del apartamento, no había podido dejar de sentir una enorme culpabilidad. Sin embargo, ¿por qué era él quien se sentía culpable? Había sido sincero. No había tratado de ocultar nada ni de mentir. Sin embargo, Emma había terminado sufriendo de todos modos.

Sacudió la cabeza mientras miraba por la ventana del tren. Debería haberse dado cuenta la primera noche que la conoció de que aquello era un error. Sabía que Emma nunca había hecho algo así antes y que incluso se había mostrado reacia a probarlo. Por lo tanto, él debería haberse imaginado que no podría soportarlo.

Seguramente, había sido lo mejor. Ella había terminado lo que él no había podido y todo habría terminado siendo un desastre. Las relaciones no funcionaban. Solo había que preguntarle a Sasha.

El metro se detuvo por fin y se bajaron algunos pasajeros.

Entonces, una rubia muy sexy se subió. Llevaba botas negras hasta la rodilla. Xavier no pudo evitar fijarse en ella, dado que se sentó frente a él. La mujer estableció contacto visual con él y la mirada azul le comunicó a Xavier que podría estar interesada. Él no se había afeitado y aún llevaba la misma ropa de la noche anterior, pero no había duda al pensar que la mujer se había fijado en él. Entonces, sacó su teléfono. Segundos más tarde, el de Xavier tintineó. Acababa de recibir un mensaje.

Se lo sacó del bolsillo y vio que la llamativa rubia que estaba sentada frente a él acababa de enviarle un mensaje a través de Nost.

*¿Qué está haciendo un tío bueno como tú en la línea marrón del metro?,* le había escrito.

Cuando él levantó la mirada, no había posibilidad de malinterpretar el gesto que ella tenía en el rostro. Deseo. Interés. Una descarada invitación.

«Tiene que ser una señal», pensó él. Una señal de que debería intentar olvidar a Emma tan rápidamente como le fuera posible. Xavier le sonrió a la mujer y ella le devolvió la sonrisa.

Vaya, vaya, vaya... El universo acababa de enviarle una señal que no era capaz de ignorar.

Aquella tarde, Emma quedó con Sarah para tomar un almuerzo tardío en Lincoln Square. El pequeño restaurante griego estaba bastante lleno, a pesar de que era ya algo tarde para comer. Además, el día se había vuelto más frío y el cielo grisáceo reflejaba el triste estado de ánimo de Emma.

Ya había llegado el otoño. Emma llevaba una enorme bufanda alrededor del cuello y trataba de sobreponerse al frío del exterior, que sentía aún a pesar de llevar ya quince minutos en el restaurante.

Parecía que le resultaba imposible entrar en calor desde que Xavier se marchó de su apartamento aquella mañana. No hacía más que preguntarse si lo volvería a ver.

Emma le había contado a Sarah todo lo ocurrido.

—Todo es culpa mía —dijo Sarah—. No te debería haber animado nunca para que te registraras en Nost. Sabía que a ti no te iría bien.

—¡Efectivamente! Todo esto es culpa tuya —protestó Emma, aunque en realidad no lo decía en serio—. Eso no es cierto, Sarah. Solo estabas intentando que echara un buen polvo.

—Bueno, al menos en eso sí tuviste suerte.

Emma suspiró e hizo un gesto de desesperación con los ojos.

—Demasiada suerte, en realidad. Era tan bueno en la cama... Dijo que era porque éramos desconocidos, pero ¿tú te lo crees?

Sarah lo estuvo pensando un momento, sosteniendo el tenedor por encima de la ensalada que había pedido.

—Tal vez. A veces. En realidad, raramente. Es decir, el sexo con desconocidos puede ser genial, pero siempre va a ser algo superficial. Es como rascarse cuando te pica —comentó Sarah mientras pinchaba un poco de ensalada y se la comía—. Mira, a mí me encanta tener aventuras de una noche, pero no hay nada mejor que conocer de verdad a una persona. Los mejores orgasmos ocurren cuando le sueltas al tío en cuestión que estás enamorada.

Emma la miró con escepticismos.

—¿Le has dicho a alguien que le amabas? ¿Cuándo?

—En la universidad —respondió Sarah encogiéndose de hombros—. Desde entonces, no he encontrado a nadie más que merezca la pena.

Emma se echó a reír. Casi no había tocado la hamburguesa que había pedido. Había pensado que le apetecía comida basura, pero parecía haber perdido el apetito. Se temía que Xavier era el culpable.

—Vaya, la reina de Nost cree en el amor.

—Claro que sí. Es lo que buscamos todas, ¿no?

Emma tomó una patata frita y se la comió con gesto ausente.

—Todo el mundo menos Xavier.

Sarah sacudió la cabeza y tomó un sorbo de agua.

—Todavía no me puedo creer que ese tío creara la aplicación.  
¡Madre mía! Debe de tener pasta por un tubo.

—¿Quién sabe? Ni siquiera sé dónde vive,

En realidad, no sabía mucho de él. Tan solo cómo le gustaba el café y los sonidos que hacía cuando se corría. Aquel sucio pensamiento surgió sin previo aviso. Maldición. Cada vez que pensaba en él, sentía un hormigueo entre las piernas.

—Bueno, eso sería fácil de descubrir en el registro de la propiedad. Yo lo podría averiguar en un momento.

Emma se comió otra patata frita y masticó con gesto pensativo.

—La tentación es fuerte...

—No se podría considerar acoso del todo.

Emma negó con la cabeza.

—No. No voy a hacerlo. Es un solterón empedernido y lo admite.  
¿Por qué iba yo a querer implicarme con alguien así?

—Porque ya estás implicada —señaló Sarah—. Sé que este asunto te está fastidiando.

—¡Lo sé! —exclamó Emma mientras se agarraba la cabeza entre las manos—. ¿Pero por qué? Solo hemos follado un par de veces y yo... Bueno, sabía en lo que me estaba metiendo, pero...

—Tiene una polla mágica. ¿Adictiva?

Emma soltó una carcajada.

—Más o menos.

—Te hace hacer cosas que tú jamás harías y ahora estás enganchada —comentó Sarah mientras se limpiaba la boca con la servilleta. Parecía que se había encontrado ella también con una polla adictiva en alguna ocasión.

—Sí, pero no puedo con esto de que sea todo tan superficial... Lo he intentado, pero en el momento en el que vi todos aquellos mensajes en su teléfono...

—Te sentiste hecha una mierda —concluyó Sarah en su nombre.

—Exactamente. Deberías haberlo visto, Sara. No hacía más que decirme que ya me lo había dicho. Vi en su rostro que no va a cambiar nunca. Todos esos artículos que leí sobre los que tienen fobia al compromiso decían que la única cura era que esas personas deseen cambiar. No sirve otra cosa. Y él no quiere.

Sarah se encogió de hombros.

—Ya sabes lo de la cabra y el monte. Sin embargo, te voy a decir una cosa. Si él no se da cuenta de lo maravillosa que eres, es mejor que lo dejes marchar.

Emma se sentía abrumada y triste. Seguía sin comprender cómo una relación tan breve podía afectarla tan profundamente. Incluso le costaba explicárselo a su mejor amiga. Sin embargo, todo tenía que ver con el hecho de que pensaba que el vínculo que los unía significaba más, que, en cierto modo, era especial, aunque Xavier se negara a verlo.

—No sé si será tan fácil...

Sarah le agarró la mano y se la golpeó cariñosamente.

—Estoy muy orgullosa de ti. Marcaste tus límites. No has cedido. Tú no buscas el sexo por el sexo y por eso le echaste de tu casa. No sé si yo habría sido capaz de hacer algo así.

—Seguro que sí.

Sarah se encogió de hombros.

—No. A ti se te da muy bien no aceptar la mierda de nadie. Me encanta que no tengas miedo de pedir lo que quieres.

Emma sonrió débilmente a su amiga.

—Pero Xavier no me lo va a dar.

—¿Quién sabe? —le preguntó Sarah mientras movía el tenedor en el aire—. Podría ser que cambiara de opinión. Eres una mujer maravillosa y, si no es capaz de verlo, es un imbécil. Me importa un comino lo guapo o lo rico que sea.

—Espero que tengas razón...

Emma no se podía quitar de encima la sensación de que Xavier no iba a cambiar de opinión. Él se lo había advertido. Emma recordó el gesto de resignación cuando él se marchó del apartamento aquella mañana. Era muy suyo y no iba a cambiar ni por ella ni por nadie más.

El camarero les llevó la cuenta. Sarah se la quitó de la mano.

—Pago yo —dijo—. Es lo menos que puedo hacer dado que soy yo la causante de todo este drama.

Emma se echó a reír.

—Estoy de acuerdo con eso. No pienso pagar ni un centavo —bromeó.

Cuando regresó a su piso, Emma empezó a trabajar en un nuevo artículo. Sin embargo, por mucho que se esforzaba en redactar la continuación del primer artículo sobre Mr. X, no parecía poder rematarlo. Se dio cuenta de que parte de la razón por la que le costaba escribir era que contarle en un artículo implicaba que todo había acabado y, de algún modo, no estaba preparada para eso. Cerró el documento de Word con solo dos párrafos escritos y un cursor que, en silencio, parecía recordarle que necesitaría al menos otras ochocientas palabras para que su editor lo aceptara. En vez de seguir trabajando,



abrió Google y buscó información sobre Xavier Pena.

Encontró docenas de artículos sobre el prodigioso genio de la tecnología, cuyo futuro en el mundo de las aplicaciones era brillante. Tinder se había ofrecido a comprarle Nost por una suma millonaria, aunque él había decidido no aceptar su oferta ni de la de nadie más. Al menos, Sarah tenía razón en lo de su cuenta bancaria. Después, buscó las redes sociales de Xavier y pinchó en ellas. Las encontró totalmente vacías de información personal, a pesar de que había esperado ver montones de *selfies* con hermosas mujeres. En realidad, publicaba muy poco. Sus cuentas en Instagram y Facebook no presentaban mucho movimiento y las pocas publicaciones que realizaba tenían que ver siempre con Nost y a veces sobre su padre. En Instagram, encontró una fotografía de un entierro y también una de una imagen de su padre frente a un montón de coronas de flores. Su madre había muerto hacía un año.

Xavier no lo había mencionado.

Siguió buscando para tratar de encontrar un obituario sobre las causas de la muerte del padre de Xavier. No tardó en encontrarlo.

*Henri Pena murió de un ataque al corazón. Gena, su esposa, había fallecido dieciocho años antes. Ella padecía un desorden bipolar. Pena jamás volvió a casarse y siempre consideró que Gena era el amor de su vida. Deja un hijo, Xavier...*

Emma volvió a releer el artículo en la pantalla. Xavier había perdido a su padre hacía un año. Después, perdió a su prometida. El trauma emocional había sido mucho más profundo de lo que había creído.

Emma suspiró. No era de extrañar que no quisiera volver a tener una relación. Miró la fotografía de Xavier y se preguntó cómo podía convencerlo de que lo intentara, aunque sospechaba que el asunto se le escapaba de las manos. Xavier debía decidir si quería arriesgar su

corazón y su futuro. No había nada que ella pudiera hacer.

Abrió el documento de Word una vez más y comenzó a escribir.

La misteriosa mujer del tren condujo a Xavier de la mano hasta el edificio en el que estaba su apartamento. Tras pulsar rápidamente unos números en el teclado de entrada, la puerta se abrió. En la escalera, ella se dio la vuelta y se apretó contra él para que Xavier pudiera sentir la rotundidad de sus senos a través de la cazadora de cuero que llevaba. Sin ni siquiera besarle, comenzó a masajearle la entrepierna, un gesto descarado que, normalmente, le habría provocado a Xavier una erección. Sin embargo, por alguna razón, las caricias le resultaron torpes e incómodas. Le parecía también que el lápiz de labios era demasiado rojo y que... En realidad, todo lo referente a aquella mujer le parecía mal. No era que no fuera guapa. De hecho, aquella mujer podría tener a cualquier hombre que se propusiera con el cuerpo que tenía, pero a Xavier le parecía que carecía de algo.

Comprendió que lo que le faltaba era que no era Emma. Cada vez que la miraba, no hacía más que compararlas a ambas. «Su nariz no es tan mona como la de Emma». «Sus manos son más grandes que las de Emma». «Su trasero es demasiado escurrido. No como el de Emma».

Por mucho que lo intentara, no podía desconectar. Ella seguía acariciándole, pero Xavier era incapaz de excitarse. ¿Acaso ni siquiera iba a conseguir que se le pusiera dura?

Nunca le había ocurrido antes. Ni una sola vez. La mujer que tenía delante era muy guapa. ¿Qué era lo que le pasaba? Sabía perfectamente cuál era su problema: Emma.

—Bésame —murmuró ella. Se había echado el cabello hacia atrás y había abierto la boca.

Xavier no quería hacerlo. Eso era lo peor. Aquella mujer estaba dispuesta y era muy sexy, pero él... él no quería besarla. Bajó la

cabeza y la besó de todos modos. Ella le deslizó la lengua en la boca. Cada movimiento que realizaba iba bajando el nivel de excitación de Xavier. Porque ella no era Emma.

«Cuando uno se enamora, otras mujeres no son tan hermosas», le había dicho su padre. Xavier nunca le había creído. Ya no estaba tan seguro. Siempre había creído que amaba a Sasha, pero nunca le había costado trabajo admirar la belleza de otras mujeres. La rubia del tren era una mujer muy atractiva, pero él no parecía poder apreciar lo sensual que era.

—Vamos —le dijo ella.

Le agarró de la mano y lo llevó al apartamento del sótano, que era donde ella vivía. Una parte de Xavier quería salir huyendo. No hacía más que preguntarse qué estaba haciendo allí. Debería regresar al lado de Emma. Disculparse, intentar convencerla de que él se había equivocado.

¿Y era así? ¿De verdad podría apagar Nost? ¿Qué dirían sus compañeros de trabajo, sus inversores?

Ya se imaginaba los titulares: *Fundador encuentra el amor verdadero en una aplicación para disfrutar del sexo promiscuo*. No atraería a muchos usuarios.

Siguió a la mujer escaleras abajo y entró en su apartamento. Ella cerró la puerta. ¿De verdad iba a poder hacerlo? Miró a su alrededor y vio la diferencia de estilos en los muebles, el montón de correo que se acumulaba en la mesita de café y la caja de pizza vacía que había sobre la encimera de la cocina. El apartamento no se parecía en nada al cuidado espacio de Emma, donde cada mueble parecía haber sido cuidadosamente elegido para el espacio que ocupaba, donde todo estaba ordenado y en su sitio. Allí, se podría relajar sin problemas, pero, ¿en el apartamento de aquella desconocida? Ni hablar. Sería un polvo rápido y no volvería a pisar allí. Ni a ver a aquella mujer. Ni siquiera sabría su nombre.

Normalmente, aquella idea le habría excitado, le habría provocado

una erección tan fuerte que habría estado sintiendo la sangre bombeándole hasta la punta. Sin embargo, eso había sido antes de Emma. Pensar en ella le hacía anhelar su compañía. Le hacía querer ver si ella podía excitarle, dado que aquella mujer parecía incapaz.

—¿Qué te parece si nos ponemos el capuchón, Mr. X? —le preguntó.

Aquellas palabras le devolvieron a la realidad. Ella le agarró la entrepierna una vez más, pero no respondió a sus caricias. A la mujer no pareció importarle. Se arrodilló delante de él y comenzó a desabrocharle los pantalones.

—¿Qué te parece si te la chupo un poco?

La idea de que aquella mujer hiciera algo así... bueno no iba a funcionar. Sabía que no se le iba a poner dura.

—Espera —dijo él deteniéndola. No se podía creer que estuviera haciendo aquello. Nunca antes había rechazado una oferta como aquella. ¿Se había vuelto loco?

Le pareció oír la voz de su padre. «No. Simplemente te estás enamorando. El amor tiene su propia locura».

—¿Te ocurre algo, cielo? —le preguntó la mujer al ver que Xavier se apartaba de ella. Se levantó.

—Yo... lo siento. No puedo hacerlo...

Se mesó el cabello mientras la mujer lo miraba asombrada.

—Eres nuevo, ¿no?

Ella se cruzó de brazos y lo miró con escepticismo. Aparentemente, se había encontrado con hombres algo desgastados antes. Eso sorprendió a Xavier. No se había dado cuenta de que los hombres podrían mostrarse reticentes con una mujer tan hermosa como la que tenía frente a él.

—¿O estás casado?

—Soy nuevo —mintió.

Nuevo en el amor, así que, en realidad, no era del todo una mentira. Se abrochó los pantalones y se dirigió de nuevo hasta la puerta del apartamento. Entonces, se volvió para mirar a la mujer, que lo observaba con desaprobación.

—No es por ti —dijo.

—Claro que no es por mí, cielo...

Ella se sentó en el sofá y cruzó las piernas, mostrándole la parte interior del muslo. Entonces, sacudió la cabeza como si le estuviera diciendo que él se lo perdía y una parte de Xavier sabía que así era. Él se marchó y cerró suavemente la puerta del apartamento sin poder creer que él estuviera haciendo algo así. Nunca había pensado que sentiría lo que sentía por Emma. Por supuesto, había amado a Sasha, pero si una mujer se le hubiera puesto de rodillas para ofrecerle una mamada, no creía que hubiera podido resistirse. Emma era diferente. Emma consumía sus pensamientos, le hacía querer ser mejor hombre. Se trataba efectivamente de eso. Tenía que intentar ser el hombre que Emma se merecía.

Detuvo el primer taxi que vio. Lo único que deseaba en aquellos momentos era reunirse de nuevo con Emma.

## Capítulo 18

De camino a casa después de almorzar con Sarah, Emma paró en una pequeña tienda de ultramarinos, donde compró algunas cosas para la semana. A pesar de ir cargada con un par de bolsas, le resultaba más pesada la sensación que tenía sobre los hombros cuando pensaba en Xavier. Al principio, no comprendía por qué le había afectado tanto, pero no había tardado mucho en comprenderlo: se había enamorado de él. Así de sencillo. Sarah tenía razón. Tenía una polla mágica, pero había en él mucho más que eso. Sentía que había llegado a conocerle a un nivel más profundo. Comprendía lo que era crecer con padres disfuncionales. Por mucho que ella quisiera que fuera solo sexo, no era así. No era de extrañar que se viera tan afectado por la ansiedad sobre las relaciones e incapaz de comprometerse. A pesar de todo, tal vez lo mejor era que lo dejara marchar. Después de todo, Xavier no parecía dispuesto a cambiar su manera de ser. Emma recordaba la expresión de su rostro cuando ella le pidió que dejara Nost. Su respuesta había sido clara: nunca. Seguramente, en aquellos momentos, estaba con otra mujer. Aquel pensamiento le provocó unos celos fríos e inquebrantables. Odiaba ese sentimiento.

El frío viento de otoño parecía cortar la ligera chaqueta que llevaba puesta mientras iba caminando por la calle llena de hojas que conducía a su apartamento. Sintió una fría gota en la mejilla y apretó el paso esperando poder llegar a su apartamento antes de que

empezara a llover con más fuerza.

Su teléfono tintineo con el delator sonido que anunciaba un mensaje de Nost. Se detuvo en la calle un instante. Se había olvidado que tenía la aplicación funcionando. Después de todo, ¿qué sentido tenía seguir en ella? Se había demostrado a sí misma que no buscaba el sexo por el sexo.

Se colocó las dos bolsas en la mano derecha y se sacó el teléfono con la izquierda. Sintió una momentánea alegría al pensar que tal vez el mensaje era de Xavier.

Abrió el mensaje. Provenía de un usuario que no conocía. VoyaXti.

«Buf, qué cursi», pensó mientras abría el mensaje. Entonces, se detuvo en seco. VoyaXti tenía la fotografía del hombre de la gorra de los Cardinals. Ya ni siquiera trataba de ocultarse detrás de una fotografía falsa. Tocó el enlace para ver el mensaje al completo.

*Esas bolsas parecen muy pesadas. ¿Quieres que te ayude?*

El vello se le puso de punta. Frenéticamente, miró a su alrededor. ¿Dónde estaba? Solo vio a una mujer que iba paseando a su perro por la calle y a una pareja que iba caminando de la mano por delante de ella. No había coches aparcados que pudieran resultar sospechosos. ¿Dónde estaba? Miró hacia las ventanas de los pisos, pero no vio a nadie. Sin embargo, prácticamente podía sentir su mirada sobre ella, como si estuviera observando cada movimiento que ella hacía. Su apartamento estaba a una manzana de distancia. ¿Estaba siguiéndola? ¿Cómo la había encontrado? ¿Había sido suerte o algo más siniestro?

Trató de apagar su localización, aunque sabía que era ya demasiado tarde. En su precipitación, dejó caer una de las bolsas al suelo y una manzana salió rodando.

—Maldita sea —maldijo mientras se inclinaba para recoger la manzana y la bolsa.

Otro tintineo. Otro mensaje de Nost.

*Me encanta cuando te inclinas así...*

Deseó poder borrar la aplicación. Quería sacar a aquel tipejo de su teléfono, de su vida. Recogió la manzana, la metió en la bolsa y se la echó por encima del hombro.

*Es mejor que tengas cuidado. La manzana no es lo único que va a sufrir magulladuras...*

Presa del pánico, Emma desinstaló la aplicación del teléfono. El corazón le latía con fuerza en el pecho mientras miraba a su alrededor. Ya solo veía a la mujer que iba paseando el perro. La pareja había doblado la esquina y la calle estaba vacía a excepción de algunos coches aparcados. ¿Dónde estaba? ¿Cómo era posible que la estuviera observando? Apretó el paso para llegar a su apartamento mientras se preguntaba qué hacer. ¿Llamar a la policía? Se reirían de ella. ¿Qué podía decir? ¿Que un hombre malo le estaba enviando mensajes en los que afirmaba estar viéndola?

A pesar de todo, seguía teniendo el vello de punta. Sabía con certeza que estaba cerca en alguna parte y sabía que planeaba hacerle daño. Recordó que Xavier le había dicho que ese hombre tenía antecedentes penales por abuso sexual. No sabía lo que hacer, por lo se decidió llamar a Xavier. El teléfono sonó tan solo una vez antes de que él contestara.

—Emma, me alegro de que me hayas llamado. Yo...

—Xavier, está aquí. El tío de la gorra de los Cardinals. De algún modo me ha encontrado, pero no sé cómo. Me ha estado mandando mensajes y creo que me está vigilando. ¿Puedes hablarme mientras llego a mi apartamento? Estoy a menos de una manzana de distancia.

—Emma, tienes que llamar a la policía ahora mismo —respondió Xavier presa del pánico—. Entra en tu apartamento tan rápido como puedas. Yo voy para allá ahora mismo.

El corazón le latía con fuerza. Miró a sus espaldas. Nada, pero sabía que la estaba observando. Lo sentía.

—¿Estás seguro?

—Más que seguro. Cuelga ahora y llama a la policía.



—Está bien.

De repente, se sentía más asustada que antes. Nunca había notado a Xavier tan asustado. Colgó de mala gana y apretó el paso de manera que casi iba corriendo. Ya estaba muy cerca, a poco más de cinco metros. Haciendo malabarismos con el teléfono, marcó el número de la policía. Estaba a punto de apretar el botón de llamada cuando alguien se acercó a ella por la espalda. Una mano le golpeó con fuerza en el brazo y el teléfono salió volando. Ella se dio la vuelta y vio al hombre al que tanto temía. Ya no llevaba la gorra de los Cardinals, pero podría reconocer el frío brillo de aquella mirada en cualquier parte.

—¿Adónde vas tan rápido, Gatita? —le preguntó en un susurro lleno de amenaza.

Xavier sintió que el corazón se le salía por la boca cuando echó a correr desde la parada de la línea marrón para dirigirse a casa de Emma. Había llamado ya por teléfono a Ian, su amigo detective y había dado la casualidad que él estaba de servicio no lejos de allí.

—Llegaré en cinco minutos —dijo Ian. Xavier escuchó el sonido de la sirena de su coche de policía camuflado.

—Yo llegaré en dos —replicó Xavier.

Echó a correr a toda velocidad. El corazón le latía de un modo salvaje en el pecho.

«Por favor, que esté bien», rezaba. «Si ese gilipollas le pone un dedo encima, lo mato». Ya solo le quedaba doblar una esquina y el apartamento de Emma estaba en la tercera calle a la izquierda. Tenía que llegar a tiempo. Cada célula de su cuerpo funcionaba frenéticamente para darle más impulso. Dio la vuelta a la última esquina y vio lo que más temía: Jimmy tratando de reducir a Emma. Ella trataba de defenderse. El contenido de las bolsas estaba esparcido por el suelo. Tiraba de ella hacia un callejón cercano con la gruesa

mano agarrándole la garganta. Emma no podía gritar y casi no podía ni respirar. Xavier sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—¡Jimmy! —le gritó—. ¡Déjala!

El hombre giró la cabeza y miró a Xavier. Frunció el ceño y aflojó ligeramente la mano con la que tenía agarrada a Emma por el cuello. Ella pudo gritar mientras se agarraba al brazo de su agresor. Jimmy dudó. Evidentemente, no quería soltar a su víctima, pero tras ver a Xavier, debió de pensárselo mejor. Empujó a Emma contra el suelo y ella cayó con los brazos extendidos. Jimmy echó a correr calle abajo, aunque con su exceso de peso no podía hacerlo muy rápidamente. En la distancia, Xavier escuchó la sirena de su amigo el detective. Gracias a Dios.

—¡Emma! ¿Te encuentras bien? —gritó Xavier mientras se detenía para ayudarla a levantarse.

—Bien... bien... estoy bien... —susurró ella frotándose el cuello.

Xavier miró a Jimmy. No había conseguido llegar muy lejos, pero apretó el mando a distancia que llevaba en la mano y abrió un coche que estaba aparcado en la acera de enfrente. Iba a huir, pero Xavier no iba a permitir que eso ocurriera. No iba a consentirlo.

—Volveré enseguida —le prometió Xavier.

Corrió a toda velocidad, tomó la ruta más rápida para llegar hasta Jimmy, que estaba en mitad de la calle, a pocos metros de su propio coche. Se lanzó sobre él y lo tiró al suelo. Cayeron en un revuelo de piernas y brazos. Xavier oyó que el rostro de Jimmy golpeaba el asfalto con un angustioso crujido. Se había roto la nariz, pero como los dos hombres habían caído al suelo, Jimmy consiguió levantarse y comenzó a mover los brazos.

—Te vas a arrepentir de eso —le prometió mientras se limpiaba la sangre de la nariz.

—Creo que el que se va a arrepentir eres tú.

De repente, el cielo se abrió y empezó a llover, pero Xavier casi ni

se dio cuenta. Estaba pendiente de su oponente. No era más corpulento que él, pero sí más pesado y, en ocasiones, el peso tenía más importancia que los músculos en una pelea a puñetazos.

Xavier había dado clases de boxeo, así que no estaba por completo fuera de su elemento. Además, Jimmy seguramente sería más lento y se cansaría más fácilmente. Lanzó un golpe rápido, pero Xavier lo esquivó. Entonces, fue Xavier el que golpeó. Su gancho de derechas golpeó la barbilla de Jimmy y lo lanzó hacia atrás. Jimmy reaccionó una vez más, pero Xavier le esquivó y le dio un puñetazo en el estómago que lo hizo caer al suelo justo en el momento en el que el coche de policía camuflado se detenía bruscamente delante de ellos con las luces encendidas. Ian se bajó con la pistola en la mano.

—Quieto ahí, cabrón —le espetó a Jimmy—. Y las manos donde yo pueda verlas.

Jimmy levantó las manos lejos del rostro ensangrentado. Xavier se echó a un lado también con las manos arriba.

—Bueno, tío, parecía que no me necesitabas después de todo —comentó Ian con una sonrisa—. Parece que te podrías haber ocupado perfectamente tú solito.

—Es mejor que te lo lleves tú, Ian. Si me lo dejas a mí, lo mato.

Ian sacó las esposas.

—No te culpo —afirmó mientras colocaba a Jimmy de rodillas sobre el suelo y le colocaba las esposas con las manos a la espalda—. Jimmy, parece que has violado la libertad condicional de ocho maneras diferentes hasta hoy domingo. Vas a volver a la cárcel durante mucho tiempo.

—Que te jodan —gruñó Jimmy mientras escupía sangre sobre el asfalto.

—Me encanta mi trabajo —replicó Ian. Entonces, miró por encima del hombro de Xavier—. ¿Se encuentra bien?

Xavier se dio la vuelta y vio a Emma de pie en la acera. Las

lágrimas le caían abundantemente por el rostro.

—Yo me aseguraré de que lo esté —le prometió Xavier mientras cruzaba la calle.

Al llegar a su lado, la levantó en brazos. Emma no podía parar de llorar.

—Pensaba que tú... Estaba preocupado... Gracias a Dios que estás bien... —murmuró ella apretándole con fuerza.

—¿Yo? Claro que estoy bien. Podría con diez como ese tío. No hay problema —dijo él mientras la estrechaba cariñosamente contra su pecho—. No te preocupes. Además, va a estar bastante tiempo encerrado. Ya no tienes que tener miedo.

Observaron juntos cómo Ian lo metía en su coche.

—Llévala a la comisaría para que declare, ¿de acuerdo, X? —le gritó mientras se ponía al volante del coche.

—Por supuesto.

Xavier le dio un beso a Emma en la cabeza.

—¿Te parece bien?

Ella asintió contra su torso.

Xavier bebía el café rancio de la comisaría mientras estaba sentado junto a Emma y escuchaba el relato de lo ocurrido aquella tarde. Con cada detalle que ella daba, sentía que debía de haberle dado a Jimmy otro puñetazo. Durante todo el rato, tuvo de la mano a Emma, apretándosela suavemente para que ella supiera que no estaba sola.

No hacía más que pensar en lo que habría ocurrido si él se hubiera quedado con la rubia del tren. Si hubiera cedido a la tentación, ¿qué le habría ocurrido a Emma? Solo pensar que la situación podría haber cambiado muy rápidamente si él no hubiera acudido en su ayuda le hacía sentirse muy culpable. Por suerte, había llegado a tiempo, pero

por los pelos. Y todo por su estúpida persecución de... ¿qué? ¿Una mujer hermosa? ¿Sexo sin sentimientos? Llevaba un año tratando de llenar el vacío que sentía en su interior disfrutando del sexo con desconocidas.

No se había dado cuenta del sinsentido que había sido su vida hasta que conoció a Emma, hasta que sintió la promesa de algo más. Por fin, había comprendido que la felicidad no se podía encontrar evitando los sentimientos. Tendría que arriesgarse a sufrir o a lo que el amor pudiera exigir de él porque no quería vivir con la alternativa, es decir, sin Emma en su vida. Cuando pensaba en el daño que podría haber sufrido Emma solo porque él había sido demasiado testarudo o había tenido miedo de admitir que Emma tenía razón, quería darse de golpes. Existía un vínculo entre ellos, y muy fuerte. No pensaba alejarse de eso.

La oficial de policía terminó de tomar sus notas.

—Gracias por ayudarnos —le dijo a Emma—. Se lo haré saber si necesitamos algo más de usted, pero creo que ya hemos terminado por hoy. ¿Tiene medios para volver a casa? —le preguntó a Xavier.

—Sí. Yo me aseguraré de ello.

Emma lo miró agradecida. Xavier estaba sentado a su lado, dándole la mano. De repente, se dio cuenta por primera vez de lo que su padre había querido decir con «El amor no es algo que uno elija. Te elige a ti». Comprendió que no quería vivir la vida sin Emma a su lado. No quería que ella estuviera sola. Quería estar a su lado de todas las maneras posibles. Por primera vez, empezó a pensar que el amor no era una prisión, sino un don. Su padre no había sido un esclavo para su madre, sino que había destinado su vida a protegerla, sin importar lo dura que pudiera ser la tarea.

Xavier salió de la comisaría con Emma de la mano. El piso de ella no estaba muy lejos, por lo que decidieron ir andando. El sol se había puesto y el aire de la noche se había hecho más frío. Las farolas estaban encendidas, pero, a pesar de todo, Xavier estaba muy preocupado por ella. La estudió de perfil preguntándose si seguía

asustada, si se sentía aún intranquila.

—¿Te encuentras bien con lo de ir andando de noche? —le preguntó apretándole la mano.

—¿Contigo? Por supuesto. Vi tú gancho de derechas —comentó ella riendo—. ¿Dónde aprendiste a luchar así?

—Di clases de boxeo —replicó encogiéndose de hombros.

—¿Tienes bien la mano? —le preguntó.

Xavier se miró los magullados nudillos. La grieta que tenía en el segundo ya había empezado a cicatrizarle.

—Estoy bien —replicó. Ya casi no le dolía.

—Por cierto, muchas gracias. No pude hacerlo antes, pero me has salvado. Gracias de nuevo.

—No tienes por qué darlas —repuso él mientras miraba las hojas mojadas pegadas sobre el suelo. Había dejado de llover, pero la acera brillaba bajo la luz de la farola—. Debería haber estado a tu lado. Si me hubiera quedado, nada de esto habría ocurrido.

—Te pedí que renunciaras a muchas cosas. Ahora lo comprendo —dijo Emma—, pero merecía la pena intentarlo. Pensé que tal vez...

Estaban ya muy cerca del apartamento de Emma. Xavier se tensó cuando pasaron junto al callejón en el que Jimmy había estado escondido. Se sentía furioso. Por suerte, había llegado a tiempo.

—Creo que no quiero irme a casa —anunció Emma—. No... no estoy segura de poder dormir ahí.

Xavier la estrechó entre sus brazos.

—Vente a mi casa. Quédate a pasar la noche. Demonios, quédate el tiempo que quieras,

—¿Me lo permites?

—No consentiría que fuera de otra manera —replicó él.

Paró un taxi. Los dos entraron en el vehículo y Xavier estrechó la

mano de Emma con fuerza. Acababa de darse cuenta de que aquella sería la primera vez que llevara a su apartamento a una mujer desde Sasha. El hecho de llevarla a su casa no le producía ansiedad alguna. Quería que Emma viera dónde vivía, quería invitarla a compartir su espacio y ayudarla a sentirse segura. Era lo menos que podía hacer.

Cuando el taxi se detuvo frente a su casa, pagó al conductor y condujo a Emma al interior. Ella permaneció de pie en el vestíbulo, sin dejar de mirar la imponente escalera, el enorme salón y la isla de granito de la cocina.

—¡Vaya! Esto es... precioso —comentó. Se fijó en las fotografías que tenía sobre la chimenea. Ahí estaba la fotografía de sus padres, realizada con las tonalidades ocres de los años ochenta—. Parecen muy felices —añadió mientras miraba la fotografía

—La mayoría de las veces no lo eran —afirmó él—, pero en ocasiones sí. Esa fotografía fue tomada antes de que yo naciera. De hecho, mi madre ya estaba embarazada de mí cuando fue tomada.

—¿De verdad?

Emma tomó la fotografía y la estudió atentamente.

Verla mirando la fotografía hizo que Xavier se sintiera... En cierto modo comprendió, aunque no pudo entender por qué.

—¿Tienes hambre? ¿Te apetece comer algo? —le preguntó él—. ¿Tal vez algo de beber? ¿Una copa de vino?

—¿Es eso lo que les dices a todas las chicas que traes aquí? —bromeó Emma, pero la broma resultó algo plana. Había demasiados celos en su voz.

—No he invitado nunca a nadie aquí —confesó. Emma lo miró asombrada—. Nadie desde Sasha. ¿Te apetece un poco de vino?

Emma asintió. Xavier fue a la cocina y sacó un carísimo *pinot* de la vinoteca. Ella lo observaba atentamente mientras él descorchaba la botella y servía dos copas. Se frotó los brazos con gesto incómodo hasta que por fin dijo:

—Tal vez haya sido un error que yo venga aquí.

Xavier se detuvo en seco cuando llenaba una de las copas.

—¿Qué quieres decir?

Emma frunció el ceño.

—Tal vez debería marcharme.



## Capítulo 19

De repente, Emma sintió claustrofobia. Al estar con Xavier en su casa, se sentía más cerca de él de lo que lo había estado nunca. Además, se sentía algo alterada por lo que había ocurrido anteriormente. Los dedos aún le temblaban. Lo único que deseaba era sentirse cálida y segura, pero con Xavier no estaba segura de poder sentir ninguna de las dos cosas, sobre todo cuando él parecía tan en contra de tener una relación con ella.

—No quiero que te vayas —afirmó él mientras le colocaba una copa de vino sobre la encimera de granito. Ella miró el vino.

—Estoy muy agradecida de que me hayas salvado, pero el hecho de estar aquí, cerca de ti, me resulta muy duro.

Aún más duro le resultaba admitir por fin que sentía algo por él. Quería gritar en voz alta que se estaba enamorando de Xavier. Por eso, estar cerca de él, pero saber que Xavier no le sería fiel, le hacía sentirse como si un cuchillo le estuviera atravesando el corazón. Casi sentía la tentación de reajustar su manera de pensar para ver cómo podía vivir con la falta de compromiso de él. Sin embargo, sabía que al final no podría. Quería un hombre que la amara solo a ella. Había probado lo de vivir sin compromisos, pero eso no era para ella. Ansiaba más.

—¿Sí? —le preguntó Xavier mientras dejaba su copa de vino y se acercaba a ella—. ¿Te resulta duro estar cerca de mí?

Emma sintió que su resolución se disolvía. Xavier estaba lo suficientemente cerca como para que ella pudiera tocarlo. Quería ponerle las manos en el torso, acariciárselo. A pesar de todo lo que había pasado aquel día, a pesar de la adrenalina que aún le recorría las venas, estaba sintiendo el irresistible tirón del deseo.

—Creo que deberíamos hablar —dijo Xavier.

Emma le miró a los ojos, que la estudiaban bajo la tenue luz que había en la cocina. Ella tragó saliva. Casi temía lo que Xavier pudiera decirle.

—No tienes que explicarme nada —replicó Emma. «Ya he oído más que suficiente», quería decirle. «Lo sé todo sobre ti, sobre tus límites».

—Sin embargo, yo deseo hacerlo. Después de que me marché de tu apartamento esta mañana, yo... —empezó. Se detuvo un instante para tomar un trago de vino—. Conocí a una mujer en un tren. Me fui con ella a su casa.

Emma se quedó inmóvil, agarrando el borde de la encimera de granito con mucha fuerza. De repente, le parecía que era lo único que podía sostenerla. Se imaginó cómo una hermosa mujer conducía a Xavier hasta su dormitorio, una escena que probablemente se había repetido muchas veces. Se sintió tan poco deseada, tan llena de carencias... Habían tenido relaciones sexuales la noche anterior y entonces, al día siguiente, él necesitaba a alguien nuevo. Por supuesto, las mujeres se arrojaban a sus brazos, pero el hecho de que él hubiera aceptado la invitación suponía un fuerte y frío rechazo hacia ella.

—¿Y qué? —susurró Emma en voz muy baja.

Le había hecho la pregunta, pero estaba prácticamente segura de que no quería escuchar la respuesta. No quería saber cómo le había dado placer a esa mujer, dándole seguramente los mejores orgasmos de su vida antes de correrse él. Tal vez incluso en su boca... Seguramente dentro de ella.

—Tan solo podía pensar en ti —admitió él mirándola

solemnemente a los ojos—. Ella me deseaba y quería hacerme cosas, pero yo solo podía pensar en ti.

«Mientras te la follabas», pensó Emma amargamente.

—¿Hiciste que se corriera?

—No —contestó él—. Solo nos besamos. Cuando la besé, supe que ella no podía darme lo que yo quería. Nadie podría darme lo que yo busco. Nadie a excepción... —se interrumpió y dejó la copa. Rodeó la encimera de la isla y se colocó junto a Emma, tan cerca que ella prácticamente le oía respirar— de ti. Te deseo, Emma Allaire.

Ella respiró profundamente el picante aroma que emanaba de él y sintió que la esperanza le prendía en el pecho.

—¿Qué estás tratando de decirme?

Xavier comenzó a acariciarle suavemente la mejilla.

—Me estoy enamorando de ti. De hecho, creo que ya estoy enamorado, Emma.

Aquellas palabras la sorprendieron. Fueron casi como un jarro de agua fría. ¿Qué era lo que estaba Xavier diciendo? ¿Podría ser cierto?

—Tenías razón sobre mí —prosiguió mientras le colocaba a Emma un mechón de rubio cabello detrás de la oreja con un gesto muy dulce y cariñoso—. Temía que nunca pudiera llegar al nivel de mi padre, a su dedicación. Siempre pensé que era porque no quería ser débil, pero ahora sé que él nunca lo fue. Necesitó mucho valor para serle fiel a mi madre, para apoyarla cuando estaba enferma. Eso no era debilidad, sino fortaleza.

—No tienes que ser él. Hay poca gente que pueda hacer lo que tu padre hizo por tu madre —afirmó Emma. No podía romper el contacto visual. Sentía la calidez, el poder de la mirada de Xavier. Su atracción magnética.

—Probablemente no pueda ser tan fuerte como mi padre, pero tenía miedo hasta de intentarlo —admitió—. Cuando pienso en el mucho daño que te hizo mi miedo... me pongo enfermo. Emma, si me

hubiera quedado con esa mujer del tren, ¿qué te habría ocurrido a ti? Te podría haber perdido para siempre.

Emma se echó a temblar al recordar las asquerosas manos de Jimmy sobre su cuerpo, el modo en el que le agarró el cuello para llevarla al callejón. Lo peor de todo había sido la frialdad que vio en sus ojos, la total falta de humanidad en ellos mientras la agarraba. Tragó saliva. Xavier volvió a tomarla entre sus brazos y la estrechó con fuerza contra su cuerpo.

—Quiero asegurarme de que no te ocurre nada malo. Nunca más —le prometió él murmurándole las palabras contra el cabello. Ella se aferró a él esperando que lo que le estaba diciendo fuera cierto—. Si me lo permites, quiero ser tu hombre. Tu único hombre.

Emma se apartó de él y le miró el rostro. Sentía dudas. Un hombre que había estado tan comprometido con el sexo sin ataduras no podía dejarlo todo así de fácilmente.

—¿Estás seguro? ¿Y qué me dices del aburrimiento de las relaciones y de cómo eso hace que la gente sea infiel?

—Creo que es así para la mayoría de la gente —afirmó—, pero tú y yo no somos la mayoría de la gente.

Xavier bajó la cabeza y le dio un sensual beso en los labios, un pequeño gesto que le provocó a Emma una agradable sensación de placer por la espalda.

Él rompió el beso.

—¿Vas a dejar de ser usuario de Nost? —le preguntó Emma. Aún le costaba creer que el cambio de opinión de Xavier fuera real. ¿Estaría de verdad dispuesto a comprometerse con ella, a dejar atrás el sexo con desconocidas?

—Voy a hacer mucho más que eso —le prometió—. Voy a hacer desaparecer la aplicación.

—¡Pero es tu negocio!

—Pienso crear una nueva —dijo él—. No quiero que Nost siga

funcionando si un depredador sexual como Jimmy puede aprovecharse de ella. No quiero que ninguna mujer vuelva a sentir miedo por algo que yo he creado. Voy a hacerla desaparecer y no la volveré a lanzar hasta que pueda arreglarla o reemplazarla por otra mucho mejor.

Emma se dio cuenta de que Xavier hablaba en serio al cien por cien.

—Solo porque un hombre...

—No —insistió Xavier—, no puedo correr el riesgo de que otra mujer pueda resultar herida.

Emma asintió. De repente, se sintió muy orgullosa y llena de amor por él.

—¿Y lo del sexo con desconocidas? ¿No lo echarás de menos?

—No si puedo disfrutarlo contigo —afirmó él estrechándola un poco más contra su cuerpo—. Eres lo mejor que me ha pasado en toda mi vida, Emma Allaire.

—No sé qué decir...

—Di que serás mía —le murmuró él al oído.

—Sí, sí. Siempre —contestó ella antes de que Xavier reclamara sus labios una vez más.

## Epílogo

*Un año más tarde*

Xavier estaba sentado solo en el bar tomándose un whisky cuando una hermosa pelirroja se le acercó. Ella llevaba una minifalda negra muy ceñida y una camiseta de cuello *halter* con un escote muy profundo. Era su tipo: atlética, de largas piernas y con una maravillosa sonrisa.

—¿Está libre este asiento? —le preguntó ella mirándole a los ojos mientras le hacía una indicación al camarero.

Le pidió un Hendrick's con tónica. Xavier admiró sus largas piernas y las sandalias de tacón de aguja que parecían estar pidiendo sexo a gritos. Tenía unas piernas muy torneadas y un trasero muy redondeado. Ella le dedicó una sugerente sonrisa y le indicó con la postura de su cuerpo que quería jugar. El camarero le colocó la copa y ella la tomó con delicada mano. Los rosados y gruesos labios tomaron el primer sorbo con gesto sensual. Xavier se los imaginó rodeando su sexo. En ese instante, sintió una profunda erección.

Se tomaron sus copas sin mirarse, aunque cada uno de ellos era muy consciente de la presencia del otro. Entonces, la pelirroja se inclinó hacia él.

—Normalmente no suelo hacer esto —le dijo—, pero, ¿quieres follarme?

Se lamió sugerentemente los labios para mostrar que la invitación

iba en serio.

—Emma...

Se detuvo en seco. Había estado a punto de estropear el juego llamándola por su nombre. Ella intervino rápidamente, haciéndole callar con un gesto del dedo índice.

—Nada de nombres, ¿recuerdas?

—Claro, se me había olvidado.

Aquella noche, Emma se había superado. La peluca, el maquillaje... Parecía una persona diferente. Le excitaba mucho aquel juego.

Emma se metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta, que era la llave de una habitación del hotel en el que se encontraban. La dejó encima de la barra.

—Vamos arriba —murmuró en voz muy baja—. Tengo una habitación.

—Normalmente, no suelo hacer esto —repuso Xavier metiéndose en el papel. Empezó a desabrocharse el primer botón de la camisa.

—Siempre hay una primera vez para todo. Esta llave es para ti. Te estaré esperando arriba...

Emma se bajó del taburete y se ahuecó la peluca pelirroja con una mano. Entonces, salió del bar para dirigirse a los ascensores moviendo sensualmente las caderas. Xavier la poseería apasionadamente allí, como lo haría con una desconocida, reviviendo así la excitación de todo aquello. Pensó en el año anterior, en cómo había poseído a Emma de tantas maneras diferentes, en las horas que habían pasado abrazados, conociéndose y, por fin... el juego de rol. Los dos se esforzaban para encontrar maneras de mantener una vida sexual caliente. Verdaderamente, Emma era la mujer perfecta para él. Xavier no se podía imaginar compartiendo su vida con ninguna otra.

Dejó el dinero de las copas sobre la barra y se bajó del taburete, deseoso por reunirse con su nueva amante.

—Es usted un hombre con suerte —le dijo el camarero, que había escuchado toda la conversación.

—Ni se lo imagina —replicó Xavier mientras recogía la tarjeta de la barra del bar.





*Nzofrenick*

*"La lectura hace al hombre completo;  
la conversación lo hace ágil,  
el escribir lo hace preciso".*

*Francis Bacon*

